Bogotá contada 3

CIRCULACIÓN

libro al viento

LIBRE



Una campaña de fomento
a la lectura de la Secretaría
de Cultura, Recreación y Deporte
y el Instituto Distrital
de las Artes – Idartes

Este ejemplar de *Libro al Viento* es un
bien público. Después de leerlo permita
que circule entre los demás lectores.



Bogotá contada 3



Primera edición: Bogotá, julio de 2016

www.idartes.gov.co

ISBN 978-958-8898-68-1 (impreso)
ISBN 978-958-8898-69-8 (epub)

Edición: Antonio García Ángel
Diseño + diagramación: Óscar Pinto Siabatto
Producción eBook: eLibros Editorial

Contenido

PRESENTACIÓN

CON ESTA TERCERA ENTREGA DE *BOGOTÁ CONTADA* se da continuidad a una exploración literaria y urbana que comprende ya a 32 escritores de 16 nacionalidades. A lo largo de los tres volúmenes publicados hasta ahora pueden resaltarse algunas constantes y recurrencias, como el clima impredecible y la presencia tutelar de los cerros, así como ciertas inflexiones del habla bogotana, entre otros rasgos que por acumulación van formando la imagen de ciudad que más resalta a los ojos del visitante. Poco a poco *Bogotá contada* ha venido construyendo un corpus que podrá servir de material para diversos estudios académicos, para fijar en el tiempo un caleidoscopio de miradas que engrosen nuestra memoria colectiva y, además, para trazar un mapa de la literatura que se produce en la actualidad.

En esta ocasión tenemos ocho textos que, una vez más, muestran que Bogotá sigue siendo tan sorprendente como inabarcable. Abre el volumen Fabio Morábito, con una suerte de testimonio en el que establece paralelos con el DF mientras divaga sobre los posibles temas para escribir, para irse centrando en cierto extrañamiento frente a las casas derruidas o abandonadas. Por su parte, Daniel Cassany, en tono académico no exento de humor, examina el paisaje letrado de la ciudad; las conclusiones acerca de las implicaciones sociales y culturales que tal paisaje comporta son muy interesantes. Sigue Fernanda Trías con el capítulo de una hipotética novela por entregas acerca de un escritor exitoso y elusivo –una especie de Thomas Pynchon bogotano–, en donde aparece una ciudad distópica y opresiva. Quizá no sea tan lejana de la urbe lluviosa y casi gótica que describe Iván Thays en *Interior*, un relato cuyo personaje principal podría ser un fantasma o un ángel caído. A continuación, Daniel Valencia nos brinda una crónica descarnada de la prostitución infantil, la droga y la violencia que campean en Ciudad Bolívar, la Perseverancia y el ya desaparecido Bronx, territorios donde la policía no tiene todo el control. Muy diferente es el ejercicio de nostalgia e ironía que logra Luis Noriega en su cuento *Bogotá D. Z.*, donde

los lugares actuales contrastan con los que hace más de una década habitaba el narrador, y también contrastan con la Barcelona donde vive en la actualidad. En el penúltimo texto, Federico Falco se aventura por una historia local, que tiene por escenario los cultivos de flores a las afueras de la ciudad. Cierra este volumen Mayra Santos-Febres con una historia que se remite al secuestro y al perdón, y que termina con una nota de esperanza a la orilla del mar, en la Noche de San Juan.

Espero que disfruten la lectura de este libro tanto como yo gocé asistiendo a la escritura y corrección de cada uno de los escritos que lo componen.

ANTONIO GARCÍA ÁNGEL



Bogotá contada 3

FABIO MORÁBITO
(ALEJANDRÍA, 1955)



Foto: © Alberto Sierra.

Hijo de padres italianos, pasó su infancia en Milán y desde los quince años de edad vive en la Ciudad de México. Su idioma materno es el italiano, pero ha escrito toda su obra en español. Ha escrito poesía, cuentos, novelas y ensayos. Tradujo del italiano la poesía completa de Eugenio Montale y un poema dramático de Torquato Tasso, entre otras muchas obras. Varios de sus libros se han traducido al alemán, inglés, italiano, francés y portugués. Antologías de su obra poética y narrativa han aparecido en España, Argentina, Venezuela y Colombia.

DÉJENME ENTRAR

A la banda de la séptima: Isabella, Alberto,
Ethel, Alejandro y don Martín.

DESDE LA VENTANA DE MI HOTEL DE BOGOTÁ, mientras espero que mi mujer termine de bañarse para bajar a desayunar, me entretengo mirando a la gente que cruza la carrera séptima. Los cerros que se ven al fondo amanecieron con niebla y la gente está abrigada, pero he aprendido que en esta ciudad el atuendo no es un indicador confiable del clima. Mientras unos van muy abrigados, otros caminan ligeros de ropa. Supongo que en Bogotá sucede lo mismo que en la Ciudad de México, donde la diversidad de la vestimenta depende de dónde viene cada cual. Los que andan abrigados salieron de sus casas muy temprano, cuando era todavía de noche, porque vienen de las orillas de la ciudad, mientras que los de ropa liviana salieron con el sol ya brillando y por eso pueden vestirse más sobriamente.

No es fácil para un peatón cruzar la carrera séptima. Primero está el carril de los buses, que se cruza con sólo dos pasos, pero entonces viene lo difícil, los dos carriles donde fluyen los coches. Como el semáforo está lejos, los coches van rápido. Miro a tres peatones que luego de atravesar el primer carril se han detenido en la delgada línea que los separa de los dos siguientes. Se hallan entre la espada y la pared. Un autobús les roza literalmente las espaldas y delante de ellos fluye sin descanso el río de coches, impidiéndoles alcanzar el camellón central. Se suman dos peatones más, luego otros tres; en total, ocho peatones aterrados. ¿Qué haces?, me pregunta desde la regadera mi mujer, que tiene un sexto sentido para adivinar cuando estoy muy pendiente de algo. Miro la gente que cruza, le respondo. Se ha sumado un noveno peatón y todos aguardan el momento de dar el salto salvador hasta el camellón central. Puesto que se estorban unos a otros, deben doblar sus cabezas para tener una visión clara de la situación. Nueve peatones con las cabezas inclinadas y mirando hacia la misma dirección. Parece una película de Chaplin. Daría risa, si no fuera porque bastante gente muere cruzando la séptima. Por fin el flujo vehicular

disminuye y se abre un claro que los nueve prófugos aprovechan para cruzar hasta el camellón. Ahora les falta la segunda mitad de la avenida. Pienso en un cuento posible: «El camellón de la séptima». Desde que aterrizó el avión que me trajo a Bogotá no he dejado de pensar sobre qué voy a escribir. Debo entregar un texto sobre esta ciudad. Para eso me invitaron. Mi mujer me pregunta a cada rato si encontré el tema para el texto. Es la tercera vez que vengo a Bogotá y es como si fuera la primera. Es una ciudad que se rehúsa a que la asimile como un todo. Sólo veo fragmentos, pedacitos que olvido fácilmente y por eso, cuando vuelvo a Bogotá, es como si no hubiera venido. Supongo que en la vida de todos hay ciudades así, que permanecen invisibles o intercambiables con otras. No debí haber aceptado escribir sobre Bogotá. El DF es monstruoso pero rara vez oprime, siempre ofrece alguna salida de emergencia que nos permite a sus habitantes darle la espalda. En Bogotá, en cambio, todo el tiempo se está en Bogotá, sin escape. Bueno, ya es algo, me digo, tengo un comienzo, y repito entre labios «En Bogotá se está todo el tiempo en Bogotá». Pero es un verso, no la línea de un ensayo. Mejor escribir el cuento del camellón de la séptima, donde los peatones que alcanzan el camellón, habida cuenta del peligro que corrieron, estrechan vínculos entre sí y forman lazos duraderos antes de emprender la segunda etapa del cruce. Algunos, incluso, se enamoran y se casan. Pero me doy cuenta de que un cuento así ya se escribió. Es *La autopista del sur*, de Cortázar. Mientras medito en todo eso mi mujer ha salido de la regadera. ¿Ya pensaste en qué vas a escribir?, me pregunta. No tengo la menor idea, le contesto.

Me gusta mucho el café y me entero por Camilo Velásquez, mi joven amigo músico y escritor, que a sólo tres cuadras de mi hotel está Amor Perfecto, uno de los mejores lugares de Bogotá para degustar un café superior. No lo pienso dos veces. Amor Perfecto está al otro lado de la carrera séptima, así que hay que cruzarla. Mi mujer quiere que vayamos hasta el semáforo de la esquina para no correr riesgos, pero yo insisto en cruzar donde lo hace la mayoría de la gente. Le recuerdo que venimos del DF, la ciudad de los ejes viales, y que la séptima es juego de niños comparada con el Eje Central, que posee el doble de carriles y del que no se sabe de nadie que lo haya cruzado. Además, le digo, tengo que escribir sobre algo. Ah, vinimos a Bogotá para que escribas sobre cómo cruzar la carrera séptima, replica ella. Le digo que no es mala idea para un comienzo, después se me ocurrirán otras cosas. Al fin acepta cruzar, no porque la

convencí sino porque son las diez de la mañana y a esta hora el tráfico ha disminuido considerablemente.

Después de cruzar subimos tres calles hacia el oriente y doblamos a la izquierda. Amor Perfecto está situado en la planta baja de una casa sencilla. Es un sitio agradable y silencioso, con unas pocas mesas y un sofá con mesita. Es temprano y somos los únicos clientes. Nos sentamos, se acerca una mujer joven y le pido un exprés. Mi mujer, a quien no le gusta el café, pide sólo un vaso de agua. Podrías escribir aquí, me dice. He escrito en cafés durante años y ella sabe qué clase de cafés me gustan para escribir y cuáles no. Pero en este caso se ha equivocado. No, le digo, es demasiado silencioso. Un buen café para escribir debe tener una acústica intermedia, ni demasiado silencio ni mucho ruido. Lo ideal es un suave bullicio de fondo, un vaivén constante que viene a ser una capa protectora para el que escribe. Si no hay ruido, es como si estuvieras en tu casa, y uno no escribe en los cafés para sentirse como en su casa. La joven me trae el exprés. Siempre tomo café solo, pero a veces, si lo tomo en la calle, se me antoja con un poco de azúcar, y le pido a la mujer una bolsita. Le aconsejo, me dice, que lo tome sin azúcar para que aprecie mejor el sabor. Lo ha dicho sin sonreír, con una seriedad de laboratorio. Ya entendí: vine a dar a un templo gourmet, a otro claustro sagrado de lo orgánico. Está bien, lo probaré sin azúcar, le digo, y me llevo la taza a los labios. No hace falta el primer sorbo para saber que no me gusta. Me llega a la nariz el aroma de un café de tostado claro, el tostado que deploro. Cuando doy el primer sorbo, la acidez que me llena la boca podría competir con una tubería. ¿No tiene de casualidad un exprés de tostado oscuro?, le pregunto, y ella pone cara de desconcierto, como si le hubiera pedido que se desnudara. El muchacho que se encuentra detrás del mostrador ha estado pendiente de nuestro diálogo y se acerca. Fue él quien preparó el exprés. Aquí no trabajamos tostado oscuro, me dice. Le pregunto por qué. Estamos en contra del tostado oscuro, contesta con énfasis. Los miro a los dos. ¿En contra del tostado oscuro?, exclamo, y los dos asienten al unísono. Vine a dar a la Santa Hermandad de la Tostadura Clara, me digo. ¿Qué tiene de malo el tostado oscuro?, pregunto. No lo hubiera hecho. El joven es biólogo además de barista y se lanza a una larga perorata científica sobre el porqué el tostado oscuro mata las sutiles notas del café, que solo en el tostado claro alcanzan a manifestarse plenamente. El café, si yo no lo sabía, es más complejo que el vino, asevera el joven, y me enseña a continuación un cuaderno con

columnas y números. Ahí están ordenadas las distintas variables de la preparación de un buen *tinto*: temperatura, grado de molido, tostado, acidez, calidad del agua, presión del vapor, etc. Una auténtica bitácora de laboratorio. Su disertación alcanza una grandeza heraclítea cuando afirma: nadie prepara dos tazas de café iguales. Estoy intimidado. He vivido hasta ahora en el error. Creí durante todos estos años que tomaba café y en realidad he ingurgitado agua negra. Y entonces, mientras miro al erudito presocrático, pienso en un cuento: «El *tinto* perfecto», una bebida que de tan sublime mata a quien la bebe y a cuya elaboración están abocados estos dos talibanes disfrazados de baristas. Pero algo en mí se rebela cuando el joven, ante mi pregunta de si es mejor el Oma o el Juan Valdés, que son los dos cafés más comerciales del país, no se digna contestarme y, alzándose de hombros, con cara de pensar «Qué pregunta estúpida», se da media vuelta y regresa atrás del mostrador, donde consulta su bitácora. Salgamos de aquí, le digo a mi mujer. Pago en la caja y me despido.

No amo las vistas panorámicas, que me parecen irreales y embusteras, cuando no desoladoras. Cada vez que despego en avión de la Ciudad de México, la visión de esa urbe chata, marrón e interminable me produce eso, un sentimiento de desolación, empezando por el hecho de que su monstruoso tamaño solo es abarcable desde un avión. Ninguna de las montañas que se avizoran a su alrededor puede servir de mirador para esa mancha inmensa, que de este modo queda separada de todo paisaje, huérfana de cualquier entorno que la contenga y la explique. Una especie de balsa fantasmal. Contemplar Bogotá desde el cerro de Monserrate es una experiencia completamente distinta. Estamos ante una ciudad amontonada y caótica como la de México, pero visible, abarcable con la mirada desde la altura de esos cerros que representan un hasta aquí ante el crecimiento de la urbe, un hasta aquí que no existe en el valle de México. Bogotá llega hasta los cerros y ahí se detiene. Lo hace a regañadientes, porque algunos de los edificios más altos de la ciudad parecen apoyarse en sus laderas, como si la ciudad hubiera intentado un último y desesperado abordaje, con la esperanza de franquear esa barrera magnífica. El resultado es que esos edificios, recortados sobre el poderoso fondo verde de la montaña, se antojan de una fragilidad y de una ridiculez pocas veces vista. El cerro parece burlarse de ellos cuando les otorga un poco de su niebla, esa niebla que baja suavemente por sus laderas hasta alcanzar las primeras

construcciones, como si les dijera: ¿Quieren algo mío? Ahí les va algo de neblina que me sobra. ¿Están contentos? Desde la ventana de mi hotel situado en la séptima, un país misterioso se anuncia tras esas cumbres tan próximas y casi amenazantes. ¿Cómo será el país cruzando esa barrera? Esa pregunta no existe en la Ciudad de México, que no tiene ninguna barrera natural que la detenga y la defina; no hay un lugar desde dónde vigilar esa mancha monstruosa, ningún cerro de Monserrate desde el cual tomar acto de sus reales dimensiones, como no hay, por otra parte, un río que la divida y que le dé sentido, que le otorgue una mínima orientación. La tragedia de la Ciudad de México es que carece de orillas. Trata de suplirlas con grandes vialidades. México es la ciudad de las grandes arterias, arterias de verdad, no carreteras urbanas al estilo de Los Ángeles; arterias como la séptima, sólo que más grandes, sobre todo más anchas.

Una tarde nos llevan a recorrer en auto la séptima de sur a norte, del sur pobre al norte rico. Tardamos unas dos horas en recorrer las cerca de doscientos cincuenta cuadras del trayecto. Lo que es común a lo largo de toda la avenida es la sensación de apretujamiento, que ya había notado caminando por Chapinero, el barrio de nuestro hotel. De todas las sensaciones que me produce Bogotá, ésa es la más profunda. México DF está lleno de lotes baldíos, de grandes descampados, de enormes e inexplicables huecos constructivos, que por demás son algo esperable en un tejido tan grande. Bogotá no se permite, que yo sepa, esas felices amnesias. Y si a éstas se suman los ejes viales y lo ancho de las grandes arterias, sucede que México resulta ser, a pesar de su tamaño, una ciudad espaciosa, holgada y respirable. Bogotá no se distrae nunca, en especial en la séptima, algo que no deja de notarse a lo largo de sus doscientas cincuenta cuadras. Se la recorre con una percepción permanente de estrechez, como la que suscitan las casas saturadas de mobiliario de los ricos venidos a menos, que han tenido que abandonar su mansión para mudarse a un departamento. Varias casas lujosas que en sus tiempos debieron de tener un respiro acorde con su estatus elevado, ahora están literalmente sitiadas por el tráfico, y observar sus jardines traspasados por las bocinas de los autos y sus ventanales que reflejan de noche la luz intermitente de los semáforos, produce una sensación fascinante e incómoda. Hay una casa en particular, a dos cuadras de la 72, que me obliga a detenerme. Rodeada de un jardín educadísimo, apenas separada del ruido de la calle por unas rejas, su

existencia en la séptima se antojaba inadmisible. Un señor regaba las plantas en medio del estruendo de la avenida. El estruendo parecía no alcanzarlo, de tan absorto que estaba en su labor. Le daba la espalda a la avenida, a la ciudad, al mundo entero, y pensé en un cuento: «Los idilios campestres de la séptima». Mi mujer, que tiene un sexto sentido para adivinar cuando estoy tramando una historia, me espetó: ¿Vinimos a Bogotá para que escribas sobre un viejo regando unas flores? Sólo estoy viendo, le dije. ¿Ya sabes sobre lo que vas a escribir?, me preguntó por enésima vez. No tengo la menor idea, respondí, y seguimos caminando. Pero la imagen del viejo y de aquella casa no me dejaba. Justo acababa de escribir un artículo que me había solicitado una revista de temas ambientales en donde hablaba de la primera experiencia que tuve a los 12 años de la pequeñez de nuestro planeta. Fue en ocasión de un documental que pasaron en la televisión sobre una de las últimas tribus de la selva amazónica que no habían tenido contacto con el hombre blanco. En el documental se veía a unos individuos desnudos que huían en la espesura, alejándose del camarógrafo sin mirar hacia atrás. La densa vegetación los había salvado de mostrar sus caras y fue eso, probablemente, lo que aumentó mi impresión de estrechez terrestre: no había ya espacio para volver la cabeza, solo el suficiente para internarse en la selva y escapar. Y ahora, en plena carrera séptima, regresaba aquello. El hombre que regaba las plantas, metido en su selva minúscula, acosado por todos lados por el hombre blanco, no volvía la cabeza, quizá en un último intento desesperado de preservar su entorno. Si no los veo, ellos no me verán a mí. Una actitud dictada por el rencor, pues no cabe duda de que su morada tiene los días contados. Ganará la séptima, y él lo sabe. Se verá obligado a vender, destruirán su casa en una tarde y empezarán a levantar un edificio de oficinas. He visto lo mismo en Insurgentes, en el DF. Casas de hace dos siglos que primero son abandonadas por sus moradores para convertirse en restaurantes, oficinas o colegios; esa etapa se acaba y surge de golpe el edificio de veinte pisos, largamente anunciado por otros iguales que se han ido apoderando del espacio adyacente. Y entonces, de golpe, veo un cuento posible: «Casas en sombra», sobre las mansiones que han quedado sin luz por la construcción de grandes edificios a un costado de ellas. En el cuento, los dueños de una de estas mansiones ofrecen una cena de gala para festejar el acontecimiento, pues su casa ha quedado definitivamente ensombrecida por un edificio de catorce pisos. Todos los invitados han sufrido el mismo destino, de hecho

forman entre ellos una cofradía orgullosa, porque supone que son lo bastante ricos como para no ceder a los halagos de la venta, y cuando el anfitrión y su esposa los pasean por la casa, mostrándoles con fiereza cómo ésta ha quedado encajonada y no recibe la luz del sol por ninguna parte, levantan sus copas para brindar y exclaman: ¡Formidable! Le refiero el posible cuento a mi mujer mientras caminamos hacia la 72. No dice nada. Un cuento así le hubiera gustado a Cortázar, le digo. Esto ocurre en todas partes, no sería un cuento bogotano, objeta ella. Y añade: deja de pensar en cuentos, toma el toro por los cuernos y habla de esta ciudad tal como la ves. Es que no tengo la menor idea de cómo la veo, le digo.

Y de repente descubro el porqué. ¿Se puede conocer una ciudad, un país, si no se entra al menos una vez en las casas de sus moradores? He venido tres veces a Bogotá y no conozco la casa de nadie. Para la mirada de un forastero el interior de una casa dice a menudo del país más que sus calles y sus edificios. Asomarse a la calle desde la ventana de un hogar, para mirar lo que tu anfitrión ve todos los días durante todo el año, te obliga a ver con los ojos de él, y algo se afloja en ti: la mirada dura del forastero, siempre alerta e inquisitiva, siempre *interesada*. Asimismo, hace falta oír, desde el interior de una casa, los ruidos que vienen de afuera, que son ruidos parecidos en todas partes, es verdad, pero capaces de otorgar la intuición de cómo se vive en esa calle y, por ende, en esa ciudad. En mis tres visitas a Bogotá he recibido cuatro invitaciones a comer o a cenar en la casa de alguien y las cuatro veces me han cancelado. Una persona a quien aprecio mucho me canceló en dos oportunidades. Fui invitado con una semana de antelación y un día antes de la cita surgió una enfermedad, un viaje o un trabajo urgente que echó abajo el compromiso. Me pregunto a qué se debe. ¿Es una arraigada costumbre bogotana cancelar cenas y almuerzos? Pienso en otro cuento posible, «Las cancelaciones», que me permitiría unificar varias observaciones que he hecho. Por ejemplo, el bogotano, oprimido por una ciudad que lo acosa sin darle respiro, se desquita cancelando compromisos. Las cancelaciones son su manera de darle la espalda a la ciudad, de hacerse un espacio propio en esta ciudad avara de espacio. ¿Y dónde aprendió el arte de cancelar? Fácil: de la niebla que baja de los cerros y los borra. Si una cordillera entera se puede cancelar en diez minutos, borrar un almuerzo es un juego.

No he sido, pues, invitado a entrar en ninguna casa de Bogotá. Soy un extraño al igual que los vampiros, que no pueden entrar en ninguna casa si

los dueños no los invitan a pasar. Sin una invitación explícita, no pueden cruzar el umbral de una morada ajena. Sólo me puedo explicar esa reserva de los vampiros porque son unos muertos vivientes, que es como los define la tradición popular, o sea ni muertos ni vivos y, en eso, son iguales a todos los forasteros, que como muertos vivientes transitan por espacios desconocidos, hambrientos de un asidero que los haga sentirse reales. Los vampiros quieren la sangre de los vivos, pero en el fondo quieren otra cosa: ser mirados, porque, no pudiendo reflejarse en los espejos, están hambrientos de una mirada que les devuelva su imagen, y lo mismo pasa con los que vienen de lejos. No vienen a mirar sino a ser mirados, porque solo una tierra extraña les puede otorgar alguna revelación sobre su ser que en la propia ya no pueden obtener. Aquel que nos invita a pasar, que ha decidido que entremos en su espacio íntimo, es quien nos mira de verdad, aunque sea por un momento, y al mirarnos nos devuelve una imagen inédita de nosotros. ¿Para qué se viaja, si no es por eso? Para que nos dejen entrar y así saber de dónde venimos.

DANIEL CASSANY
(VICH, BARCELONA, 1961)



Foto: © Alberto Sierra.

Escritor, profesor e investigador universitario español. Licenciado en filología catalana y doctor en filosofía y letras (especialidad didáctica de la lengua). Es profesor titular en la Universidad Pompeu Fabra (Barcelona), con un perfil de Análisis del discurso. Antes había trabajado como docente en la Escuela Universitaria de Formación del Profesorado de EGB, de la Universidad de Barcelona, y como colaborador técnico en la Dirección General de Política Lingüística, del gobierno autónomo de Cataluña.
Entre sus libros se cuentan: *Describir el escribir. Cómo se aprende a escribir*; *Reparar la escritura. Didáctica de la corrección de lo escrito*; *Enseñar lengua*; *La cocina de la escritura*; *Construir la escritura*; *Recetas para escribir*; *Tras las líneas. Sobre la lectura contemporánea*; *Taller de textos. Leer, escribir y comentar en el aula*; *Afilar el lapicero. Guía de redacción para profesionales*; *Prácticas letradas contemporáneas* y *En_línea. Leer y escribir en la red*.

Informe: el paisaje letrado de Bogotá

Propósito, marco y métodos

Este informe interpreta la escritura pública de Bogotá. Esta urbe de 8.852.722 habitantes (estimación de 2015), que ocupa 33 km de norte a sur y 16 de este a oeste, se organiza con artefactos escritos distribuidos intencionalmente por sus calles, plazas, edificios y espacios públicos. El día a día de peatones, conductores, vendedores, ejecutivos, policías, turistas, curiosos e indigentes se regula con carteles, anuncios, avisos, placas y paneles coloridos y silenciosos, que denominan, informan, prohíben, seducen y, también, distraen y engañan.

Esos escritos relevan datos significativos de las instituciones, tribus y personas que habitan la ciudad. Su contenido e intención, su idioma, tipografía o formato, su autor y sus lectores o el lugar y el momento que ocupan, muestran las prácticas, los valores y los comportamientos de la ciudadanía. Para esta ocasión, el etnógrafo se pregunta: 1) ¿qué comunidades habitan la ciudad?, ¿qué idiomas utilizan?, ¿en qué lugares y contextos?; 2) ¿qué volumen de textos oficiales (legales, reconocidos) y vernáculos (rebeldes, alternativos) hay en la calle?, ¿cómo se marcan las diferencias sociales y culturales?, ¿qué voces y colectivos dominan la calle?; 3) ¿qué grado de digitalización encontramos?, ¿dónde, cuándo y por qué hay pantallas gigantes, programas informáticos o vallas dinámicas?; y 4) ¿cómo usa y valora el ciudadano esos textos?

El estudio del «paisaje letrado» merece el interés de varias disciplinas científicas, como la sociolingüística o la demografía, con objetivos diversos. Por ejemplo: en ciudades multilingües como Barcelona basta fijarse en los rótulos de la calle para saber cómo se distribuye la población en los barrios o qué estatus social tienen; para promocionar determinados artículos se eligen idiomas, tipografías o canales acordes con su destinatario

(un coche de lujo no se presenta igual que un detergente); explorando los restos arqueológicos, tomamos nota de las civilizaciones que nos precedieron; recopilando grafitis averiguamos los conflictos sociales del momento. La entrada *linguistic landscape* en Wikipedia resume los trabajos más recientes en este campo, además de mostrar fotos de escrituras de todo el planeta. El boletín internacional *Linguistic Landscape* reúne desde 2015 la investigación del campo.

Para cumplir esta tarea, el etnógrafo ha observado Bogotá con una mirada fría y minuciosa, como si anduviera por un laboratorio con guantes y bata blanca. Ha paseado por calles y plazas, mercados, museos, iglesias, cafeterías y restaurantes. Lo ha leído (casi) todo; ha tomado 418 fotos; ha grabado 11 notas de voz, leyendo en voz alta algunos escritos; ha transcrito lo grabado y ha anotado sus contextos (lugar, fecha, detalles). También ha recabado información de la gente, buscando explicaciones y comprensión a cada escrito, para contrastar –o *triangular*, dicho técnicamente– sus interpretaciones. Incluso se ha documentado en la red, con imágenes, datos, mapas y opiniones.

Numerosos textos carecen de tildes, mayúsculas iniciales y signos de puntuación. Esas omisiones son relevantes y, por ello –como establece el método científico–, el etnógrafo las respetó en sus transcripciones. Pero para facilitar la lectura de este informe se han adaptado a la norma, salvo alguna excepción relevante marcada con *[sic]*. Sin duda este estudio tiene otras limitaciones: 8 días de observación solo permitieron visitar Chapinero, La Candelaria, el 20 de Julio y las plazas de Paloquemao y Restrepo, aparte de alguna carrera en taxi por otros barrios. Además, la voluntad honesta y el rigor de este etnógrafo no bastan para superar la subjetividad de su mirada. Pero incluso con estos defectos este informe aspira a informar y entretener a todos –bogotanos o no– y a agradecer a los informantes su tiempo, esfuerzo e interés, como establece la tradición etnográfica –porque sin ellos este escrito no habría sido factible.

Señalética

En la mayoría de esquinas hallamos placas verdes y pequeñas, a unos dos metros del suelo, con indicativos como *KR 5* o *KR 13* (para *Carrera*) y *CL 23* (para *Calle*). Destaca que un sistema tan sencillo permita ordenar centenares de vías y que el ciudadano se oriente con referentes como *Norte*,

Sur u *Oriente*, extraños en otra parte. Esas cifras frías también evitan las menciones culturales, que los ciclos políticos convierten a menudo en obsoletas o vergonzosas (como la Plaza del General de turno o la Avenida del día de aquella guerra).

Pero el plano de la ciudad delata bastantes agujeros negros, con diagonales, tangenciales y curvas, que escapan a la cuadrícula y marean al peatón, con excepcionales CL 54^{A}, CL 23^{A}, CL 23^{B}, CL 23^{C} o similares. Dos ciudadanos informaron que su casa había cambiado de número, a causa de una reordenación urbana. Así, no es raro preguntar *¿en la numeración vieja?*, al dar una dirección. Finalmente, las placas del norte de la ciudad no incluyen la denominación *norte* (*CL 34*), a diferencia de las del sur (*CL 34 sur*), lo cual indica por defecto cuál es el núcleo urbano –y dónde vive la clase dominante–.

En el barrio La Candelaria algunas esquinas acumulan placas: la *KR 4* fue antes la *Calle de la Paz*, en el cruce con *CL 11*, como indican 12 azulejos blancos con ribete y elegante letra azul, de estilo colonial (con la E dentro de la D). Y en la *KR 7*, cerca de la Plaza de Bolívar, una placa de mármol blanco indica que estamos en la *Calle de la Carrera*, y otra que es *Calle Real de Santafé de Bogotá, Nueva Granada*. O sea, antes fueron las palabras que las cifras, en ese diálogo de épocas y símbolos.

También descubren secretos los nombres de edificios, que no son tan comunes en otros lugares. No se distribuyen de manera sistemática. En Chapinero o en la Zona Rosa son más frecuentes que en Restrepo, 20 de Julio o La Candelaria, donde solo llevan nombre algunas casas ilustres. Parece ser un indicador de estatus económico. En los barrios acomodados, el formato del nombre es grande y noble (hierro, piedra), mientras que en los más modestos es más pequeño y modesto (una simple pintura). Luego, está la propia denominación: *Balcones de la séptima*, *Caminos del Cerro*, *Torres del Este*, *Lomo de la Cruz*, *El Doral* o *Altos del Bosque* sitúan en un punto geográfico y reclaman para sí glamour, distinción y lujo. Y muchos topónimos (*Estoril Plaza*, *Edificio Mónaco*, *Edificio Cataluña*, *Balcones de Cataluña* o *Altos de Cataluña*) revelan supuestamente el origen de sus propietarios, constructores o inquilinos. Pero los bogotanos afirman que solo recuerdan y usan algunos de esos nombres, los suyos, los cercanos y los más populares.

Se esperaba poco de las señales de tráfico, dada su codificación internacional. Pero el etnógrafo detectó iconos inexistentes en otros lugares,

como el habitual *Retorno* (para cambio de sentido) o el *Pare* sudamericano (a diferencia del *Alto* mexicano o el *Stop* español). Mención aparte merece el universo complejo del *Pico y placa*, con sus horarios, zonas, *placas terminadas en* y consecuencias cotidianas –que el extranjero va descubriendo poco a poco. También sorprendió al etnógrafo este *¿Cómo conduzco?* con un número de teléfono, pintado en la parte trasera de los vehículos públicos, para que los ciudadanos responsables colaboren identificando a los malos conductores, en un procedimiento de control de tráfico desconocido en Europa –que provoca inquietantes inferencias sobre las razones de que exista.

También añade sabor a las plazas los cartelitos bilingües, oscuros y cuadrados de *Punto de encuentro – Meeting point*, propio de zonas sísmicas. Si bien el domingo de ciclovía, cuando algunas calles se llenan de ciclistas, atletas y perros, es la mejor opción para encontrar señales raras, ahora amarillas, metálicas, plantadas sobre el asfalto, como el ambiguo *No descuide a sus hijos* [¿no los abandone?, ¿no los malcríe?]; el sarcástico *Use la cabeza, póngase el casco* [¿sólo para eso?]; o el imperativo *Póngale el collar* [sic] *su mascota*.

Publicidades

No pretenden pasar desapercibidas, todo lo contrario, ni tienen reglas establecidas ni normas internacionales. Al etnógrafo no le ha parecido que Bogotá alcance la saturación publicitaria que sufren algunas calles famosas de otras ciudades muy fotografiadas. Pero la observación atenta descubre más datos de lo previsto.

Era tiempo preelectoral y las calles estaban repletas de fotos retocadas de candidatos sonrientes y maquillados, con elegantes vestidos en tonos cálidos, con mensajes breves y códigos para pedir el voto. Había en los lugares más recónditos, como automóviles privados, balcones de casas, negocios particulares. ¿Son espacios alquilados o solo familiares y conocidos que prestan sus casas y autos sin interés?, se pregunta el etnógrafo. En la *CL 53 / KR 16* un peatón pasea con una pantalla negra, estrecha y horizontal –tipo periscopio de submarino–, que proyecta el texto dinámico: *No me vale huevo, Bogotá. Vota verde 42*.

Pero sorprendió todavía más al etnógrafo la contrapropaganda de un cartel: *NO QUEREMOS en la alcaldía distrital a Xxxxxx Xxxxx Xxxxx*.

Estranguló mortalmente con su infame decreto XXX a los comerciantes de la tercera edad, propietarios de tienda de barrio, billares, licoreras, galleras, restaurantes, canchas de tejo [¿?], *asaderos, panaderías, cigarrerías, etc.* PEDIMOS *a toda la ciudadanía solidaridad* NO VOTAR POR ELLA. (Las interrogantes anteriores indican aquí que este pequeño cartel fue el detonante que permitió al etnógrafo descubrir la existencia del fascinante deporte del tejo o turmequé, inventado por los muiscas hace 500 años y que es mencionado en varios lugares como deporte nacional de Colombia.)

El capítulo comercial es más diverso. Se distribuye también jerárquicamente a lo largo de la ciudad, desde los humildes cartelitos manuscritos que anuncian *Mandarina* o *Fresa*, hasta los carteles de plástico con fotografías en color de platos de comida (*El mejor Ajiaco del Mundo*). Y el poder absoluto del centro financiero, con la pantalla gigante de las cuatro fachadas de la torre *Colpatria*, la más alta, que deslumbra a todos en la noche con colores eléctricos, con su mensaje interactivo: *Have the answer to the Future. The answer is Colombia*. Varios informantes relataron chistes ácidos al respecto de esta pregunta.

Menos luminosos, más humildes, pero también creativos son los reclamos publicitarios que mezclan texto y pintura, que decoran un negocio o incluso una fachada –y que confundieron al etnógrafo, que no supo si se hallaba ante una casa ocupa berlinesa o un negocio punk. En la concurrida *KR 7* hay varios ejemplos, como la *Casa Freak*, en blanco y negro, con estética de grafiti, escapada de una película de Tim Burton; o la casa con estética naïf de *¡el amor es más fuerte!*, con un *skyline* en negro bajo unas nubes rojas y verdes. La preferida del etnógrafo es el roquero barbudo y tatuado de tres plantas, a todo color, en *Musicales Serrano*, que rasga su guitarra con pasión, mientras le habla: *Eres mi mejor recuerdo, vives en mí y serás mi legado más recordado*.

Los pequeños rótulos de negocios también supuran poética. Hay parodias divertidas en la *KR 7*, como la peluquería *FaceLook Style*, con el anagrama de la red social; el restaurante *Hermés carne de res* (tocayo del famoso *Andrés carne de res*) o el negocio *Superchurro* con el famoso azul y amarillo de Supermán y dos viñetas de cómic con mujeres de labios sensuales diciendo *Me invitas a un Superchurro* –sin interrogantes– o pensando *Por favor, conviértete en un… Superchurro*. En este capítulo gastronómico, también agradaron la hipérbole de la *Hormiga culona, orgullo santandereano* [con dibujo de gran abdomen invertebrado], el

oxímoron de la *Lechonería dietética* o el restaurante metafórico *El ciervo y el oso*, para vegetarianos y carnívoros. Los referentes globales se mezclan aquí con los locales, mostrando un rasgo de la multiculturalidad contemporánea.

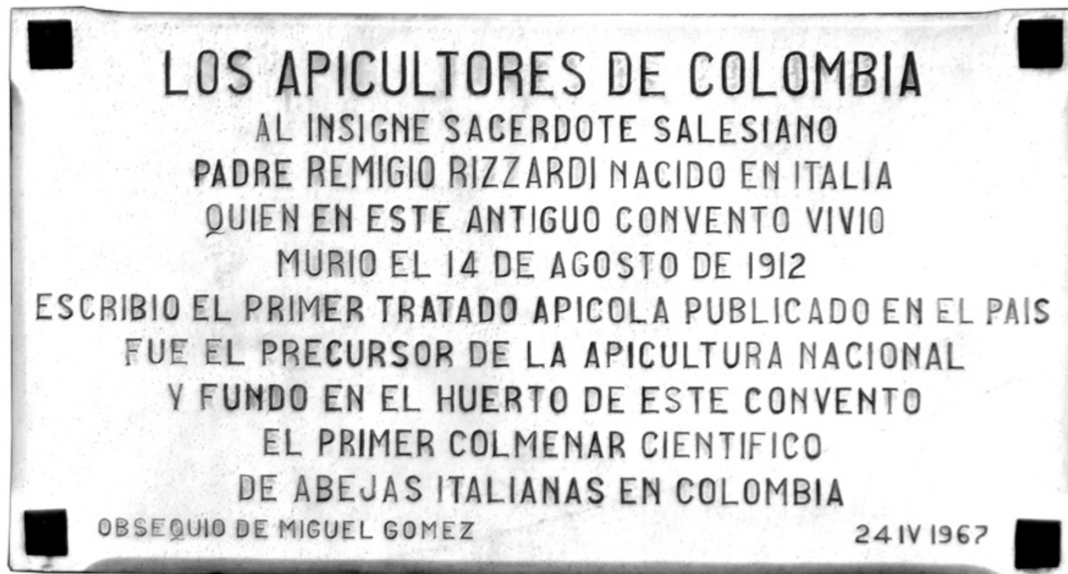
Algunos elementos callejeros, como vallas abandonadas, paredes escondidas, buzones o armarios eléctricos y farolas discretas, acumulan carteles de mucho tiempo atrás, pegados unos encima de otros, a veces estropeados por el sol y la lluvia. Lo actual y lo pretérito se mezcla en todo tipo de ofertas: *Los pesos pesados del vallenato*, *La nueva novela de Fernando Vallejo: «¡Llegaron!»*. El más tierno hallado es: *PERRITA EXTRAVIADA*. *Extraviada el día jueves 30 de julio en el parque de la Calle 60 Carrera 7 (Chapinero). Es* [no legible] *de Luna. Si alguien la ve comunicarse al Cel.*, con foto de un animal triste en blanco y negro.

Otra modalidad que ofrece la ciudad son los volantes entregados a mano. Más allá de planos de museos o folletos de comida, el etnógrafo quiere citar dos ejemplos. A su llegada al aeropuerto recibió unas *Medidas de protección contra picaduras de insectos transmisores de enfermedades*, editado a color, con gráficos, consejos y datos sobre el chikungunya y el dengue, que muestran la prevención del gobierno con la salud. Y, a la salida del mercado del Restrepo, un joven le ofreció un volante comercial sobre *Bachillerato a distancia*, con letras mayúsculas y a todo color, que sugiere que la educación secundaria es un negocio floreciente, que muchos ciudadanos buscan instituciones de este tipo o incluso que un tipo de más de 50 años, con gorra, gafas y cámara –como el etnógrafo–, puede parecerle al repartidor un alumno potencial.

Oficial y vernáculo

El discurso oficial domina la calle. Los mensajes institucionales, legítimos, correctos, sobrios, limpios, ocupan los mejores lugares. Son conmemorativos (placas), formativos (publicidad institucional), normativos (prohibiciones) y también propagandísticos. Las decenas de placas de materiales nobles que adornan muchas casas de La Candelaria serán de los textos más entrañables y curiosos que puede leer el viandante: quién nació, vivió o murió en cada casa; qué albergó cada palacio, o qué ocurrió en tal día en este lugar. El etnógrafo hubiera querido documentarlas todas, cuantificarlas, analizarlas e interpretarlas. Pero sólo tiene espacio para

mostrar una, y elige esta, por su simpatía, procedente de la iglesia de los salesianos:



Mucho texto oficial es contemporáneo y vivo. En la Plaza de Bolívar, las vallas que protegen el Capitolio Nacional lucen bonitas fotos de paisajes colombianos a color con divisas del tipo *¡Aquí participa el pueblo boyacense!* o *¡Aquí participa el pueblo guajiro!*, con los nombres de la persona que pagó la foto, el cartel o ambas cosas. Sutil cambio de funciones: una valla de seguridad que aparenta promover valores democráticos acaba siendo un trampolín para promocionarse personalmente en la capital del país.

La pared quizás más visible de la Biblioteca Luis Ángel Arango –la enseña cultural de la ciudad–, la que está frente al Museo Botero, ofrece un recorrido por *100 años de historia* oficial, con una cronología repleta de títulos, apellidos, fotografías y resúmenes; es una exposición histórica en plena calle –aunque el etnógrafo no halló a ningún peatón siguiéndola. En las avenidas más concurridas también hay carteles luminosos con mensajes de convivencia y tolerancia: *Lo que hacemos es parte de la solución y así comienza el cambio. Usa el SITP* [Sistema Integrado de Transporte Público], *respeta la fila. Súmate y sé #1mas* [en una foto de un grupo de gente haciendo fila ante un autobús], donde sorprende el uso de siglas y códigos numéricos para un texto divulgativo. Y todavía en el interior, en espacios íntimos como los baños del mercado, continúa la formación básica

con el *Decálogo del buen uso y conservación del agua*, que incluye la divisa *Agua que no has de beber, no la dejes perder* (con el recurso a la citación encubierta de un dicho), y la instrucción *Cierre la llave mientras se enjabona, pues en tan sólo cinco minutos de ducha se consumen 40 litros de agua* (con datos científicos), o sea, mezclando lo literario con lo matemático y la tradición con la necesidad.

Incluso las iglesias acumulan texto oficial, normativo. En La Candelaria encontró el etnógrafo las instrucciones oportunas para rezar, en cada uno de sus altares, con la indicación precisa del número de veces que había que repetir cada oración. Así en el altar del Sagrado Corazón de Jesús el devoto debe repetir tres veces: *Dulcísimo Jesús, Redentor del género humano; míranos humildemente postrados ante tu altar. Tuyos somos y tuyos queremos ser. Es verdad que muchos no te conocieron, que muchos te abandonaron después de haber despreciado tus mandamientos. Ten misericordia de unos y otros, benignísimo Jesús, y atráelos a todos a tu Santísimo Corazón*. […] *Sagrado Corazón de Jesús, en vos confío. 3 veces*. Pero todavía más tétricos resultan los apuntes que muestra un alumno en su cuaderno, en una escultura de tamaño natural, en la cripta de la iglesia mencionada de los salesianos: *Antes morir que pecar*.

Muy diferente se presenta en contenido, tono, forma y función lo vernáculo, lo canalla, lo prohibido, lo que no pide permiso e irrumpe de puño y letra, anónimo, al margen de la ley, con gusto, a escondidas y que –a veces– vive solo unos pocos días en la calle, porque se limpia o se retira. El etnógrafo halló notable material político. En una pared abandonada de la *KR 7*, un mismo autor (*Mi apellido: OFENDIDO; Mi estado civil: LA REBELDÍA; Mi nombre: HUMILLADO*) firmaba tres mensajes en afiches de papel descoloridos: 1) *UNA PAZ COMO EXCUSA PARA PERPETUAR LA DESIGUALDAD*; 2) *UN MISMO PASADO – UN MISMO ENEMIGO – UNA MISMA POSIBILIDAD: LIBERACIÓN*, y 3) *EN LA REBELDÍA LATINOAMÉRICA RECUPERA SU EXISTENCIA*, con divisas que apelan a lo local y a lo global y que claman justicia y equidad. En otra parte, en la misma carrera, bajo el rótulo oficial del Centro Especializado de Pagos, sobrevive un *Viva la lucha del Campesino. Nuestros muertos viven en la lucha*, que remite a otros grupos y a otras guerras.

Sin duda, La Candelaria acumula más grafitis de tema político o social. Los mensajes son directos, breves y a menudo accidentados: borrados, reescritos, corregidos, retocados… *Fuck The Police* o *Las calles son*

nuestras hablan de las afinidades y los dominios. En la pared lateral de la Catedral se lee [sic] ~~*eL RUIDO De Las Balas No Permite xxxxxx*~~, donde las equis indican una palabra borrada, que el etnógrafo recuperó en la red –en una foto de la misma pintada, en algún momento previo, sin la tachadura transversal–, con su palabra final: *Escuchar*. Bonito verso callejero: el ruido (grande, en mayúscula) de las balas no permite escuchar (¿entender?, ¿comprender?, ¿atender?). ¡Qué efímeros son muchos grafitis, cuando más visibles y cuanto más molestan!

La naturaleza creativa de los grafiti se refleja en su libertad de temas, tonos y formatos (color, tipo de letra, tamaño, estilo etc.). El etnógrafo halló caracteres modernos, como la *X* para anular la marca de género (*Lxs estudiantes* para decir «los y las estudiantes») o la *K* de *Kema tu bandera* (símbolo del movimiento Okupa en España). Pero fue imposible interpretar muchos otros grafitis potentes, misteriosos e irreductibles: letras artísticamente deformadas, palabras que no pertenecen a ningún diccionario, tonalidades cromáticas refinadas, acumuladas en rincones olvidados –pero también en vallas y paredes de grandes avenidas–, repintadas unas encima de otras, que conforman un universo gráfico fascinante que busca ojos del transeúnte. Aquí Bogotá no tiene que envidiar nada a otras ciudades grafiteadas, famosas por sus fotos de suburbios repletos de vida y discurso.

Lo oficial y lo vernáculo dialogan en la calle con pasión. En un cartel electoral con la foto del candidato, alguien escribió *BASURA* con bolígrafo –corriente diálogo de clases. En la *KR 7 / CL 65*, dos casas de época republicana, bellas, con jardín y vallas de acero, abandonadas y cerradas, muestran mensajes variados. Un cartel informativo grande, de plástico, colgado de una ventana de la segunda planta, avisa *Estos predios NO SE venden, arriendan, hipotecan*, con un número de teléfono –que nadie supo explicar al etnógrafo para qué servía. Mientras que en la planta primera manos anónimas escribieron con caligrafía descuidada en varias paredes, machaconamente: *Es museo. No se vende. Es museo*. El mismo mensaje con autores diferentes e imagina el etnógrafo que también con valores y sentidos diversos. El cartel oficial con teléfono y autor remite a la ley; los grafitis anónimos y salvajes buscan fuerza y empatía con el lector... ¿quizás porque la ley no las tiene? –se pregunta el etnógrafo. Un informante explicó que la estrategia de algunos propietarios de estos inmuebles afectados es

dejarlos perder, para que dejen de considerarse «históricos» y con valor, para poder venderlos después en beneficio propio.

Finalmente, una placa en La Candelaria con el mensaje *En este lugar se levantó el claustro del Hospital de San Pedro, fundado por el primer arzobispo de Santafe, Fray Juan de los Barrios, 1564. Homenaje de la Academia Colombiana de Historia, 1964*, con intención cultural e informativa, convive con el grafiti pintado con moldes: *Lxs estudiantes SOMOS PODER CONSTITUYENTE*, de tema político y voluntad persuasiva; con el grafiti manuscrito rojo *+ ARTE – MINAS*, también político pero más reivindicativo y con el jeroglífico *PLZ D BLVB* y otros grafitis cromáticos y a menudo ininteligibles para los legos, que parecen tener intenciones artísticas. Las paredes son lienzos así de voces de varias generaciones, tribus e intereses.

Algunas conclusiones

Respecto a la primera pregunta, Bogotá emerge como una ciudad monoalfabética, con textos que usan íntegramente el alfabeto fenicio o romano. No se han hallado textos en otros abecedarios (árabe, devanagari, griego) o sistemas de escritura (kanji, hiragana). Sorprende este hecho, en plena edad multicultural, con una ciudad en la que sin duda vivirán personas alfabetizadas en diversos sistemas de escritura. El etnógrafo recuerda un restaurante chino de la *KR 7* que carecía de sinogramas en este idioma en sus rótulos, a diferencia de lo que ocurre en otras ciudades del planeta, cuyos restaurantes asiáticos decoran paredes, puertas y rótulos con bonitos kanjis, grafemas o jeroglíficos de la propia cultura. (Las fotos que ofrece la red de varios restaurantes chinos en Bogotá corroboran este curioso hecho, que parece indicar que la comunidad china no es ni grande ni presente en los espacios públicos de la ciudad.)

Bogotá también es sobre todo monolingüe. Se hallaron solo escritos en español, inglés y latín. El latín es, por supuesto, testimonial y se encontró en la placa del palacio de San Carlos, hoy Cancillería de Colombia, frente al Teatro Colón, que recuerda la noche del 25 de septiembre de 1828, cuando Simón Bolívar fue objeto de un atentado y su compañera Manuela se interpuso entre él y sus enemigos, lo cual facilitó que el Libertador pudiera escapar, según relata la historia. La placa dice: *SISTE PARUMPER SPECTATOR GRADUM SI VACAS MIRATURUS VIAM SALUTIS QUA SESE LIBERAVIT PATER SALVATORE PATRIAE SIMON BOLIVAR IN NEFANDA NOCTE*

SEPTEMBRINA. AN MDCCCXXVIII, o sea, *Detente, espectador, un momento y mira el lugar por donde se salvó el padre y libertador de la Patria, Simón Bolívar, en la nefanda noche septembrina de 1828*. El etnógrafo se pregunta por qué dicha placa está en latín, siendo tan reciente y de tema político.

La presencia del inglés es reducida, con plafones informativos bilingües en algunas calles históricas (la misma *Calle Coliseo* [*CL 10*], de la placa anterior y el Teatro Colón), o también con la cartelería bilingüe (español e inglés) del Museo del Oro u otros sitios turísticos. Hay también rastros de este idioma en otros tipos de escritura, como los mensajes comerciales de gastronomía (*costillas BBQ [Barbacue]*), algunos rótulos (Tattoo *Big Brother*) o también en grafitis (*Fuck The Police*).

Por supuesto, la variedad colombiana del español es la habitual: en las cartas de los restaurantes (*ajiaco, sancocho, almojábana, changua* o *patacones*), en las sofisticadas variedades del café (como *Inga Mystique Nariño*; *Minga Caucana*; *Volcano Tolima*, o *Agustino Forest Huila*) o en vocablos corrientes (*hale* por *tire* en los mangos y pomos de puerta; *botar* por *tirar* referido a deshacerse de la basura, u *hoja de vida* por *currículum vitae*). Más sutiles son los sentidos que adquieren en Bogotá algunos términos corrientes del español, como el famoso *tinto*, que en España es un vino, y que en Bogotá se refiere al café más popular. Menos conocidos son el *pintadito* (que aquí es una bebida), la *bandeja* (referida a la bandeja paisa, el tradicional plato antioqueño); y también sorprende al extranjero la ortografía particular y vacilante del corriente *sánduche* y *sánguche*, que en otros lados suele ser *sándwich*.

En definitiva, el etnógrafo no halló rastro escrito alguno en la Bogotá de hoy de las más de 60 lenguas autóctonas que se hablan en el país –de las que sin duda muchas tendrán alfabeto y escritura– y que se reseñan en la bibliografía y en los resúmenes del país, que se presenta con orgullo merecido como multicultural y diverso. Sin duda la mayor parte de la población de la urbe es nativa hispanohablante, pero también será cierto que convive con muchos miembros de esas comunidades precolombinas, desplazados a la capital buscando oportunidades, que viven en la calle o en suburbios, en la extrema pobreza y que no tienen –o no se ha visto– reflejo en la escritura. ¡Que triste! ¡Cómo llega a ser también terrible, devastadora y discriminadora la escritura!

Respecto a la segunda pregunta, los escritos reflejan el estatus social de sus autores y lectores. En primer lugar, hay más escritura en los barrios

altos que en los humildes, siguiendo esa norma general de que la frecuencia y diversidad de artefactos escritos es un indicador del desarrollo de un entorno. En Chapinero o La Candelaria hay más escritos, más diversos y más correctos que en Restrepo o en 20 de Julio, donde el etnógrafo halló un restaurante humilde que tenía escrito en el mismo mostrador, en carteles diferentes, *almuerso*, *almueso* y *almuerzo*.

El formato es otro indicador de estatus. En todas partes se ofrecen *Minutos*, pero en el aeropuerto son neones intermitentes, al interior de hermosas peceras de cristal; en Chapinero con carteles de plástico, preimpresos en colores, y en las calles de muchos barrios son simples papelitos pequeños, manuscritos y sucios, que puede depositar un vendedor en la calle. Casi se podría decir que el formato del anuncio está relacionado con el coste que tiene el *minuto*: cuanto más barato es el minuto más humilde es su anuncio y más pobre el barrio en que se halla. (Pero aclaremos el significado de «minutos» en Bogotá, puesto que los lectores no colombianos de este informe han pedido aclaraciones al respecto: se refiere a la venta comercial de tiempo para hacer llamadas con el móvil, en varios sistemas de pago: tarjeta prepago, alquiler del aparato, llamada individual, etc.).

Siguiendo con la distribución jerárquica de la escritura en la comunidad, no hallamos los mismos carteles en contextos altos o humildes. En el súper Carulla, abierto 24 horas, de nivel alto, en el barrio de Chapinero, las frutas están limpias y ordenadas en una cesta, con un cartelito que incluye un dibujo a color de cada especie, su denominación y precio y algunas de sus cualidades, en un estilo pseudocientífico que busca la empatía: *GUATILA. Fuente de vitamina C, proteínas y carbohidratos*. Pero en los mercados públicos de Paloquemao y Restrepo las frutas y verduras se amontonan en cajas sin indicación alguna, en los negocios de *Frutas y pulpas nacionales e importadas*. En una aguacatería el etnógrafo fotografió un depósito muy grande de aguacates, con un plástico blanco de porexpan plantado en el centro, con este texto manuscrito en caligrafía irregular negra: *No me apriete «por favor»*; y en otro depósito otro plástico con otro mensaje más explícito: *Apretar es DAÑAR. No me apriete por favor…. Gracias*. Aquí los carteles permiten poner voz al sufrimiento del aguacate (o de su dueño). Y el etnógrafo no halló más cartelería en estos mercados, en el que se habla más que se lee o en que todos conocen lo que se vende –y quizás por eso en los frigoríficos de pescados y mariscos había algunas etiquetas manuscritas

y descoloridas que indicaban *Pulpo, Camarón Titi seco, Calamar gris, Camarón Tigre* o *Caracol*.

Otro elemento curioso de la jerarquía social, reflejado en la escritura pública, es el discurso normativo, presente en contextos poco corrientes. En la *CR 9 / CL 10* o *Calle de la Obra Nueva*, una plaquita informa: *Prohibido arrojar basura en este lugar. Multa de 10 SMLDV a 50 SMLDV; acuerdo 70 de 2003, artículo 170*. En otra pared, cazada desde el auto, otra placa informa: *Alcaldía XXXXX prohíbe botar basura o desechos. En este lugar multa $ 500.000 o arresto*. En los taxis, los conductores muestran su licencia (con foto y nombre), con los datos del vehículo y todos los sellos del pago correspondiente de licencia. En la calle, muchos vendedores visten algún indicativo verbal de su «legalidad» u «oficialidad», como el anagrama de *Bogotá humana* u otros distintivos. Incluso al pagar en un restaurante, la factura es una hojita blanca, estrecha y tremendamente larga, porque incluye el texto completo titulado *Régimen Común Impuestos Incluidos Res320001063288*, con la información sobre la ley de la propina: […] *que este establecimiento de comercio sugiere a sus consumidores una propina correspondiente al 10% del valor de la cuenta, el cual podrá ser aceptado, rechazado o modificado por usted, de acuerdo con su valoración del servicio*… y 20 líneas más de texto. Tanta norma pública y en lugares anodinos sorprende al etnógrafo que se pregunta: ¿habrá mejorado la limpieza en las calles al incluir la norma explícita con la amenaza?, ¿quiénes tiran la basura en la calle leerán estos carteles?, ¿se toman tiempo de leer el Régimen Común de Impuestos los comensales de una mesa al ir a pagar?

No hay muchas pantallas digitales en la calle, respondiendo al tercer objetivo, ni institucionales ni comerciales (bancos, negocios, teatros, cines): ni para el tráfico, ni comerciales, ni instituciones... Tampoco halló el etnógrafo códigos QR, tan corrientes ahora. Acaso en los museos y alguna institución. Además de la mencionada torre de Colpatria, cabe destacar la remarcable excepción de la iglesia de Santa Clara, con sus pantallas y programas informáticos que permiten explorar interactivamente, con visión ampliada, cada detalle recóndito de su decoración barroca.

Finalmente, a lo largo del informe se han aportado detalles sobre el uso y el valor que los bogotanos dan a todos esos escritos públicos, presentes en las calles y los espacios comunes de la ciudad. Como hemos visto, hay mucho más de lo que uno piensa, de lo que uno ve, de lo que uno cree. Las

palabras escritas se amontonan en las calles, pero suelen pasar desapercibidas a menudo. Por ello el etnógrafo quiere concluir este informe con la palabra más frecuente, la que atraviesa toda la ciudad, más allá de formatos, costes y valores, la que quizás representa mejor la sangre que late por las calles de esa gran ciudad: *minutos*.

FERNANDA TRÍAS
(MONTEVIDEO, 1976)



Foto: © Alberto Sierra.

Traductora y narradora. Realizó la Maestría en Escritura Creativa de la Universidad de Nueva York. Ha publicado las novelas *Cuaderno para un solo ojo* (Cauce Editorial, Uruguay, 2002), *La azotea* (Trilce, Uruguay, 2001; Puntocero, Venezuela, 2010; Laguna Libros, Colombia, 2015) y *La ciudad invencible* (Brutas Editoras, NY, 2013; Demipage, España, 2014; HUM, Uruguay, 2015), así como el libro de cuentos *No soñarás flores* (Laguna Libros, Colombia, 2016). Obtuvo la beca Unesco-Aschberg en Francia y el premio de la Fundación BankBoston a la Cultura Nacional en Uruguay. Sus relatos han integrado antologías de nueva narrativa en Alemania, Cuba, Estados Unidos, España, Inglaterra, Perú y Uruguay.

Ha vivido en Francia, Berlín, Buenos Aires, Nueva York, Valparaíso y actualmente en Bogotá. Es profesora de la Maestría en Escrituras Creativas de la Universidad Nacional de Colombia.

El sol no es felicidad suficiente

(Una novela por entregas)

No. 1
La llegada

Si Monserrate se ve, dijo él, es que va a llover. Si Monserrate no se ve, es que está lloviendo. Miré a la izquierda por el parabrisas aún mojado. El aguacero no había durado mucho, aunque sí lo suficiente para inundar algunas esquinas. Contra el cielo opaco como el acero sin pulir, resaltaba el verde ominoso del cerro. En lo alto, una iglesia diminuta parecía una reliquia de porcelana que brillara con luz propia. A juzgar por el color del cielo, no se necesitaba ser meteorólogo para anunciar más lluvia. Algo así le dije a él, que sonrió antes de retrucar, sin la menor arrogancia, que nunca confiara en las nubes. Algunos muros con elaborados grafitis aparecieron a la izquierda, pero yo iba abstraída, con esa fascinación que generan las montañas en las personas de los llanos. La vegetación se veía espesa e impenetrable: una vegetación tropical bajo un aguacero tropical en una ciudad donde nunca haría calor.

Intenté acomodar lo que estaba viendo con lo que me habían contado, mejor dicho, advertido, de la ciudad. Apenas media hora antes, las puertas automáticas del aeropuerto, ésas que separaban un «adentro» impersonal –que aún podía confundirse con cualquier otra parte– de un «afuera» desconocido, exótico, pero también inhóspito, se habían abierto frente a mí. Como siempre, sentí ese instante de pánico en busca de una cara conocida entre una muchedumbre que levantaba carteles con nombres que nunca eran el mío, o que me ofrecía todo tipo de transporte. Sólo que esta vez no sabía qué buscar. No tenía la más mínima idea de cómo podía ser él, el Editor, y ni siquiera se me había ocurrido buscar una foto suya antes del viaje. Tranquila, me dijo en su último correo, yo te reconozco.

Claro que recién cuando me bajé del avión pensé en las fotos que él podría haber visto de mí. La de solapa, en mi libro de crónicas, en la que

tenía diez años menos, incluso quince, o tal vez las fotos de mi columna, que cambiaba cada año a pedido de los directores de la revista, siempre obsesionados con «renovar la imagen». Pero como dicen, nunca nadie es tan feo como en su foto de cédula ni tan lindo como en su foto de solapa. Así que después de recoger mi maleta, me encontré en un baño frente a la cinta de equipaje, en la penosa situación de tener que revolver todo en busca de la llave del candado y luego del estuche de «los líquidos», para maquillarme frente al espejo en un intento de parecerme a mí misma, de convertirme en la persona pública que me había inventado mediante fotos bien iluminadas.

Elipsis de veinte minutos y estoy afuera, tirando de la maleta con la ruedita defectuosa y ocultando como mejor puedo la angustia de no saber si el Editor va a reconocerme, o si acaso ya me habrá reconocido y se divierte mirándome de lejos. Caminé un poco más, espanté a dos o tres taxistas acosadores, y ahí fue cuando escuché una voz grave que dijo mi nombre. Me di vuelta y tuve que levantar la cabeza para mirarlo: igual que en el cuento famoso, el Editor se parecía a la voz; tan alto y corpulento que casi diría un gigante. Me dio un abrazo y temí que fuera a quebrarme una costilla. Pero no. Sus gestos eran amables, tiernos hasta la exageración, conscientes del impacto que su tamaño podría causar en el otro. Enseguida me sacó del aeropuerto a punta de sonrisas y abrió un paraguas gigantesco que sostuvo sobre mí como una carpa, hasta llegar al estacionamiento. Llovía, por supuesto, pero eso no era raro. Al fin de cuentas estaba en Bogotá.

Cuando pasamos junto al cementerio, ya se alzaban frente a mí algunos edificios altos que sin embargo no daban la impresión de ser modernos. Miré al Editor, por completo encorvado dentro del auto demasiado chico para su altura, la palanca de cambios como una margarita deshojada entre sus dedos de gigante. Cuando le pregunté por qué no había elegido un auto más espacioso, me dijo que se trataba de un ejercicio para «practicar la delicadeza». Hablamos de otras cosas –él siempre con ese tono grave y pausado de hipnotizador de circo–, pero en ningún momento mencionó al Escritor ni el trabajo para el que me había contratado. Estaba a punto de preguntarle algo cuando otra vez arremetió la lluvia. No hubo gotas anticipatorias, ni siquiera un trueno tímido que la anunciara de lejos. Miré hacia los cerros. Monserrate, cubierto por una neblina espesa, ya no se veía.

—Es que estamos llegando al Centro –dijo el Editor, como si eso lo explicara todo.

El aguacero arreció, una masa de agua que se escurría sobre el parabrisas y hacía imposible cualquier conversación. Poco después doblamos junto a un parque y el auto se detuvo en una calle ancha, que se parecía bastante a una playa de estacionamiento. La lluvia levantaba una especie de niebla y apenas se percibían unas sombras que corrían a guarecerse. El Editor me hizo señas de que no me bajara. Con una contorsión inesperada de su enorme cuerpo, sacó el paraguas del asiento trasero. Esta vez pude admirar la maniobra completa: abrió la puerta de su lado, apretó un botón y el paraguas se extendió al doble del largo inicial; volvió a apretarlo y otra vez el paraguas se extendió, tan largo como un mástil.

El Editor se bajó del coche, protegido por ese alero inverosímil, y dio la vuelta para abrirme. Recién entonces noté que estábamos frente a una construcción de ladrillo redonda, sin duda la Plaza de Toros. La fachada mudéjar se veía arruinada por unos afiches coloridos que –supuse– anunciaban las próximas funciones.

—Igual los toros ya no entusiasman a nadie –dijo el Editor–. Ni siquiera las peleas de perros o de gallos. La mayoría prefiere animales exóticos. Los avestruces, por ejemplo, o el tigrillo lanudo.

—¿Y eso es legal?

—Ya no quedan tigrillos en los cerros. Ahora solo nacen en cautiverio, en el Criadero Nacional.

La Plaza no abriría hasta la noche, pero igual creí oír los gritos victoriosos de la muchedumbre, el olor a maní o a chorizo o a lo que sea que comiera la gente en ese lugar. En la puerta del edificio, el Editor sacó un manojo de llaves muy grande. Calculé que debía de haber al menos cincuenta llaves ahí e intenté hacerle un chiste sobre si acaso era necesaria tanta seguridad para una simple reportera como yo.

—Estas llaves abren muchas puertas –dijo.

Ya en el ascensor, intocados por la lluvia, con la cabeza del Editor inclinada para no golpear el techo y su mano descomunal aferrando el manguito del paraguas (ahora encogido a un tamaño inofensivo), me atreví a preguntarle cuándo podría conocer al Escritor. Sin mirarme, porque la posición le impedía moverse, el Gigante respondió que aún no estaba lista para eso.

—¡Pero si hace meses que vengo preparándome!

Frente a nosotros se deslizaban las paredes de mosaicos azules y los números de los otros pisos. El ascensor se detuvo en el sexto. En la oscuridad del zaguán, oí el tintineo de las llaves entre los dedos del Editor.

—¿La impaciencia es una virtud tuya –dijo– o de todo el Cono Sur?

Yo me reí. Habíamos llegado.

El sueño

Me alivió constatar que las ventanas del apartamento, donde pasaría las próximas semanas, miraban hacia el lado opuesto a la Plaza de Toros. En la cocina había café, un cuenco lleno de frutas misteriosas y una cajita de té con hojas de coca. Saqué las frutas del cuenco y las organicé sobre la mesada. No me animé a abrirlas –no habría sabido cómo–, pero me quedé fantaseando sobre los posibles sabores, que anticipé raros, ajenos a mi gusto. Les saqué una foto y volví a acomodarlas en el cuenco. Por la ventana se veía una iglesia y unos edificios de ladrillo al otro lado de la avenida. Busqué el mapa que traía en el bolso e intenté ubicarme, sabiendo que la Plaza de Toros quedaba a mis espaldas. Había dejado de llover pero el cielo se mantenía gris y amenazante. Muy a lo lejos, a mi izquierda, una nube extensa y negra descargaría toneladas de agua sobre las casas de aquellas otras colinas.

En el cuarto me dispuse a desarmar la maleta. El Editor no pasaría a buscarme hasta la hora de la cena y yo estaba ansiosa por organizar mis apuntes e investigaciones sobre el Escritor. Sentía el cansancio del vuelo y, mucho peor, el de los nervios a lo desconocido, pero no quería dormir. Abrí las carpetas, clasificadas por tema, y acomodé los papeles sobre la cama. Los críticos hablaban de una prosa «sinestésica», alababan al Escritor por su lenguaje «árbol», y destacaban que la genialidad de su estilo consistía justamente en carecer de estilo. Ningún libro se parecía al anterior, y al decir de un crítico, el Escritor era «el ejemplo más hermoso de qué hacer con la literatura una vez que todos hemos entendido los mecanismos, la tramoya, la autoexégesis entrecomillada, incluso los discursos ya gastados sobre la representación». El Escritor no se parecía a ningún otro porque sus libros, al contrario de sus contemporáneos, «nunca acababan de empezar». Pero lo cierto es que la mayoría de los artículos no analizaba la obra en sí, sino que debatía sobre la posible identidad del Escritor y arriesgaba todo tipo de teorías. Nunca nadie lo había visto, no existían fotos suyas ni

entrevistas, y cualquier dato sobre él era guardado con asombrosa eficacia por el Editor, su persona de mayor confianza. Hasta el *New York Times* le había dedicado una página entera bajo el título: «El escritor oculto del Sur». Hojeé entre mis apuntes, luchando contra el cansancio, pero al fin me dejé vencer y me acurruqué sobre la cama sin siquiera sacarme los zapatos.

En el sueño, un hombre saltaba al agua helada para cumplir una «misión». Debía permanecer sumergido varios minutos a pesar de ser muy viejo –ciento un años–. Los que observábamos desde afuera (en ese grupo reconocí al Editor y a un matrimonio de escritores argentinos) esperábamos con angustia, pero él seguía sin aparecer, y al final alguien dijo que mejor era darlo por muerto. Entre el miedo y la indignación, me negué a abandonar al hombre. De rodillas, metí las manos en el agua casi sólida, llena de pedacitos de hielo. Sentí las agujas frías en los brazos, pero eso no me detuvo sino que las hundí más, buscando a tientas en la profundidad oscura. De pronto di con algo, lo aferré y tiré con fuerza. Era él, su cuerpo, pero cuando lo que saqué del hielo no fue más que un esqueleto. Blanco, limpio, perfecto. Lo levanté en brazos, intentando que no se desarmara. Lo curioso era que estaba tibio, y cuando lo recosté en el muelle vi que las costillas subían y bajaban con una respiración muy leve. «Está vivo», grité, «¡Está vivo!». Pero al mirar atrás no encontré a nadie. De algún modo sabía que el resto de su cuerpo volvería a crecer: órganos, músculo, piel, como si el alma no necesitara carne para existir, nada más que estructura. Me desperté sobresaltada y con frío. Miré los papeles desperdigados a mi alrededor y me llevó un momento recordar que yo misma los había puesto ahí. Agarré una de las hojas y en el margen anoté: «Sólo se necesita estructura».

Hacía más frío adentro de la casa que en la calle; eso lo constaté al sacar un brazo por la ventana. Volví a analizar el mapa, dejé dentro de mi bolso solo lo indispensable y salí del edificio sin mirar hacia la Plaza de Toros. Al doblar junto al Planetario hacia la séptima, ya se oían los gritos de los pregoneros; pero recién cuando estuve cerca noté que se trataba de grabaciones emitidas por pequeños parlantes:

¡Mangos enteros a mil! Con sal, limón y pimienta, el mango, enteros a mil pesos, mangos, mangos, enteros a mil. Grandotote, grandotote, madurito, fresquito, bien ricos, enteros a mil. Oiga, ¡son enteros a mil! Que no se le haga agua la boca, promoción de mangos, mangos enteros a mil.

Sobre un carro de madera, los mangos verdes formaban una pirámide intacta; los de más arriba tajados como una boca de dientes amarillos.

Inconfundible, delicioso, juguito de mandarina de pura fruta y pura pulpa. Para usted, para la niña, para toda la familia, cien por ciento natural, cien por ciento dulcecito. Acérquese. Juguito de mandarina, pura frutica, pura pulpita, bien frío y bien helado. ¡Oiga! No pase saliva, no pase de largo. Es dulce y deleite del paladar, puro zumito, puro juguito, no se confunda. Es el único, el incomparable, el inconfundible.

Al cruzar el puente, miré otra vez hacia los cerros. Me pregunté qué efecto podría tener la montaña sobre el carácter de su gente. Yo sabía qué efecto producía el mar, el océano bravío. Era otro tipo de reverencia. El mar imponía su poder haciéndote callar, obligándote a escuchar su inagotable letanía. La montaña, en cambio, era el silencio contra el que chocaban todos los sonidos. Ella los absorbía, derrotados sin necesidad de alarde. Sí. La montaña hablaba de otro tipo de eternidad. Apuré el paso, y al otro lado del puente me detuve a mirar cómo una mujer trituraba una gruesa caña de azúcar con una máquina que me hizo pensar en una rueca. Sus brazos tensos hacían girar el timón de madera y la caña salía del otro lado, plana, despojada de su jugo y de su turgencia. Pagué un vasito del jugo recién colado, y cuando la mujer me preguntó si quería agregarle algo que no pude entender, asentí sin dudarlo, deseando que se tratara de una sustancia embriagante y selvática. Un poco más allá, un viejo de traje marrón ajustaba las perillas de un parlante y una pequeña multitud ya se acomodaba a su alrededor. Negro y muy flaco, los zapatos lustrosos, el pliegue del pantalón bien marcado, y sin embargo no parecía débil. Hasta daba la impresión de divertirse a costa de nosotros.

—Les vengo a traer una canción –dijo en el micrófono–, para que no se desperdicie el silencio.

En la pared detrás de él, gris y descascarada, había dos grafitis. «¡Liberen a los zombis!», decía uno, escrito en aerosol verde y con letra furiosa. El otro era un esténcil de un felino no identificable, quizá el tigrillo lanudo, junto a la inscripción: «Criadero Nacional = Vergüenza Nacional». El viejo se había puesto un sombrero elegante y esperaba, inmóvil, el momento en que la música le diera pie para entrar. Yo seguí mi camino, con la sensación cada vez más fuerte de que me internaba en un paisaje más sonoro que visual. Con cada paso dejaba atrás un sonido que al principio luchaba por mantener su espacio entre los otros, para luego ser devorado por el

siguiente. A media cuadra aún quedaban vestigios de aquella música tropical, moribunda bajo los parlantes de los pregoneros.

¡Oiga! Que no se le haga agua la boca, participe de la cosecha, son enteros a mil, chocolates importados a quinientos, chocolates finos a quinientos, chocolates americanos a quinientos, venga, bien frío y bien helado, puro zumito, puro juguito, pelucas, pelucas, ¡venga!, promoción de pelucas, venga, son bufandas, promoción de chocolates, chocolates importados, grandotote, grandotote, es el único, el incomparable, meta la manito que todos son a quinientos, meta la manito, mangos enteros a mil.

El Centro me resultó feo, pero de una fealdad muy distinta a la de mi ciudad, cuya fealdad se expresaba por la ausencia. Varias cuadras más lejos aparecieron las primeras vallas de las que me había hablado el Editor. Esas vallas de madera cerraban el paso a las calles que antes conducían a La Candelaria, el barrio más codiciado por los turistas, ahora convertido en tierra de nadie. Resistí la tentación de acercarme, porque las vallas estaban custodiadas por perros y por policías con chaquetas fluorescentes. La gente que pasaba junto a mí no se veía alarmada ni mostraba el más mínimo interés por lo que pudiera estar pasando al otro lado de la zona sellada. Los vendedores de globos de helio sostenían su manojo de personajes infantiles como si se tratara de un árbol fantástico. En los bancos de la plaza, algunos tomaban café en vasitos descartables. El olor a arepa caliente llegaba con fuerza, pero también el murmullo de una multitud que se apiñaba en medio de la calle y la voz saturada de un hombre asegurando que «estos cuyes» no tenían una casilla preferida.

—Recuerden –lo oí decir–: estos animales son los únicos que todavía nacen fuera del Criadero Nacional.

Me acerqué intrigada. El hombre, con una vincha que le ajustaba el micrófono al lado de la boca, sostenía dos animalitos en cada mano, parecidos a conejos sin orejas. Los depositó en el suelo, frente a sus pies, y ellos se apuraron a acurrucarse. Temblaban. Uno trató de escapar pero el hombre lo levantó del pellejo y volvió a colocarlo en su sitio. Varios metros más adelante había catorce casitas de plástico dispuestas en semicírculo. En realidad se trataba de unos cuencos de colores ubicados boca abajo, con una abertura bastante precaria a modo de puerta, y números pintados encima. El hombre arengaba a la gente a hacer sus apuestas, poniendo monedas sobre la casilla donde creían que se escondería el cuy. Busqué en mi bolso, pero

sólo tenía billetes. De otro modo habría apostado al diez, el día de nacimiento del Escritor.

—¡Recuerden! Estos cuyes, plato típico de Nariño, no tienen una casilla preferida.

Un par de niños indecisos se adelantaron para colocar las últimas monedas antes de que el hombre cerrara las apuestas. De los cuatro cuyes, que seguían temblando con la expresión triste de un conejo que ha perdido su mejor atributo, el hombre eligió uno, lo puso un poco más adelante que el resto y lo conminó a avanzar:

—Vamos, Copete. ¡Corra, parce!

Al ver que Copete no se movía, sino que seguía temblando, ya al borde de la epilepsia, el hombre trajo una especie de tubo corrugado y encajó al animal en la punta. A la cuenta frenética de «uno, dos, tres», que los presentes acompañaron a coro, el hombre pisó con fuerza un pedal y el tubo expulsó a Copete como un proyectil hacia adelante. El cuy aterrizó unos metros más allá sobre el pavimento, y un poco atontado por el golpe y el griterío, corrió hacia las casetas y se metió en la número cuatro. Los ganadores festejaron con abrazos. Cuando me fui, Copete seguía adentro, quien sabe si vivo o agonizante. Pero lo que más me perturbó no fue el destino del animal, sino la voracidad del público, el éxtasis que percibí en ese «uno, dos, ¡tres!» justo antes de la eyección. No festejaban con alegría, pensé, festejaban con furia.

Mi intención era llegar hasta el límite accesible, a lo que antes había sido el Palacio de Nariño, después convertido en una impresionante estación de policía que vigilaba todo el sector. El rebautizado «Palacio de Seguridad» hizo noticia en Latinoamérica. Los diarios hablaron de tecnología de punta, del sistema de vigilancia más seguro y eficaz de América del Sur. Lo que yo alcancé a ver, sin embargo, fue una altísima reja blanca, coronada por alambres de púa, varios carteles que advertían de su alto voltaje y algunas cámaras móviles. El patio, al parecer, funcionaba como un parqueadero para los coches blindados, pero aún se conservaban las fuentes que mostraban las viejas fotos del Palacio. Esa cercanía del agua con la reja electrificada daba una impresión escalofriante, y me pregunté si el arquitecto lo habría hecho a consciencia o si de verdad intentaba, como dijeron algunos medios, «respetar el estilo original».

Una cuadra antes de alcanzar la entrada del Palacio, una mujer policía me detuvo junto a su valla y me advirtió que mejor no siguiera más allá. Creí

distinguir cierto desprecio en la manera en que pronunció «allá», un desprecio mezclado con miedo, como esos niños que intentan sacarse un bicho de encima y buscan a otro para que lo haga. Mientras hablaba con ella, miré por encima de su hombro hacia las ruinas de las casas coloniales. En medio de la calle, una fogata soltaba un humo espeso y varios indigentes dormían sentados sobre llantas. Un poco más lejos, hacia los cerros, se levantaban las torres de varias iglesias, pero el resto se veía como una zona de guerra: casas hechas escombros, basurales en las esquinas por las que de pronto pasaba una figura encorvada, negra de mugre u hollín, que se cuidaba bien de no mirar hacia nosotras.

—La madera de los balcones la queman para hacer fuego –me explicó la mujer–, y el hierro de las ventanas, las rejas *históricas*, las venden para comprar droga.

—¿Y quién se las compra?

Mi pregunta enseguida la puso en guardia:

—¿Qué hace usted? ¿Periodista?

No, le dije que me dedicaba a la traducción de textos médicos.

—La medicina es una profesión noble –dijo ella, otra vez amable–, pero de nada sirve estar sano si no hay seguridad. Hágame caso, no se arriesgue. Por desgracia el sur queda cada vez más al norte.

Regresé caminando rápido, con hambre y con un dolor punzante en la base de la nuca. Iba absorta, pensando en aquellas sombras humanas que había atisbado en las esquinas de las casas a mitad derruidas; hombres y mujeres descalzos, sin abrigo, flacos como cadáveres. Eran los zombis; los mártires de La Candelaria de los que no se podía hablar, a juzgar por la poca información que había encontrado en internet antes del viaje.

Mientras volvía me crucé con un Robocop que me lanzó un piropo: «Mamita», dijo, o tal vez «Mamacita». En una calle lateral alcancé a ver un hombre sentado sobre una montaña de libros. Una mujer caminaba sobre zancos vestida de hada; otra se me acercó para ofrecerme pantuflas de piel de tigrillo, alfombras de chigüiro, cortinas hechas de plumas de guacamaya. «Cien por ciento legal», me aseguró en un susurro, «Cien por ciento de Criadero Nacional».

Al doblar junto al Planetario, la subida de apenas una cuadra casi me hace estallar los pulmones. Aún no había caído la noche pero la oscuridad se intuía. Algunas personas hacían cola frente a la Plaza de Toros. El corazón me saltaba en el pecho; el aire no alcanzaba y tuve la imagen de

mis pulmones como dos esponjas anegadas de agua. «Porque toda subida fue peor, y el poema no se alcanza –como la cima– a falta de oxígeno». De pronto recordé esa frase de uno de los libros del Escritor, y cuando las primeras gotas de lluvia mojaron la vereda, sentí una alegría abrupta, la convicción de que esta experiencia, por penosa que fuera, al menos me acercaría a él.



No se pierda la próxima entrega: UNA CENA INSÓLITA *y* EL ESCRITOR ME HACE LLAMAR

IVÁN THAYS
(LIMA, 1968)



Foto: © Alberto Sierra.

Ha escrito el libro de cuentos *Las fotografías de Frances Farmer* (Pedernal, 1992), y las novelas *Escena de caza* (Santo Oficio, 1995), *El viaje interior* (Peisa, 1999), *La disciplina de la vanidad* (FEPUCP, 2000), *Un lugar llamado Oreja de perro* (Anagrama, 2008), *Un sueño fugaz* (Anagrama, 2011), *El orden de las cosas* (Alfaguara, 2012) y *Antonio vuelve a casa* (Alfaguara, 2015). Su obra *Un lugar llamado Oreja de perro* ha sido traducida al francés (Gallimard), italiano (Fandango) y portugués (Eucleia). Asimismo, cuentos suyos han aparecido en antologías en Perú, México, Estados Unidos, Colombia, España, y traducidos al inglés, francés y alemán.

Ganó el premio Príncipe Claus 2000 por su contribución cultural. Fue Primer Finalista del premio Herralde de Novela 2008 con *Un lugar llamado Oreja de perro*. Ha dirigido durante siete años el polémico programa literario de televisión *Vano oficio* y actualmente administra el blog literario *Moleskine Literario*. El 2007 fue elegido como uno de los 39 mejores escritores latinoamericanos jóvenes por el Hay Festival.

Interior

El hombre observa por la ventanilla del avión una cama de nubes y luego, más abajo, un verde absoluto. Las nubes recortadas como figuras, nubes gordas, húmedas, blancas, huidizas. El avión desciende hacia Bogotá. En minutos tocará la pista de un aeropuerto con nombre de promesa incierta: El Dorado. Todo es verde, apenas moteado por algunas casas que se ven reducidas desde la altura. No ha habido ningún problema en el aterrizaje. Los pasajeros se levantan, cogen sus maletas y salen por la puerta delantera, cerca de la cabina.

El hombre es uno de los últimos en salir.

Viajar siempre es trazar un círculo. Se viaja para encontrar el puerto sumergido. Se viaja por equivocación, por iluso, porque se piensa que en un lugar distinto se encontrará lo que no es para uno, aquello que no se nos ha perdido.

En la caseta de inmigración aparece el primer problema. El hombre no puede responder a las sencillas preguntas que le hacen. A qué ha venido a Bogotá, cuánto tiempo espera quedarse, cuál es su profesión. Contesta de la manera más evasiva posible. Entrega su pasaporte esperando que el documento hable por él. Sorprendentemente, sus respuestas resultan medianamente convincentes para el agente de inmigración, quien le devuelve el pasaporte y le permite seguir adelante.

Un chofer y un letrero con su nombre lo esperan a la salida.

«Está haciendo frío», le dice el chofer mientras avanzan hacia el auto. El hombre contesta que sí, en efecto, hace frío, y por si no fuera suficiente esa respuesta se cierra la chaqueta para enfatizar que también siente el frío.

Son las siete y media de la mañana.

El día 2 de noviembre. Lunes.

Lo han declarado día no laborable por eso las calles están vacías. El verde tan hermoso y vivo que se veía desde la ventanilla del avión cede su paso al concreto. Los comercios tienen las puertas metálicas cerradas. Sobre

las puertas se leen grafitis. La ciudad entera parece un grafiti. Un gran arabesco que se va enredando y volviéndose cada vez más abstracto. Bogotá, entonces, es una abstracción. Unas bicicletas van por un corredor especial. Los ciclistas llevan casco y no tienen apuro. Disfrutan del día no laborable. No solo hay pocos autos sino que casi no ve motocicletas y eso le sorprende. En su recuerdo, Bogotá era una ciudad llena del ruido de las motocicletas.

El auto va internándose por las calles buscando la carrera séptima. El chofer y el hombre no han vuelto a hablar desde el aeropuerto. La ciudad sigue llenándose de grafitis. Se ve muy sucia así, sin gente y sin autos, una ciudad desnuda, deshabitada. Finalmente llegan a la carrera séptima y al barrio Chapinero, donde queda el hotel donde el hombre se va a hospedar.

El lobby de su hotel tiene el piso de madera lustrada. Hay un olor ácido, a detergente, desagradable, penetrante. Unas figuras recortadas como humanos, de hierro oxidado, lo reciben, además del olor intenso a purgatorio.

Lo han alojado en el cuarto piso. El hombre es alguien que tiene manías. Una de ellas es no subir en ascensores sino por las escaleras. Sin embargo, esta vez se encuentra agotado porque estuvo esperando su vuelo durante toda la madrugada, así que usa el ascensor.

El cuarto es pequeño, acogedor, con un mobiliario que podría calificarse de franciscano. El hombre lo prefiere así. Le da un vistazo y descubre un escritorio, una silla, dos lámparas de velador, una cafetera, una taza, una botella de agua, un armario, una Biblia evangélica color azul, una ducha muy pequeña. Sobre la cama hay una colcha. Deja la maleta. Se desnuda, se pone pijama y se tiende encima de la cama. Se tapa con la colcha y de inmediato se queda dormido.

Durante todo el día el hombre prefiere no salir de la habitación. Lee y mira a través de la ventana. Frente suyo hay una casa grande, vetusta, color morada. Tiene un gran letrero que dice: ESTE PREDIO NO SE VENDE NI SE ALQUILA NI SE ARRIENDA. El hombre sabe que esa frase no está dedicada a él, pero de todos modos siente la violencia que emana el letrero, la negatividad, le afecta en cierto modo. Cierra la cortina para dejar de verlo.

Al día siguiente decide caminar por el barrio Chapinero. Si hay algo que le sorprende al hombre de los bogotanos es su capacidad para orientarse. Cuando pregunta por alguna dirección todos dicen «al oriente», «hacia occidente». El hombre sería incapaz de seguir esas instrucciones sin una

brújula. Los bogotanos tienen una brújula natural, que son los cerros de La Guadalupe y Monserrate. Han construido la ciudad alrededor de esos cerros. Las avenidas están numeradas a partir del cerro. La carrera séptima, como una gran serpiente que ha comido, se tiende sobre la ciudad y la divide en dos. Existe un lado oriental y un lado occidental. Todo eso le llama mucho la atención al hombre, que apunta esa información en una libreta que lleva en el bolsillo de un saco. Un saco gastado. No ha traído demasiada ropa. Se siente irremediablemente mal vestido.

Sale del hotel y cruza la acera, hacia donde está la propiedad que ni se vende ni se arrienda, y camina por la carrera séptima en dirección sur. Luego se interna por unas callejuelas. Descubre que sucede algo extraño en Chapinero. A veces las calles parecen pobrísimas, con comercios de aspecto sucio, con personas lumpen, como si fuese un barrio malo. Pero luego cruzas la carrera séptima y encuentras hoteles de lujo, restaurantes de moda, un extraordinario ambiente, un boato, la llamada zona G. ¿Qué es Chapinero? ¿Qué es Bogotá? Esa mezcla de lugares, la convivencia entre riqueza y pobreza, las fronteras invisibles que sin embargo resultan muy claras y evidentes.

Unas horas más tarde, el hombre se encuentra en un restaurante pequeño en el barrio de La Macarena. Aunque había venido varias veces a Bogotá nunca había visitado ese barrio que, a diferencia de Chapinero, parece un barrio sin grandes contrastes, ni rico ni pobre, de estudiantes, un barrio bohemio con pequeños locales de comida. Antes de entrar al restaurante, el hombre ingresó por curiosidad a una librería llamada Luvina. Observa los libros pero ninguno le llama la atención. Es una librería minúscula, con estantes de madera, con pocos libros. Estuvo un rato dando vueltas por los libros. Cogió uno y lo abrió. Leyó unas frases que no lo convencieron. Salió de la librería.

Es momento de declarar un detalle que se ha pasado por alto hasta el momento, pero que puede ser importante para conocer al protagonista. Él tuvo una fractura de rótula en un accidente, ocurrido muchos años atrás, y pese al par de operaciones y los meses intensos de terapias, no ha quedado totalmente restablecido. Ahora es un hombre lento. Además, la lentitud obligada y la vida sedentaria le han empezado a pesar con los años. Nunca fue alguien de complexión atlética, y ahora, cercano a los cincuenta años, se ha encontrado con la sorpresa de que su cuerpo es un enemigo. Las empinadas calles de La Macarena empiezan a notarse en su paso, que se

vuelve más lento y su respiración más pesada. Siente mareos y cierta presión en el estómago. Bogotá está por encima de los 2.000 metros y muchos turistas sufren el mal de altura. Él nunca lo había sentido antes, aunque había estado en la ciudad muchas veces, pero ahora lo siente. Quizá esa sea una razón para ingresar a un restaurante, aunque no tiene hambre, o quizá no.

Y digo «quizá no» porque de pronto una mujer muy bella se sienta en su mesa. Tiene el pelo rubio y los ojos negros. Las manos son muy blancas, casi lívidas. El pelo largo cae como una cascada sobre su hombro, cubierto por una cachemira oscura. Probablemente azul. El hombre y la mujer rubia conversan durante unos minutos sin dejar de mirarse a la cara. Han quedado en encontrarse en ese restaurante de La Macarena. Ella ríe y él la mira reírse. Le pregunta si quiere algo de tomar. Ella pide un tinto. Un tintico, dice. Le sirven un café que tiene un aroma delicioso que llega hasta el olfato del hombre. Es una pena que no pueda tomar café, le cae muy mal, pero el tinto colombiano es muy aromático y realmente incita. Los dos conversan por varios minutos más, muy animados, pero luego no se hablan más. Ella ha terminado el tinto y él la bebida que ha pedido. Se levantan los dos al mismo tiempo, pero solo ella se retira. Sin un beso, sin darse la mano. Ella baja de prisa por la cuesta de La Macarena y el hombre la ve desaparecer. Saca del bolsillo una cámara y le toma una foto de espaldas. No sabe qué va a hacer con esa foto. La mira, le parece movida o quizá poco interesante, y la borra.

En algún lugar ha leído que la fotografía es una extensión de la memoria. La cámara fotográfica sería una prótesis para turistas, que no pueden retener tantas imágenes y se apoyan en esas fotografías muchas veces mal tomadas, con cámaras mediocres como la que el hombre esconde en su bolsillo, un poco avergonzado de haber tomado la foto de esa chica.

Recuerda a la mujer rubia de ojos negros que ha desaparecido.

La recuerda reflejada en un espejo.

Toda mujer reflejada en un espejo es un espejismo.

Consigue llegar en un taxi a su hotel. A diferencia del día anterior, en que todas las avenidas y calles estaban vacías, ahora estaban llenas de autos y buses del Transmilenio cargados de pasajeros. Pasan a una velocidad enorme, su taxista también es imprudente al cruzar las calles. Se maneja mal, y hay demasiada bronca entre los conductores. Tocan el claxon. Hay muchas motos imprudentes. El hombre empieza a sentirse tenso ante ese

tráfico exasperante y los malos conductores. El taxi en que viaja, envalentonado ante los claxon, empieza a correr y a esquivar. Corre y esquiva. De pronto contesta el teléfono. «Juicioso, aquí, trabajando», dice. Habla un par de frases más y luego cuelga. Vuelve a acelerar.

Juicioso.

La palabra queda grabada en la memoria del hombre, quien vuelve a sacar su libreta y la apunta.

Cuando está cerca de entrar en el hotel, un indigente lo detiene en la calle. Es alto, lleva barba gris, harapos de color también gris, un bastón. El hombre pensó en el Rey Lear. «Su mercé sería tan amable de darme algo para comer», le dice. El hombre negó con la cabeza. El indigente volvió a insistir, siguiéndolo media cuadra hasta la puerta del hotel. Cuando descubrió que no iba a recibir una propina dijo: «Que dios lo bendiga» y se retiró con pasos firmes. El hombre ingresó al hotel pensando en el indigente. Pensó si hizo mal en negarle un poco de dinero, pero en un gesto instintivo se lo había negado y ya no había forma de echarse para atrás.

Está ese poema de Blanca Varela. La vida que pasa coronada de moscas, más oscura aún que la muerte. La vida.

Subió a su habitación, la 409, nuevamente por el ascensor. La habían limpiado y habían abierto la cortina. Podía leerse el aviso nuevamente. Intentó dormir pero no lo consiguió. La cabeza le daba vueltas, tenía en su mente historias inacabadas: la mujer del pelo rubio y los ojos negros; la fotografía que lo avergonzó; el indigente al que no había querido darle dinero. Fragmentos, retazos que se repetían una y otra vez con los ojos cerrados y la luz apagada. Hay algo que me espía en Bogotá, pensó, una presencia atroz que me está observando pero no llego a saber de qué se trata.

Aquello que lo acechaba, como una bestia en la jungla, eran los cerros. Lo iba a descubrir más tarde. Cerros verdes, frondosos, como erizados lomos de un animal. A veces es un animal domesticado, dormitando con el sonido de un sueño muy antiguo. Otras veces es salvaje, atroz, como si su cuerpo fuera un muro imposible de atravesar. El hombre siente que ha perdido de vista a los cerros y de repente vuelve a verlos, imponentes, abriéndose paso entre las calles y los caminos. Los cerros trazan una línea, esa línea es una frontera. El hombre se siente acosado, encerrado, reducido en esa ciudad construida en las faldas de los cerros. Se queda mirando hacia

los montes encrespados. Monserrate y Guadalupe. Uno de ellos tiene una virgen y el otro una iglesia.

Ahora el hombre cruza la Plaza de Bolívar y llueve. Lleva un paraguas negro. El día ha estado indeciso, entre la lluvia y el cielo despejado. Llueve mucho por un rato y de pronto se detiene, como si les diese a todos una tregua. Y luego vuelve a llover. Así como la ciudad cambia de rostro continuamente, mezclando lo feo con lo bonito, los hermosos edificios de ladrillo rojo con unos cubiles mal pintados y sucios, también su clima es cambiante e indeciso. Las calles del centro de la ciudad son aún más complicadas que las de La Macarena. Tienen muchos desniveles y huecos, donde la lluvia se ha empozado. «Hacia arriba», le indican, «Ahí está el barrio Germania». Le parece bello el nombre, Germania, como el nombre de una mujer misteriosa.

Sobre el edificio del Congreso hay unas sombras aladas. Son hipogrifos.

Camina despacio entre los charcos de lluvia y con paraguas negro. Parece un espectro. Se pega a las paredes para dejar pasar a los demás. Cruza una gran biblioteca, un museo de arte, la Casa de la Moneda. Mira hacia adelante y la gente, mojada y húmeda, es una marea humana. La ciudad se ha convertido en un mar que debe navegar. Camina con esfuerzo y logra avanzar. Se topa de pronto con una enorme librería de viejo llamada Merlín. Son tres pisos de libros. Recoge el paraguas y entra a Merlín. Empieza a caminar por los libreros, a leer el nombre de los libros. El hombre es alguien a quien le gusta leer, eso está visto. Piensa que va a poder encontrar alguna joya antigua. Coge un libro que habla sobre Bogotá, explica el origen de la ciudad, los conquistadores y los indios. Historias viejas mal contadas.

Piensa en la lluvia.

Se pregunta qué habrán sentido esos conquistadores al descubrir una ciudad cuyo cielo es una indecisión. Buscando una ciudad dorada y encontrándose con esta ciudad salvaje, indomable, alrededor de cerros erguidos como animales mitológicos.

Se imagina a un hombre de barba persignándose.

También las personas son así, piensa el hombre mientras regresa a su hotel. Son muy educados para hablar, no abandonan el «usted», cuando quieren pedir algo dicen «qué pena con usted» o «lo molesto con la cuenta» cuando cobran en un restaurante. Toda esa educación contrasta con la violencia de la ciudad, con la sensación de que en cualquier momento

ocurrirá algo terrible. Como las calles, como el clima, los habitantes también tienen esa polaridad que asombra al hombre. Piensa que aunque viviese acá muchos años, una década o dos, nunca podría acostumbrarse a esos cambios súbitos de clima, de paisaje o de carácter. Antes de entrar al hotel empieza a llover nuevamente.

La lluvia vertical golpea la acera y los tejados. La lluvia que todo lo esfuma. Corre un viento frío y llueve. El olor de la lluvia es cierto. El sol se ha apagado repentinamente. No son aún las seis de la tarde pero todo es oscuridad, lluvia y sonido de gotas golpeando toc toc sobre el paraguas, sobre la pista, sobre la punta de su zapato.

Desde la ventana de su habitación vuelve a ver el letrero: ESTE PREDIO NO SE VENDE NI SE ARRIENDA NI SE ALQUILA. Pero ahora descubre algo extraño, debajo de esas frases contundentes hay un número de teléfono. ¿Por qué pondrían un número de teléfono si no quieren vender ni arrendar nada? Apunta el número en su libreta.

Dice que vio un caballo caminando por la avenida, arrastrando una carga de deshechos. Le contestan que es imposible, que las zorras se prohibieron hace tiempo. Pero él insiste en que vio un caballo trotando con su cargamento de basura.

Entonces ¿qué?

Es una visión. O un recuerdo.

El recuerdo de un caballo viejo, de patas chuecas y oscuras, en Bogotá.

La mujer rubia de ojos negros lo llama la mañana siguiente por teléfono. ¿Quieres acompañarme a un lugar hoy?, le pregunta. Él le dice que sí. Se encuentran en el hotel y suben a un auto que maneja la rubia de ojos negros. Empiezan a hablar sobre el amor. El amor es una línea, dice él. Una sucesión de puntos que pueden ser trazados, desde el A hasta la Z. A veces se interrumpe la línea. El amor es un asunto frágil, es muy delicado, se rompe. La rubia de ojos negros se ríe. Lo que pasa es que eres un romántico, le dice. ¿Y eso qué significa?, pregunta el hombre. Nada, responde ella, simplemente que eres un inverosímil.

Han llegado a una zona muy lejana al hotel. Están en un barrio muy al sur llamado Restrepo. Dejan el auto y se echan a caminar. Las calles están llenas de vendedores ambulantes. Venden de todo, incluso animales de corral. Las tiendas son estridentes, con luces de neón, con maniquíes de nalgas prominentes o de torsos de hombre de traje y corbata con combinaciones de mal gusto. Se van abriendo paso entre esa exhibición de

comercios, sobre todo de calzado y cuero. También hay puestos de comida, con dos o tres mesas. En una de esas mesas ve a dos sujetos completamente borrachos a las once de la mañana, cada uno con una botella de cerveza en la mano, mirándose sin hablar. También ve unos zaguanes, unas escaleras que llevan a segundos pisos donde dicen «rumba» y que están abiertos pese a que es temprano. Uno de ellos tiene en la puerta dos pares de globos desinflados. Todo es bulla y estridencia. Los autos y las motos no cesan, casi se suben a las veredas. Los peatones cruzan las calles por donde les da la gana, sin buscar las esquinas, driblando a los autos. La rubia de ojos negros camina de prisa y lo deja muy atrás. A pesar de que a él le parece una mujer hermosa, se da cuenta de que los hombres no la miran. Las mujeres del barrio Restrepo son como los maniquíes, pulposas, grandes, exuberantes. La rubia de ojos negros es muy delgada y muy veloz. Voltea una esquina, sigue de frente, camina sin detenerse y es imposible seguirla. El hombre considera que va a perderla, finalmente, que eso es lo que sucederá. La va a perder. La pierde.

Luego de buscarla por varios minutos la encuentra, con la mano extendida, llamándolo. Va hacia ella y le dice: Entra conmigo, vamos conocer a alguien que quiero presentarte. Suben por las escaleras estrechas de uno de esos zaguanes y tocan una puerta tosca de madera. Sale una mujer joven, despeinada, con ojos enormes y asustadizos. Se saludan. La rubia de ojos negros le dice: Te he traído a quien te dije que debías conocer. Ella lo mira y le dice que entre en una habitación, lo deja pasar primero. Están ahora ellos dos, la rubia de ojos negros se ha quedado afuera. El cuarto está rodeado de cuadros donde se ven cabezas de personas y bosques, donde predomina el color rojo. Hay uno especial que le llama la atención: un bosque frondoso teñido de bermellón. Yo los pinto, le dice la mujer. Cuando estoy en trance, ni sé lo que significan, solo sé que salen así. El hombre sigue mirando los cuadros y luego pregunta qué hace ahí. Ella le dice que es vidente, que puede presentir lo que va a pasar tocando la mano de alguien. Extiende tus brazos, le pide y el hombre obedece. La pintora vidente le toca las muñecas como si le tomase el pulso. Estás muy bloqueado, le dice, siento que este viaje es algo que no quisiste hacer. Luego saca unas cartas viejas, ennegrecidas, y las empieza a tirar sobre la mesa. Primero sale el Ermitaño. Luego El Colgado. Luego El Diablo. Cuando sale esa carta la mujer se queda en silencio. Lanza más y más cartas sin decir nada. Una carta le atrae especialmente: se ve a un hombre que ha

sido derrotado, con la espada rota, y más lejos la sombra del triunfador que levanta su espada. A la pintora vidente también le llama la atención esa carta. Empieza a hablarle del daño, de alguien que quiere verlo destruido, de la depresión, de la pérdida. Dice que tiene que ser muy fuerte de cabeza, estar muy sano, porque el daño es sobre todo para que se vuelva loco, para que pierda la razón. El hombre la escucha hablar de sí mismo, recoger las cartas y volver a tirarlas. Ahora es el Diablo la que sale primero. Tienes que ser muy fuerte y no angustiarte, estar despejado le dice ella. Alguien te odia mucho. ¿Quién puede odiarme a mí?, se pregunta el hombre. No desesperes, no caigas en la desesperación nunca, le recomienda la pintora vidente. No pierdas la razón.

Sale del cuarto de la pintora vidente. La rubia de ojos negros se ha ido. Ha dejado una revista abierta sobre una silla. Ha desaparecido.

Cuando llega a su hotel se desnuda y se cubre de pies a cabeza con la cubrecama. Intenta dormir una siesta pero no puede. Una presión en el pecho y una bola caliente en el estómago le impiden dormir. Se levanta, busca el número de teléfono que tiene anotado en la libreta y marca. Espera dos, tres timbrazos. Contesta una voz de mujer. Llamo por la casa, dice él. ¿Qué casa?, le responden. La casa que no se vende, dice. Cuelga.

Ha vuelto a llover. Coge su paraguas y empieza a caminar rumbo a un café. Sin motivo aparente, alza la mano y coge un taxi. No le da ninguna dirección, solo le pide que siga de frente, por la séptima, y luego que decida dónde lo lleva. Está en sus manos. El taxista se rasca la cabeza y dice: Usted manda. El auto empieza a dar vueltas. Las calles se suceden unas a otras. Cruza un cementerio lleno de bloques de tumbas, donde encuentra una escultura de Botero que recuerda muy bien: un hombre gordo encabalgado. Todas las veces que ha llegado a Bogotá esa estatua lo recibía porque iba a hospedarse al hotel Tequendama. Esta vez está en otro hotel, más pequeño, más nuevo que esa antigüedad, esa mole llena de soldados, perros y personal del hotel uniformado que es el Tequendama. Lléveme al Tequendama, dice el hombre. El taxista llega en pocos minutos.

El lobby del Tequendama está lleno de gente, la mayoría de ellos con trajes. Él va directamente al bar. Escoge una mesa que le permite ver a la gente que sale y que entra, los carros con maletas, los tipos de traje y las mujeres en tacos. Pide un whisky. Luego pide otro whisky. Luego otro y otro. Las horas han pasado muy rápido y es medianoche. Piensa si acaso debe tomar un taxi hasta su hotel o coger una habitación en el Tequendama

y dormir ahí esa noche. Se levanta y le cuesta avanzar, todo le da vueltas, siente que podría derrumbarse en cualquier momento. Sale por la puerta giratoria del Tequendama. Se desploma.

La pintora vidente tenía razón: él no quería hacer ese viaje. No quería enfrentarse consigo mismo en una habitación de hotel.

Los cerros Guadalupe y Monserrate lo miran avanzar dentro del taxi. Extiende el brazo y piensa que podrá tocarlos. Son sólidos, son difíciles de aceptar, son carceleros. El taxista le dice que hace unos días uno de los cerros se llenó de candela, por culpa del calor enorme que había hasta hace un par de semanas, pero la lluvia apagó el fuego. El hombre se imaginó un fuego enorme, un fuego dantesco, bajando por los cerros, incendiando los árboles y luego las casas y luego toda la ciudad, encerrándola como un puño, toda Bogotá convertida en un incendio romano.

Llega a su hotel. No puede estar de pie por borracho, pero sube por las escaleras. Una a una. Mientras las sube escucha el ruido de las personas que pasan por ahí. De pronto solo escucha sus pasos. Luego, un sonido metálico, una moneda de oro sobre una bandeja de plata. Cuando llega a su cuarto, abre el ropero.

Al interior lo recibe un ángel silencioso.

Daniel Valencia Caravantes

(El Salvador, 1983)



Foto: © Alberto Sierra.

Periodista desde 2002 en *El Faro*. Cuenta con textos publicados en revistas y periódicos en Europa y Latinoamérica. Fundador de la «Sala Negra» de *El Faro*, coautor del documental *Las masacres de El Mozote* (El Faro, 2011) y de los libros *Crónicas negras, desde una región que no cuenta* (Aguilar, 2013) y *Jonathan no tiene tatuajes* (UCA Editores, 2010). Mención honorífica en el premio de investigación periodística (IPYS, 2007 y 2015); premio de derechos humanos (IDHUCA, 2007); periodista del año (APES, 2009) y finalista en el premio Gabriel García Márquez (FNPI, 2013).

GAMINES DE BOGOTÁ

ANTES DE INICIAR CON ESTA HISTORIA debo hacer una confesión: yo no quería venir al refugio de las chicas de la L, pero ahora que estoy aquí ya no quiero marcharme. De vez en cuando, una de las celadoras se acerca al grupo y espía a través de los barrotes incrustados en la pared. Al otro lado, por donde ella se asoma, hay un pequeño patio en el que dos niñas dan vueltas alrededor de una pequeña cancha de basquetbol. Las fugaces apariciones de la celadora son un sutil disuasivo para que en este encuentro no ocurra lo prohibido: que fotografiemos los rostros de mis anfitrionas o que ellas aprovechen la oportunidad para cometer algún ilícito. Sacar la imagen de sus rostros es penado por ley porque en esencia ellas son víctimas menores de edad. Que ellas fumen o se droguen está prohibido porque aunque aquí no están condenadas, en realidad ellas viven como que si estuvieran presas.

Yo estoy sentado en una silla, formando una rueda, en uno de los salones del refugio, rodeado por las chicas de la L. Hay más chicas internas, y otro grupo de externas que ya pronto será devuelto a la calle, adonde pertenecen. El refugio es una casona antigua con un techo muy alto y está escondido en el corazón de una zona industrial, alejado de Monserrate, del barullo de los transeúntes y vendedores del Centro. Cuando me preguntaron qué quería conocer de la ciudad, contesté que me interesaban las historias de los niños y jóvenes envueltos en los dramas de la violencia, y también de las víctimas de los conflictos armados. Así que en estos diez días he subido y bajado algunos de los cerros más imponentes de la ciudad, buscando a los chicos y chicas que libran las guerras de Bogotá a diario. Los chicos de la calle. Los marginados. Los estigmatizados. *Los siempre sospechosos de todo*. Los gamines. Las víctimas de la desigualdad. Los perseguidos por la guerra colombiana. *Los primeros en sacar el cuchillo* o en recibirlo. Los que escapan del conflicto o sobreviven en los barrios en conflicto. Los que

mejor pueden explicarme qué es Bogotá, esta ciudad que deslumbra pero que al mismo tiempo esconde tantos contrastes.

Yo no quería venir a este último encuentro porque estaba anímicamente agotado. En realidad esa tarde quería pasarla en el *Magola Buendía*, un bar bohemio ubicado muy cerca de la estación de Las Aguas en el que se puede jugar tejo. La cita con las chicas de la L fue planeada para la tarde del último día, un fresco viernes de marzo. Por la mañana, en otro encuentro, la historia de otra chica nos había dejado con el alma hecha pedazos. Y cuando el alma está destrozada solo el alcohol puede remendarla. Dentro de poco entenderán la razón, pero por lo pronto regresemos al grupo de las 11 chicas de la L, entre las cuales hay una que está embarazada y solo tiene 15 años. También está la líder del grupo, una paisita de 13 años, pecosa y coqueta; y a mi izquierda está una rola que se ha cansado de la vida callejera.

Todas son muy lindas, todas son muy niñas.

Se interrumpen al hablar. Una calla a la otra, una le grita a la otra, y todas arman relajo cuando entre la conversa surgen temas relacionados con el bazuco, el bareto, la pega y el farreo en la L y el Bronx.

En este relato la L y el Bronx todavía existen.

Alguien nos ha traído refrescos; y alguien más, galletas. Paso una de las tardes más amenas en Bogotá y me arrepiento de haber intentado escabullirme. Qué suerte que Mariana, una de mis guías, puso cara de «ni se te ocurra, marica» cuando se lo sugerí, al mediodía. Qué suerte que Mariana es tenaz, porque las chicas de la L merecen ser escuchadas.



Por la mañana subimos a La Peña, un punto todavía más alto que Las Cruces, un barrio levantado hace muchas décadas por artesanos, carpinteros y obreros. Ellos construyeron con sus manos sus propias casas, la mayoría de paredes de adobe y puertas y balcones coloniales. Ahora el barrio es otra cosa, para nada un lugar turístico. Allá nacen, crecen y se reproducen delincuentes. En La Peña y Las Cruces hay dos bandas que se pelean el territorio.

—Lo normal: se pelean la vacuna, el bazuco, el poder. Yo de eso no sé mucho y no quiero saber mucho –me dijo María Arbey Olarte, una cincuentona coordinadora de una escuela-internado que sirve de refugio a

niños y jóvenes que huyen del conflicto armado colombiano. En aquel lugar había chicos y chicas provenientes del Catatumbo, de San José del Guaviare, de Norte de Santander… Para que el refugio pase desapercibido y sea aceptado en medio de una zona conflictiva, la escuela también admite a *chinos* de la zona. Uno de los alumnos es el hijo del líder de una de las bandas. Otra de las alumnas es la hija del líder de la banda contraria. Los vi de pasada, mientras se abrazaban y tomaban de la mano. Ella era morena y llevaba el pelo negro recogido en una coleta. Él era un blanquito con un discreto *mohawk* en el centro de la cabeza. María Arbey Olarte me contó que en aquel punto de los cerros orientales de Monserrate se esconde una versión latinoamericana de un clásico universal de la literatura. En La Peña hay dos bandas enfrentadas, dos padres furiosos, dos adolescentes que se aman pero solo entre las paredes de la escuela. Y si lo cuento acá, tan de pasada, es porque esos Capuleto y esos Montesco son una historia que alguien más debería venir a buscar. A mí ya no me alcanzó el tiempo. Aquella era la última mañana de la agenda y todavía me faltaba encontrarme con las chicas de la L.

Pero allá arriba quedó María Arbey Olarte, quien aviva el misterio:

—Como esos *chinos* están en edad de tener un embarazo, donde esa niña se embarace se arma la que ya tú sabes.

—¿Cómo hizo para prevenir la disputa?

—Mandé a llamar a los papás. ¿Cómo se arreglaron ellos? Yo no lo sé, pero el papá de la niña, cuando vino, es que ese señor estaba que se le subía el calor y se le salía por los ojos.

La escuela estaba amurallada allá arriba, donde comenzaba un bosque de cipreses; y allá abajo, en donde comenzaba la ciudad. En el extremo inferior cuatro estudiantes hacían las veces de centinelas en la única puerta de entrada. La vigía de estos chicos solo sirve para pegar un grito de alerta a los internos-refugiados cuando el caso lo amerite. Ojalá que nunca lo amerite.

De repente: ¡Pum! Tronó un balazo. ¡Pum! Otro. ¡Pum! Un tercero.

—Tranquilo –me dijo dijo María Arbey Olarte–. En lo alto del cerro, en el borde de los páramos hay un polígono de tiro de la policía. Las otras balaceras no llegan hasta acá.

Ella no lo dijo, pero yo sí lo pensé. Las otras balaceras no llegan hasta acá, pero quienes huyen de ellas sí. Antes de bajar a la Biblioteca de La Peña, María Arbey Olarte nos pidió que cuidáramos a sus *chinos*. Por

norma general no los dejan salir del internado. Hicieron una excepción por nosotros. Desde lo alto, la ciudad se miraba inmensa y majestuosa hasta el horizonte.

En la Biblioteca de la Peña los chicos se sentaron en rueda. De los 20 ahí reunidos solo cuatro se atrevieron a hablar, y de los cuatro el testimonio de Jazmín fue el que mejor los explicó a todos. Jazmín tenía un pequeño tatuaje en la muñeca derecha. Eran unos puntos verdes que rodeaban a una estrella del mismo color. Ella tiene 17 años y le recuerdo la mirada muy seria, muy dura. Destacaba en el grupo porque lo lideraba, porque hace mucho tiempo que se convirtió en una persona adulta. Ahora sabrán la razón de su adultez y de por qué llegamos hasta las Chicas de la L con el alma destrozada.

Jazmín dijo:

«Soy del norte de Santander, de La Gabarra. Una vez entraron los paramilitares a Puerto Barco y tumbaron un puente. Cuando estaban ahí cayó una bomba donde estaba mi mamá y su familia. A mi abuelo le gustaban las mujeres así que tenía 13 hijos. Ese día murieron ocho tíos y tías. Quedaron descuartizados, una cosa impresionante. Ese fue el primer bombardeo que llegó a La Gabarra. De ahí entraron los paramilitares y empezaron a buscar personas. Tenían un listado, un cuaderno lleno. Acabaron con la mitad del pueblo. Allá había mucho dinero debido a la coca. Se llevaron la coca y la plata. El ejército que había era muy miedoso. Entre esas cayeron dos sobrinos de mi mamá. A ellos los torturaron. Poco a poco les iban quitando… Primero les arrancaron las uñas. Luego una oreja, luego la otra. Les decían que dijeran dónde estaba mi mamá. Después les quitaron los ojos y a uno lo hicieron caminar como por 15 minutos sobre una calle de tierra. Después les metieron un tiro en la frente. De ahí dieron con mi mamá, porque a ella la conocen demasiado en mi tierra. A las personas que tenían tatuajes les calentaron machetes y se los ponían donde tenían el tatuaje. La carne quedaba en el machete. Mi mamá ahora tiene una cicatriz en la espalda. También le metieron ocho latigazos para que dejara de tatuarse la piel. Mi abuelo se ahorcó a los diez días de tanto sufrimiento y de ver a mi mamá con esas cicatrices. Se ahorcó a pocas cuadras de mi casa. Tengo una hermana de 24 y otra de 18. A la que tiene 18, cuando tenía 10 años, fue abusada por dos soldados del ejército nacional. Los dos violadores la dejaron... ¿cómo es que se dice cuando quedan como locas? Trastornada. Eso. A los 12 años yo fui reclutada por las FARC pero no duré

mucho tiempo. Año y medio. Allá me enseñaron que no hay que llorar, sufrir, pedir perdón ni disculpa. Allá no hay que decir palabras sino que hay que actuar. No me costó convencerme de estar ahí debido a lo que ha pasado con mi familia. Anduve por Leticia y por Popayán, pero lo demás no lo cuento porque eso sí no se puede decir. Cuando mi mamá dio con mi paradero habló con la guerrilla y quería traerme a Bogotá, pero yo no quería venir. Me subí a un palo y de ese palo no me bajé en dos días. Me traían a Bogotá y yo no quería. Yo no quería».

En este relato, la guerra con las FARC todavía existe.



Cuando llegamos al refugio de las chicas de la L terminaba la hora de la siesta. Algunas de las chicas dormitaban en unas banquetas de cemento que sobresalían desde las paredes de los salones principales. Recuerdo que me fijé en una porque recién se iba despertando y tenía la cara demasiado somnolienta para la hora: dos de la tarde. Ella vestía con un pantalón deportivo y una sudadera blanca. Tenía el pelo enmarañado. Cuando se cruzó conmigo percibí su aroma. Era el aroma de la juerga, de la calle, de una noche de rumba.

Junto a ella avanzamos hacia un pasillo que divide a los salones principales de los baños. Al fondo del pasillo, en el lado izquierdo, está la puerta que conduce a una salida lateral del refugio. Al lado derecho están las oficinas administrativas. En la pared que divide a los baños del pasillo hay un espejo. Un grupo de niñas posa frente al espejo. En este estrecho corredor sin ventilación se encierra un vaho, un puñetazo directo al tabique nasal. Es como si al destapar un frasco *eau de toilette*, el aroma dulzón de frutas tropicales estuviera mezclado con gases de cloaca y chorritos de lejía.

Cada cierto tiempo, desde el interior oculto de las regaderas, emergen más criaturas diminutas recién bañadas y cambiadas. Son las mismas que, minutos atrás, entraron vestidas con sus trapos sucios de niña de la calle, con el pelo enmarañado. Apestadas.

El espejo ahora es disputado por cinco niñas coquetas que se ajustan los apretados sostenes. Quieren aparentar que hay más carne allá donde la naturaleza aún no les ha dotado. Una chica trigueña de ojos chinos se acurruca y se introduce bolas hechas con papel higiénico en las copas del

sostén. Quiere tetas abultadas. Todas en el grupito se pintan una sombra color plata en los párpados y el famoso *catliner* que se alarga por el rabillo del ojo. Parecen cleopatras gogó. Más allá de la línea plateada, diminutas gavioticas negras alzan vuelo y se pierden entre las sienes. Las chicas ríen cuando les pregunto si el arito que cuelga de sus labios inferiores es una moda o algún código de pertenencia. «Es lo que manda en la L», me responde una chica paisa, cubierta de pecas en la respingada nariz, en las mejillas, en los hombros y en la espalda.

Todas son muy niñas.

La chica paisa tiene «trece» años. Es la líder del grupo, pero de su vida apenas dirá que se escapó de su casa en *Medallo* porque su padrastro quería abusarla. Como Jazmín, Bogotá se ha convertido en su refugio, aunque ella también dice que preferiría estar en su tierra. Junto a ella hay una morena caleña de 12 años que se hace llamar Matilda. Resulta que es su compañera de aventuras y cerca de la L ambas alquilan un cuarto para pasar la noche. Le pregunto a Matilda si ella quisiera volar algún día, como sus gaviotas en la sien. Las suyas son blancas. Ella se frota los labios gruesos para regar el pintalabios rosado, sonríe frente al espejo y levanta las cejas.

—Algún día, pero por lo pronto volamos pa' la L a farrear –dice, mientras hace la señal de una L con el pulgar y el índice, elevado a la altura de su frente.

—¿Ele de *loser* o cómo? –pregunto, ingenuo.

Matilda y la chica paisa se carcajean.

—Ele de farreo.

A la L van a ganarse la vida descorchándose.



Ahora retrocedo en el tiempo y regreso a mi primer día en la ciudad. En el trayecto del aeropuerto hacia el hotel recuerdo los murales y los grafitis que me sorprendieron en las calzadas. Reparé en uno majestuoso que ocupaba toda la lateral de un edificio de 10 pisos. Era uno olvidado en la calle 26 con carrera 15. «Beso de los invisibles», le llamó Jade, su autor. El mural, sin embargo, es mejor conocido como el «beso del Bronx», por la fotografía que lo inspiró.

Hace tres años, en el Bronx, quizá la principal olla de toda Colombia, una zona que combinaba el vicio, la prostitución infantil y la mayor

concentración de indigentes de la ciudad, el presidente y el alcalde mayor visitaron la zona con una promesa de cambio. En aquella visita, mientras el presidente Juan Manuel Santos hablaba, los mendigos no le paraban bolas. Alguien escribió en *El Espectador* algo así como que los mendigos, en aquel acto, representaron la ironía de unos gobernantes alejados de sus gobernados. Pero aquí lo importante del relato es que el fotoperiodista Héctor Fabio Zamora tomó la imagen de una pareja de mendigos que, tendidos en el suelo, se besaba como dos enamorados mientras Santos se echaba un discurso. Estaban rodeados de otros indigentes. Uno dormía; otros tres, fumaban.

Con el tiempo Zamora buscó a sus protagonistas, hasta que los encontró. El hombre es Hernán, de 38. La chica es Diana, de 25. Viven su idilio entre bazuco, alcohol antiséptico y la miseria de la ciudad. Días después, cuanto conocí a las chicas de la L en el refugio, caí en cuenta de que todas ellas bien podrían llegar a ser Diana, una chica de la calle con una historia de amor capturada en una fotografía o pintada en un mural de 10 pisos de altura.

Desde la visita de Santos en el Bronx comenzaron a cambiar las cosas. La acción se movió un poco hacia la L, donde llegó a concentrarse un mercado de seres humanos. Antes era más común apreciar la indigencia de la ciudad, los dramas de sus mendigos en la Plaza España, al lado del hospital San José, donde funcionaba la Facultad de Medicina, un centro importante para el desarrollo de la medicina en Colombia. Pero esa zona ya fue rehabilitada y ahora es más plaza, cosa que antes no se veía entre las chabolas y las casuchas de los mendigos. Cuando conocí a las chicas, el movimiento se gestaba en la L, llamada así por la figura del alfabeto que formaban dos de sus principales calles.

Una de las celadoras del refugio me contó que en la L había un circuito de discotecas clandestinas que atraía a estudiantes de secundaria a la fiesta y de la fiesta al vicio y del vicio a la calle. Sofía tiene 13 años trabajando con chicas de la calle. Cuesta no creerle. «¡Billas y billares es el más bacano!», gritó una de las chicas, que llegó a escuchar las palabras de su instructora.

Durante mi estancia en Bogotá visité sin querer la zona. Buscaba el barrio Santa Fe para hacerme una idea del movimiento de la prostitución que hay en la ciudad, cuando el taxista que me transportaba me preguntó si ya me había asomado por el Bronx. Yo, que ya me había maravillado con la

historia de Diana y el mural, le dije que no, que si podíamos dar una vuelta. El taxista me llevó a una zona, muy cercana al centro de gobierno en el centro de la ciudad. Destacaba porque cada cuadra, cada andén, estaba atiborrado de grupos de mendigos que reposaban en las esquinas, en las aceras, o que se tambaleaban borrachos o fumados por las calles y las avenidas. No sé por qué se me vino a la mente la imagen de un hormiguero devorando a un insecto muerto. Unas cuadras más arriba, alejados del mar de indigentes, en una pequeña plaza montada sobre un triángulo, un grupo de jóvenes levantaba pesas en lo que alguna vez fue un parque con columpios para niños. «Esos son los jíbaros», dijo el taxista.

Por pura prudencia, en estos últimos seis años he aprendido que uno nunca se acerca a un territorio sin haber sido invitado. En mi país cubro historias de dos de las pandillas más terribles del planeta, según ha dicho el FBI. Nuestras pandillas desaparecen seres humanos, decapitan, descuartizan y llevan una guerra sin cuartel por el control del territorio y la extorsión, allá donde vive el 80% de la población. Los más pobres. Para entrar a sus dominios se necesita un guía, un lenguaraz, alguien que nos garantice que ellos han aceptado nuestra inmersión. Esas gestiones requieren tiempo o como mínimo un golpe de suerte. En el Bronx fue imposible transitar con alguno de los dos salvoconductos. Así que me tocó conocer a los jíbaros en otra ocasión, o al menos hacerme la idea de que esos jóvenes en la plazuela eran jíbaros. Lo aseguró el taxista. Ellos pulían sus músculos perfectos con pesas hechas con latas de leche rellenas con concreto. Vestían con tops blancos y negros y pantalones deportivos. Eran seis. De pronto detuvieron a una chica que pasaba por la plaza, una chica que se parecía mucho a las chicas de la L. Ella llevaba pantaloncitos apretados y el ombligo lo tenía descubierto. Se sacó algo del bolsillo y se los entregó a los jíbaros. Se despidió sin besos ni apretones de manos. Ellos regresaron a sus pesas.

A principios de junio, dos meses después de mi visita, la Alcaldía por fin arremetió contra el Bronx y contra los jíbaros de la L. Casi todos los periódicos que cubrieron la noticia han utilizado el mismo adjetivo para describir el operativo: «impresionante». Lo que las chicas de la L me contaron y lo que una de sus celadoras me confirmó se quedaba corto para lo que han descubierto las autoridades desde que desmantelaron la olla del Bronx. Hay periódicos que dan fe de haber encontrado cuartos de torturas y cementerios clandestinos. El Bronx era una plaza de vicio, un hormiguero de mendigos, un centro comercial donde se vendían al mejor postor niñas

como las chicas de la L y se practicaba, impune, el sicariato. ¿Por qué el Bronx fue desmantelado hasta tres años después de una promesa presidencial? ¿Por qué alcancé a ser testigo del movimiento de las chicas de la L? Es muy prematuro para intentar dar con conclusiones, pero en los periódicos ya hablan de una treintena de altos oficiales de la Policía vinculados a las mafias que controlaban ese mercado donde se movían decenas de millones de pesos.

Cuando las ollas le pagan a la autoridad, a las ollas no les pasa nada. Eso lo aprendí en otro cerro, al sur, en Ciudad Bolívar. Pero antes de dar ese salto regreso a mi reunión con refrescos y galletas junto a las chicas de la L. Bogotá es una ciudad llena de contrastes, y las palabras de Mónica quizá sirvan de interludio antes de viajar hasta el suroccidente de la ciudad.

Mónica viste un pantalón deportivo, un top negro y un suéter. Luce orgullosa el ombligo. Es de las mayores del grupo. Es una rola y durante cinco años casi se pierde por culpa del bazuco y el bareto. Ya lleva un año desintoxicada y ahora sueña con ser psicóloga. Quiere trabajar en el refugio, ayudando a otras chicas como ella. Mónica se pone de pie porque quiere contestarme qué es Bogotá, cómo se vive en Bogotá.

De su boca emana un poema:

La Bogotá norte está creciendo
la Bogotá sur es un infierno
Nosotras somos de la noche
Y vivimos la vida real
En la noche
Cuando se ve quién sos y lo que hacés
Para sobrevivir
La noche es muy, muy…
Como si fuera un centro comercial
Una plaza donde se venden
Y se compran
Seres humanos



Rosero, el policía, señala con la punta de su dedo los contrastes de la ciudad. Rosero, el policía, es un tipo joven y ameno. Nos lo encontramos a

las orillas de un mirador, mientras cateaba a un joven que bajaba descuidado por la calzada. Al norte está Usaquén «y esta es la zona sur», dice. Estamos parados sobre una de las cimas de Ciudad Bolívar, una de las localidades más pobres y peligrosas de Bogotá.

Usaquén, según Rosero, es una zona *pupi* llena de *gomelos*. «*Gomelo* es el man que tiene plata, el más *chicanero*», dijo. Y no me costó entenderle. Visité ese pequeño recinto estilo colonial atiborrado de restaurantes, al nororiente de la capital, un sábado por la noche. Cuando terminé de cenar, por buscar un baño terminé perdido en el laberinto de un centro comercial levantado sobre los escombros de una vieja hacienda cafetera. Pero quizá todavía más *pupi* sea la «Zona T», en la calle 82 con carrera 13. («Zona T», la «L». Riqueza y miseria. Dos letras del abecedario). La Zona T es un sector lleno de restaurantes y diseñadores de moda y bares como el Bogotá Beer Company, mejor conocido como «la BBC». Rosero me explicó indignado que en Ciudad Bolívar no hay BBC, que «macho alfa que se respeta en Colombia toma póker». Póker es la cerveza del pueblo. «Aquí se toma póker», remarcó, con orgullo, por el sentido de pertenencia que le da esa cerveza.

Ciudad Bolívar es como una ciudad dentro de la ciudad, aunque en realidad de ciudad no tiene ninguna pinta. Es un desorden regado entre cerros y montañas, una favela, un laberinto de pequeñas casas levantadas desde hace siete décadas sobre los cerros de Bogotá. 3 mil 100 metros sobre el nivel del mar alcanza en la parte más alta. Desde acá es difícil distinguir al majestuoso Bacatá que se construye a los pies de Monserrate. El Bacatá intenta coronarse como el edificio más alto de Suramérica con 67 pisos. Es toda una maravilla moderna con paredes de cristal que tendrá hotel, oficinas, centro comercial y aparcadero. Mientras ese monstruo se levanta, este otro al que recién ingresamos parece que se quedará dormido para siempre.

Nada bueno sale de la boca de cualquiera al que se le pregunte si conoce Ciudad Bolívar. En mi primera noche en la ciudad se lo pregunté a unos corresponsales y de sus bocas salieron estas palabras: «Bacrim», «paracos», «guerrilla», «muerte». Rosero, el policía, le pone más dramatismo a las advertencias: «allá arriba las cosas se ponen difíciles y allá ellos mandan, no nosotros».

Nuestra guía le dice que no se preocupe, que vamos bien recomendados. Subimos. A medida que avanzamos noto cómo la calle de asfalto va

desapareciendo hasta convertirse en un camino de tierra y polvo. En lo más alto, ya bien cerca del palo del ahorcado, un símbolo de Ciudad Bolívar, un niño se nos une en el recorrido. El palo del ahorcado es un eucalipto gigantesco y recibe su nombre de una leyenda popular. Cuentan que un hombre infiel apareció muerto por extraños rasguños, que según cuentan eran los rasguños del diablo. Tras su muerte, la comunidad maltrató a Ernestina, la amante, acusándola de haber sido ella la que puso en desgracia a aquel pobre hombre. Ante el dolor de la pérdida y la vergüenza derivada del escarnio popular, Ernestina escaló hasta la cima, amarró un lazo al eucalipto y se suicidó. La leyenda, en todo caso, está escrita en clave machista. Ese punto debería ser «el palo de la ahorcada».

Un cerro más abajo están situadas «las dobles», dos canchas de fútbol para los chicos del barrio Potosí. A las dobles, me cuentan los chicos, suben policías como Rosero a interrumpir el juego, a golpearlos solo porque sí, dándoles de macanazos, separándoles las piernas, reteniéndolos algunas horas en la delegación policial, ubicada allá abajo, en el inicio de la montaña. Los escucho y se me hace tan conocida la escena. En El Salvador, los agentes de la Policía Nacional Civil, los chotas, visitan los barrios estigmatizados por la presencia de las pandillas y se llevan a las bartolinas, hornos donde se cuecen seres humanos, a justos por pecadores. En San Salvador, o acá en Ciudad Bolívar, parece que lo importante es tener una estadística qué lucir, como si la violencia se fuera acabar al encerrar a los niños que juegan fútbol. Mientras que afuera, a las ollas, no les pasa nada. Mientras los malos definen sus propias reglas.

El niño que nos acompaña en este recorrido se llama Joel Chavarro. Quienes lo conocen bromean con que él es el Tarantino de Ciudad Bolívar. Joel es un fanático del cine, y gracias al apoyo de Ojo al Sancocho ha dirigido seis cortos de ficción. Ojo al Sancocho es un colectivo de cineastas de Ciudad Bolívar que a través del cine y el documental buscan que la comunidad se cuente a sí misma, que los chicos prefieran una cámara y contar historias en lugar de la calle y los vicios. Joel, el pequeño y menudo Tarantino, es uno de sus alumnos más destacados.

Joel ha dirigido cortos en los que denuncia lo que vive a diario. En sus filmes habla de orfandad, maltratos intrafamiliares, pobreza, violencia y toques de queda. El que habla de toques de queda se llama *Antes de las 10*. Le pregunto a Joel qué es un toque de queda. Él responde:

—Es como cuando una persona a determinada hora no debería estar ahí, entonces por estar ahí los matan –responde, mientras señala la esquina de una de las canchas de fútbol.

—¿Quiénes los matan?

—Ellos mismos los matan a los demás.

—¿Y quiénes son ellos?

—Pues... A veces son diferentes grupos, como bandas.

—¿Lo que me contás es ficción?

—No, ese sí es de verdad. Eso pasa de verdad.

—¿Cuándo fue el último toque de queda?

—Hasta el momento han pasado hartos, pero no sabría decirle en qué fecha han pasado porque uno pierde la cuenta.

Iniciamos el descenso. En el camino Joel se encuentra con Joan, un niño de 10 años, actor de tres de sus seis películas. Joan es su mejor amigo. Los dos niños sueñan con llegar a hacer mancuerna: director y actor. En esas están, contándome sus sueños, cuando un par de tombos llegan en una motocicleta y se parquean frente a una vereda. Más abajo, por esa misma vereda, pasó hace rato un joven con pinta de gamín. Lo tombos se pierden en la vereda y segundos más tarde regresan con el gamín completamente sometido y esposado. Lo suben a la moto y salen zumbados colina abajo.

Al final de la vereda está la olla de Potosí. Avanzamos, pero en el trayecto por la calle de tierra nos fijamos demasiado en el movimiento de la olla. Y en realidad no es que se aprecie gran cosa, apenas unos jíbaros fumando bareto a las puertas de una casa cualquiera. Las casas que vamos dejando a un lado están con las puertas abiertas de par en par, pero de repente este sector se ha transformado en un pueblo fantasma. Seguimos avanzando. Apenas hemos dado unos pasos, cinco metros quizá, cuando un grito helado nos golpea en la espalda.

—¡Bien pueda, pues! ¡Díganos qué tanto miran!

Atrás hay dos hombres. Uno es moreno y fornido. Está rapado. El otro es más bajito y barrigón y está muy mal malencarado. Es el que más grita mientras agita los brazos, como retándonos, como invitándonos para que nos acerquemos.

—¡Bien pueda, pues! ¿¡Y qué!? ¿¡Y que es que acaso ahora también nos van a andar cuidando!? ¡Conteste!

Pero nadie contesta. Pienso en todo lo que acabamos de presenciar. Y entonces surge la pregunta: ¿Por qué los tombos solo se llevaron al gamín y

no a los regentes de la olla? Mi guía en este recorrido me da una respuesta. «El policía aborda al man porque él lleva la droga, pero ¿y por qué no acaba la olla, el problema de la raíz? Lo que pasa es que los de la olla le pagan a la Policía para que los deje trabajar», dice. De pronto recuerdo la frase de Rosero, el policía. «Allá arriba mandan ellos». De pronto recuerdo el Bronx.

No puedo evitar preguntarme qué futuro le depara a Joel y Joan, dos potenciales cineastas que juegan con sus sueños al borde de una olla. ¿Lo lograrán o terminarán como gamines de Ciudad Bolívar? Ellos son tan niños y mientras nos alejamos del peligro y salimos de Ciudad Bolívar ellos van jugando a James y Cuadrado pasándose una botella de plástico vacía.



Ahora regresamos al refugio para despedirnos de las chicas de la L que están a punto de irse de farreo a las calles del Bronx. Ahora ya no hay nadie frente al espejo y aquel olor a desinfectante mezclado con perfume barato y lejía ha desaparecido.

—¿Se viene? ¿Nos acompaña? Venga, hágale –me dice aquella chica paisa llena de pecas, la líder del grupo de las chicas de la L.

Le respondo que no puedo, que debo quedarme en el refugio, para seguir platicando con sus compañeras internas.

—Bien pueda. Usted se lo pierde. Una vez me abordó uno como Usted, así, gringo…

No soy gringo pero eso aquí es lo que menos importa. La chica paisa deja en suspenso el relato pero es fácil entenderle la idea. El «me abordó un gringo» es una franca violación a sus derechos universales de niña. Ella se ajusta el pequeño y apretado top por última vez. Su cuerpecito disfrazado de chica sexy ahora está listo para 12 horas de fiesta. El ombligo va al desnudo, con un arito colgando en el centro, y el pantaloncito jeans estrangula las piernas y le realza el culo. Justo como ella quiere. La chica paisa, pienso, tiene cuerpo de gimnasta olímpica, pero quizá eso le ocurra en otra vida.

Ella retoma el cuento del gringo:

—¿Se acuerda, marica? Es aquel al que…

Matilda, su compañera de pieza, aquella morena caleña con gaviotas blancas en la sien, le estrella una palmada sobre las pecas del hombro

izquierdo.

—¡Cállese, marica! ¿Qué van a pensar de nosotras?

No me lo dirán ellas, pero se prostituyen. Las conquistan los jíbaros de la L. Ellas caen a cambio de dinero para comer, para dormir, para baretos o bazucos. O quizá también para inhalar el «bóxer» o el «emegé», pegamentos industriales de uso común para zapateros. La pega quita el hambre, ahoga las penas y «la botellita cuesta mil pesos».

Puras malandanzas les depara la noche y buena parte de la madrugada, hasta cuando pase el camión recolector del refugio. «Barredor» le llaman ellas, por el hecho de que algunas son recogidas de las aceras a eso de las seis de la mañana.

Drogadas, abusadas, desveladas aceptarán el refugio por la dormilona.

Hasta que sea la hora de volver a la rutina.

Una de las rutinas de los gamines de Bogotá.

Alguna vez, no hace mucho, un religioso salesiano definió en un libro que un *gamín* es un «cara sucia, un muchacho de la calle» bogotana. A quien se le pregunte en la ciudad, siempre tiende a dar esta explicación sobre el origen del vocablo. Cuentan que algún francés elegante –«de esos que quizá implantaron eso del rolo cachaco, así, estilizado, traje, gabardina y sombrero fino, muy bacano», añade un taxista– se cruzó por Bogotá, vio a un chico de la calle y pronunció la palabra *gamín*, que en su lengua significa chico o niño. A secas. Pero entonces quizá aquel gamín era un niño de la calle, careto y maloliente, y quienes escucharon al francés hilaron mal la traducción. Desde aquel evento hipotético y mítico la palabra se transformó en el término peyorativo para dirigirse a los chicos de la calle. Los gamines que intentó rescatar, en vida, aquel religioso salesiano que acuñó el término en un libro.

Es curioso cómo la acción de una persona puede influir en la vida de otra. Si hace más de sesenta años Javier de Nicoló no hubiera huido de la Segunda Guerra Mundial, las chicas de la L quizá nunca hubiesen tenido un refugio al cual llegar para descansar de la calle. No alcancé a conocer a De Nicoló porque se me dijo que estaba muy enfermo. De hecho, falleció apenas dos días después de mi partida. Quién sabe si se fue al más allá satisfecho con su obra. Si se hubiera aguantado un poco más hubiese atestiguado la desarticulación del Bronx, aunque ahora quizá no haya que celebrar demasiado. Los cambuches y el vicio que los consume han comenzado a emigrar hacia otros puntos de la ciudad. Y detrás de ellos van

los gamines, que en un mundo tan desigual se reproducen como los piojos en las cabezas de los desamparados. Justo como el enjambre que devora la cabeza de una de las chicas de la L. Lo noto porque esta santandereana de 12 años me da la espalda mientras se alisa el cabello con un cepillo. Cuando deja de cepillarse, las hebras del cabello se siguen moviendo como por voluntad propia, como si de repente cobraran vida. La cabeza de esta niña es la metáfora perfecta para esta ciudad que a veces devora a sus gamines.

LUIS NORIEGA
(CALI, 1972)



Foto: © Alberto Sierra.

Estudio Literatura en la Universidad Nacional y vive desde 1998 en Barcelona. Ha publicado tres novelas: *Iménez* (Rocca, 2011), ganadora del premio UPC de ciencia ficción; *Donde mueren los payasos* (Blackie Books, 2013); y *Mediocristán es un país tranquilo* (Random, 2014). Su libro más reciente es la colección de cuentos *Razones para desconfiar de sus vecinos* (Random, 2015).

BOGOTÁ, D.Z.

1

Me había enterado tres semanas antes durante una reunión en Piscis, la pequeña productora para la que trabajaba y de la que, muy ocasionalmente, cobraba. Íbamos a filmar en Bogotá. Para un negocio en el que nadie llegaba a fin de mes la idea de hacer una película en el extranjero era un síntoma de locura colectiva. Nunca confíes tu suerte a una empresa bautizada con el signo zodiacal del jefe.

—¿Y por qué en Bogotá?

—¡Porque allí es dónde está la pasta! –dijo Gonzalo subrayando las palabras con las manos–. Es tu ciudad, ¿no? Porque si no, no me sirves. ¿Conoces a Enric Durán?

Las respuestas eran sí: Bogotá era mi ciudad; y no: no conocía a Enric Durán.

—Será el director. Es joven, pero ya hemos hecho varios trabajos juntos. Y tiene contactos excelentes en tu país. Las conversaciones están superadelantadas. Ellos ponen el dinero. Nosotros, el talento. ¿Te lo puedes creer? Venga, háblame de Bogotá. Cuéntame algo que no salga en la Wikipedia.

El hecho de que un tipo que a duras penas había conseguido producir un par de cortometrajes en toda su carrera estuviera planeando hacer una película al otro lado del Atlántico debería haberme servido de advertencia, pero la ilusión de trabajar en una película, de hacer cine por fin, me cegó tanto como probablemente lo había cegado a él.

Lo primero que se me ocurrió fue hablarle de la única vez que había regresado a Bogotá desde que vivía en España, cuando me descubrí viendo la ciudad con ojos de forastero, un forastero algo fúnebre porque acaba de enterrar a su madre, pero acaso por eso más receptivo al lado siniestro de la ciudad.

Bogotá está llena de gente, me oí decir sin detenerme a pensar que eso era una obviedad tratándose de una urbe de ocho millones de habitantes. Hay gente por todas partes. Montones de gente. Todos rozándose con todos. Y todos desconfiando de todos. Eso es clave. Hay mucho miedo. Y una gran sensación de inseguridad. Y tal vez por eso la gente tiene una hostilidad a flor de piel que puede brotar de un momento a otro.

Y así, sin proponérmelo, terminé contándole una escena de la que hasta entonces solo le había hablado a mi hermana.

Todo empezó con un bus frenando en mitad de la calle en el cruce de la diecinueve con décima, en pleno centro de Bogotá. Un par de pelados se bajaron por la puerta trasera y echaron a correr. Detrás de ellos apareció el conductor armado con una varilla. Y alguien gritó: Cójanlos, cójanlos. Y la gente comenzó a correr y gritar también: Cójanlos, ladrones, cójanlos. Todo eso mientras decenas de carros pitaban porque el bus había quedado detenido en mitad de la vía. Arrastrado por los curiosos avancé hasta el lugar en el que unos héroes anónimos habían detenido a los atracadores para ponerlos a merced de la masa enfurecida. ¡Denles! ¡Denles para que aprendan! Los dos muchachos estaban encogidos en el suelo, intentando protegerse la cabeza con los brazos. Una señora empezó a llorar: Déjelos, los van a matar. ¡Eso, mátenlos! Sinvergüenzas. Al instante llegó el chofer, sudoroso, enrojecido, y la gente le abrió paso suponiendo que era el más indicado para ejercer la venganza colectiva. Y al verlo pasar delante de mí hice algo que fue como la demostración definitiva de que era un forastero, pues en mi Bogotá yo jamás hubiera hecho algo así. Tan pronto tuve al chofer a mi alcance, lo cogí por el brazo y le dije: No lo haga. El chofer me miró a la cara con el mismo odio que reservaba para los atracadores, pero no dijo nada. La turba seguía gritando. Los carros seguían pitando. La señora que lloraba volvió a rogar que no les pegaran más. Y entonces advertí que alguna gente me gritaba a mí: No sea metido, sapo hijueputa. Y alguien me empujó. Y el chofer alzó la varilla. Y oí una voz que me decía cerquita, casi al oído: ¿O es que también quiere que le den? Y entonces volví a ser lo que era cuando vivía en esas calles, un flacuchento acobardado y temeroso que solo quería salir corriendo y mirar para otro lado y no saber nada. Solté al chofer. Los va a despedazar, dijo la señora llorosa. Pero yo no me quedé para averiguarlo.

Bajé la cabeza en silencio, reviviendo aún la escena, el dolor, la impotencia, la culpa, lamentando haberle soltado semejante historia a

Gonzalo. No solo por la posibilidad de que lo hiciera dudar del proyecto sino por una especie de pudor ante la exhibición de unas miserias de las que seguía sintiéndome parte. Era nuestro drama, no el suyo.

Sin embargo, en lugar de «deberíamos pensarnos lo de filmar allí» lo que dijo fue:

—¡Es como el salvaje oeste! ¡Como *Holocausto caníbal*! ¡Es perfecto!

2

Entendí en qué sentido semejante historia podía ser perfecta a la mañana siguiente, cuando Gonzalo anunció que quería era hacer una peli de zombis. Había estado leyendo sobre el país, el mío, y estaba impresionado.

—Es que tenéis un karma bestial –dijo–. La cuestión es qué puede aportar Piscis allí. No tenemos experiencia en largometrajes, es cierto. Pero tenemos buenas energías. Tenemos vocación. Tenemos sensibilidad. Y podemos inyectarle todo eso a la empresa de la reconciliación. Esto no es una oportunidad, es un llamado.

Enric no se dio por aludido.

—¿Y qué tienen que ver los zombis? –pregunté.

—Para allá voy. Los zombis son el sello Piscis. Al principio, me parecieron una solución económica. Los zombis son un negocio redondo: están de moda, son baratos y por mal que lo hagas tienes garantizadas proyecciones en cuanto festival de terror se te ocurra. Pero esta mañana, después de la meditación, pensé que los zombis son un símbolo del pasado. Son el pasado que continúa viviendo bajo tierra. Eso no se ha hecho. Todas las pelis de zombis van de nosotros o ellos. La nuestra en cambio irá de nosotros *y* ellos. De reconciliación. De una ciudad capaz de convivir con sus monstruos. ¿No os mola?

En resumen: mi historia era perfecta porque Gonzalo estaba chiflado.

—¡Estupendo! –dijo Enric.

Otro, pensé yo.

—Estaría bien tener un borrador del guion para cuando te veas con ellos –dijo Gonzalo.

—Buenísimo –dijo Enric–. Pero ten en cuenta que el viaje es en veinte días. ¿A quién piensas pedírselo?

—A Víctor –dijo Gonzalo y ambos se volvieron a mirarme a mí.

Yo no dije nada.

—Ya sé lo que estás pensando. Los zombis no son lo tuyo y demás. Lo que no sabes es que necesitas este proyecto tanto como el proyecto te necesita a ti. No he dejado de darle vueltas a la historia que me contaste. Reconciliación. Métete esa palabra en la cabeza. Quiero que escribas ese guion. Y quiero que acompañes a Enric.

—¡Qué! –dijimos a la vez Enric y yo.

3

Veinte días después Enric se había convertido en un bulto sentado a mi derecha, junto a la ventana. Yo pensaba que las diez horas de obligatoria convivencia nos permitirían conocernos y hablar del guion, pero apenas subimos al avión se puso los audífonos y no se los quitó ni para comer.

—Tenéis un país muy bonito –le oí decir de improviso.

Bonito no era un adjetivo que hubiera esperado de él, pero la admiración parecía genuina, así que me incliné para mirar por la ventana: la monotonía de las nubes había sido sustituida por el verde múltiple de las montañas.

—Muy bonito, sí –confirmé.

—¡La selva! –dijo él con una sonrisa.

Las montañas, corregí, pero solo mentalmente. Pensé que era una burla y decidí que me daba igual. A fin de cuentas, comparada con la plácida Barcelona, Bogotá sin duda era una selva. Una ciudad de verdad, hubiera creído necesario aclarar en otra época, convencido de que las grandes ciudades son por naturaleza caóticas, inhóspitas y ruidosas. Sin embargo, hacía mucho que esa certeza era cosa del pasado: felizmente instalado en mi gran ciudad de mentiras, llevaba más de diez años sin visitar mi gran ciudad de verdad, a la que no extrañaba en absoluto. O eso quería creer. Había aceptado acompañar a Enric solo a regañadientes, pero, de repente, estaba contento de haber regresado.

—Te va a encantar Bogotá –dije.

—Claro que sí. Va a ser fenomenal.

Lo cierto era que parecía incluso más contento que yo.

4

La Bogotá que había conocido y la Bogotá que me seguía llegando a través de las noticias era una ciudad complicada, pero con una vocación de supervivencia a toda prueba. Y eso fue lo que busqué transmitir en el guion,

en el que Bogotá es una ciudad que se sobrepone incluso al apocalipsis. Qué tanto había cambiado mientras yo estaba lejos fue algo que no me detuve a preguntarme.

Encontré la primera prueba de que llevaba demasiado tiempo fuera de camino al hotel, en la Veintiséis, justo en la entrada de la Universidad Nacional. Los estudiantes parecían igual de variopintos que en mi época, pero la «amenaza verde» y las fuerzas del orden en general habían desaparecido. Turbado me dirigí al taxista:

—Disculpe, señor, ¿ya no tienen ahí la tanqueta?

—¿Cuál tanqueta?

—La de los antimotines. La que siempre estaba ahí en la entrada de la Nacional.

—Ah, la bibliotanqueta. Pues yo la última vez que la vi fue en la Feria del Libro.

Pensé que el taxista se confundía, pero luego internet me confirmó que no, que Bogotá de verdad tenía una bibliotanqueta.

5

Otras cosas, sin embargo, no habían cambiado: al día siguiente, los contactos de Enric cancelaron la reunión prevista para la tarde. ¿Qué podíamos hacer? Consideré que lo mejor era empezar por el principio e ir al Cementerio Central. Así, de paso, cumplía con la promesa que le había hecho a mi hermana en Barcelona y visitaba a mi mamá.

El Cementerio Central, le expliqué a Enric, es un resumen de la historia del país. Eso encajaba muy bien con el subtexto del guion, en el que los zombis son la encarnación de todos los problemas que los colombianos hemos querido solucionar a bala. No obstante, los sindicalistas, candidatos presidenciales y exguerrilleros asesinados le resultaron menos interesantes que las demostraciones de religiosidad popular en las tumbas de Julio Garavito, el cervecero Kopp y, en particular, las hermanas Bodmer. Fue delante de esas niñas cubiertas de flores, caramelos y caritas felices que comprendí por qué evitaba hablar de la película: no se había leído el guion.

—Esto le gustará mucho a Gonzalo –dijo–. Deberías incluirlo en la historia.

—Está en la historia –dije–: es parte del primer acto.

Después de eso seguimos caminando en silencio. Me gustaría decir que lo hice pensando en mi madre, en la última vez que habíamos estado juntos ahí, visitando a mi tío, en la última vez que yo había estado ahí, enterrándola a ella, pero no podía sacarme de la cabeza el hecho de que Enric en realidad no tenía ni idea de la película que íbamos a hacer. ¿Cómo coño pensaba convencer a alguien de que valía la pena invertir en una producción que a él mismo le tenía sin cuidado? Solo dejé de pensar en eso al llegar a la bóveda.

—Es aquí –dije.

Pero no, no era allí, porque mi madre no se llamaba Heriberto Martínez Ponce.

Vacilé un momento. Miré las lapidas a izquierda y derecha y arriba y abajo. Avancé y retrocedí dos filas, tres, cuatro. Nada. La tumba de mi madre no estaba. Y tampoco la del tío Telésforo. Ahora no podría decirle a mi hermana que había visitado a mi mamá, sino que mi mamá, lo que quedara de ella, había desaparecido.

6

Desde mi punto de vista, la desaparición de la tumba de mi madre era un inconveniente menor, poco más que una anécdota. Soy de los que piensan que si uno no cree en la resurrección de la carne (ya sea en la versión de San Pablo o en la de George Romero), lo que pase con nuestros restos es secundario. Pero mi hermana no era de la misma opinión, de modo que me pasé la tarde llamando a primos con los que no había hablado en más de una década hasta que logré averiguar que mi madre y mi tío estaban en casa de la tía Leonor.

—¿Los cremaron sin consultarnos? –mi hermana estaba escandalizada.

—Dicen que nadie pudo localizarnos.

—¡Pero si yo tengo a todos esos güevones por Facebook!

—No es tan grave.

—¿Cómo que no? Era mi mamá.

—No era mi mamá: eran unos huesos.

Hay gente para la que los muertos son un ancla. Estás donde están tus muertos. Ni mi hermana ni yo pensábamos así. Sin embargo, el que mi mamá estuviera ahora en una urna cambiaba las cosas. Se había convertido en un muerto portátil y mi hermana quería que se la llevara de vuelta.

7

En el bar del hotel, Enric había pedido un gin-tonic. Sobre la mesa estaba la copia del guion. Supuse que había aprovechado mis problemas domésticos para leerlo. ¿Qué pensaba decirles a los inversores colombianos si no?

—Si lo prefieres, puedo ir solo –dijo.

—No te preocupes: no hará falta. Aquí lo importante es la película.

Enric dio un largo sorbo a su gin-tonic.

—Pídete uno, Víctor. Tenemos que hablar –dijo.

Había llegado el momento: iba a decirme que el guion era una mierda.

—Sé que tiene problemas –me apresuré a decir–. Gonzalo cree que está bien, pero yo sé que tiene problemas. Y confío en que tú me ayudes a corregirlos.

—¿De qué estás hablando?

—Del guion. ¿De qué más?

—Ay, tío.

Que un tipo al que acababa de adular pidiéndole ayuda me soltara un «ay, tío» fue desmoralizante.

—¿Tan malo es?

—Vamos por partes. No sé qué te haya dicho Gonzalo de mí, pero hasta donde entiendo estamos más o menos en la misma situación. Ni él, ni tú ni yo hemos hecho nunca un largo. Piscis nunca ha hecho un largo. Y nunca lo hará.

—¿Qué quieres decir?

—Que no va a haber película.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Es por el guion?

—No. El guion no tiene nada que ver. Acabo de leerlo. No es malo. Pero Piscis no está en condiciones de hacer una película así.

—¿Y los inversores colombianos?

—No hay inversores colombianos. Eso es lo que estoy intentando decirte.

Tardé unos segundos en procesar las implicaciones de lo que me estaba diciendo. No había película. Nunca la hubo.

—¿Y entonces qué estamos haciendo aquí?

—Oye: mi intención no era meterte en esto.

—¿Qué estamos haciendo aquí?

—Míralo así: yo estoy cobrándome lo que Gonzalo me debe –dijo enseñándome la tarjeta de crédito que nos había proporcionado–. Y

buscando curro. Tengo algunos contactos: en eso no he mentido. Lo de mañana es una entrevista de trabajo.

—¿Y yo?

—Tú… Ay, tío. ¿Cómo iba a saber que Gonzalo tenía un guionista colombiano? Te lo prometo: hice todo lo posible para dejarte en Barcelona. Venga, pídete un gin-tonic

8

La vieja casa de mi tía, con la escalera de madera que crujía a cada paso, había sido reemplazada por un apartamento en un conjunto cerrado en los extramuros de la ciudad. En su antiguo barrio, me había contado por teléfono, ya no se podía salir. Aquí, en cambio, se podía, pero no daban ganas.

—Esto es muy muerto, mijo. No sabe cuánto me alegra que se acordara de mí.

Yo prefería que la visita fuera un trámite, pero no quería ser grosero, así que estuve una hora oyendo la vida y milagros de mis primos. Luego mi tía fue a la cocina y regresó con una lata de galletas y otra de chocolates. La media mañana, pensé: ahora iba a tener que aguantarme la vida y milagros del resto de la familia. Pero no era la media mañana.

—Esta es su mamá —me dijo entregándome la lata de chocolates—. Y este es Telesforito.

Miré las latas desconcertado. Mi tía era tacaña, pero ¿tanto? ¿Cuánto podía costar una urna medio decente? Además, las latas no tenían identificación alguna.

—¿Y mi tía cómo sabe que las cenizas de mi mamá son las de esta lata? –se me ocurrió preguntar.

—Pues porque a su mamá le gustaban los chocolates.

—Pero también le gustaban las galletas.

—Sí, pero en cambio a Telesforito no le gustaban los chocolates.

—Y tampoco las galletas, tía.

—¿De verdad?

—Sí, tía. Era diabético.

—Uy, sí, mijo. Qué cabeza –dijo. Y se quedó estudiando las latas al tiempo que negaba con la cabeza–. No, no, estoy segura: esa es su mamá.

Miré la lata con la voz de mi tía repitiendo en mi cabeza: *esa es su mamá*. Tal vez para eso había venido: para rescatar a mi mamá.

—¿Y a su tío no se lo lleva?

9

Cuando conseguí escapar del apartamento me había convertido en un hombre que llevaba a su madre en una bolsa de supermercados Éxito, entre aguacates, papeles que nunca iba a necesitar y recuerdos de los abuelos que en teoría mi mamá quería mucho y en la práctica tenían encartada a mi tía.

Le pedí al taxista que me llevara al Centro. Según mi tía, detrás de la iglesia de San Francisco encontraría una urna artesanal «bien bonita» para reemplazar la lata.

—Estamos lejos –dijo el taxista.

En realidad estábamos muy lejos. Tanto que lamenté no haberle aceptado el almuerzo a mi tía. Ese recorrido por media ciudad pensando alternativamente en mi mamá y en todo lo que llevaba años sin probar (almojábanas, arepas de choclo, carimañolas, ¡pandeyucas!) habría sido más evocador si hubiera tenido la suerte de que cayera unos de esos aguaceros típicos de Bogotá, cuando el cielo se viene abajo sin previo aviso. Para mi madre sentarse junto a una ventana a ver y oír llover era una forma de felicidad.

Por desgracia, a falta de aguacero lo que me tocó fueron nuevos atascos y pitos y mal genio. Al llegar al Centro, los «vida hijueputa» que el taxista había ido soltando se multiplicaron. Por la carrera quinta era imposible avanzar. Por la cuarta también. Y como el resto de conductores, el mío creyó que si le daba al pito con todas sus fuerzas crearía un concierto apocalíptico que arrasaría con cuanto vehículo tuviera delante.

—No sirve de nada pitar –me atreví a decirle.

—¿Y entonces qué quiere que haga? –me preguntó desde el retrovisor.

—Pues nada. Hay que tener paciencia.

Por toda respuesta el hombre gruñó y negó con la cabeza.

Y volvió a darle al pito.

Y volvió a sus «vida, hijueputa».

—¡Ah, vida hijueputa! ¿Quién me manda?

Estábamos en la veintidós. Tampoco era tan lejos. Prefería caminar a seguir aguantando los pitos y la hijueputiadera. Seguí por la quinta hasta la

diecinueve. De repente, estaba en las mismas calles en las que había vivido en mis últimos años en Bogotá. Debo decir que había cambiado mucho, para empezar porque justo en la esquina estaban construyendo una mole inmensa: el edificio más grande de la capital. Sin embargo, esa no fue mi impresión. Mi impresión fue que nada había cambiado, que todo era igual: la gente, los carros, los pitos, el afán colectivo… Estaba de regreso en mi ciudad. Con su ajetreo y su estridencia y sus olores. De algún modo era como si no me hubiera ido. Y desentendido de las razones que me habían llevado allí decidí que la forma perfecta de arreglarme el día, el viaje entero e incluso la vida, tan hijueputiada hacía unos instantes por el señor taxista, era comerme un pandeyuca.

Encontré uno antes de llegar a la séptima. Y ahí, en medio de la acera, saboreando la revelación, tan digna de los degustadores de magdalenas como de los aficionados al pandeyuca, de que incluso el pasado más contaminado por el smog, el ruido y el miedo puede ser un paraíso perdido, mirando embobado la vida de la ciudad de verdad, y contento, realmente contento, de estar en ese aquí y ahora precisos, y no en ningún otro, me sentí leve, tan liberado de todo peso que por un instante me creí capaz de levitar. Gonzalo tenía razón: este era un viaje de reconciliación.

—Señor: se le llevaron la bolsa –dijo la voz que me sacó del trance.

—¿Cómo? –dije.

—La bolsa –dijo la dueña de la voz, la mujer de los pandeyucas–. Fue un muchacho. Tenía una cachucha azul. Si corre, lo alcanza.

¡Mierda!, pensé. Me acaban de robar a mi mamá. ¡Vida hijueputa!

Y eché a correr.

Llegué hasta la séptima sin haber visto una sola cachucha azul (aunque sí montones de bolsas del Éxito: en la zona debía haber un supermercado). Y entonces, atravesando entre los buses, lo vi. Cachucha de Millonarios. Bolsa del Éxito.

—¡Eh! –dije cuando lo tuve al alcance de mis gritos.

El tipo aceleró el paso.

—¡Eh, el de la cachucha!

Algunos transeúntes se giraron. Y eso me hizo recordar la última vez que estuve en esas calles y la escena que había convencido a Gonzalo de que valía la pena hacer una película de zombis bogotanos. Seguí corriendo y esquivando gente sin decir nada. Si alcanzaba al de la cachucha antes del

semáforo, no tendría que recurrir a la turba. Y si no lo alcanzaba, pues tocaba: era mi mamá. A mi hermana no podía llegarle con las manos vacías.

Y entonces me acordé del tío Telésforo en su lata de galletas.

La altura hizo el resto: me dije que era un cuarentón con sobrepeso, que no tenía forma de alcanzar al infeliz y que, en última instancia, nunca había creído que mi madre fuera unos huesos en una bóveda o unas cenizas en una lata. Mis muertos no eran un ancla.

Y un hincha de Millonarios no iba a arruinarme la reconciliación.

Dejé de correr. La cachucha azul pronto desapareció en el lado opuesto de la Décima.

De camino a comprar otro pandeyuca se me ocurrió que si Enric no tenía nada mejor que hacer después de la entrevista, podía proponerle que me acompañara a visitar a la tía Leonor. El viaje era largo, pero aún teníamos que ponernos de acuerdo sobre la historia que le iba a contar a Gonzalo cuando volviera solo a Barcelona.

Federico Falco
(GENERAL CABRERA, ARGENTINA, 1977)



Foto: © Alberto Sierra.

Es Licenciado en Ciencias de la Comunicación y realizó un Máster en Escritura Creativa en Español en la Universidad de Nueva York. Publicó los libros de cuentos *222 patitos y otros cuentos, 00?, La hora de los monos* y *Un cementerio perfecto*. También el libro de poemas *Made in China* y la novela breve *Cielos de Córdoba*.

Participó del International Writing Program de la Universidad de Iowa y en 2010 la revista *Granta* lo eligió para integrar su número dedicado a los mejores narradores en lengua española menores de 35 años.

Antologías de sus cuentos se han publicado en Chile y en Bolivia. También ha sido traducido al inglés, francés, italiano y japonés.

CULTIVOS

EN EL VALLE DONDE VIVÍA Juan Camilo había en total ocho cultivos, espaciados uno detrás del otro, a lo largo de un camino que seguía el lecho de un río seco. Alrededor de cada casa se levantaban tres o cuatro invernaderos, un galponcito de chapa, algunos perros. Todos se dedicaban a las rosas, menos Juan Camilo, que cultivaba claveles. Su casa era la última, al final del camino, donde el valle se angostaba hasta terminarse.

Ellos venden mucho para el día de la madre, para el día de los enamorados, rosa roja, rosa blanca, le explicó a Mabel mientras estacionaba la camioneta. Los claveles, en cambio, se venden constante, salen todo el año.

Mabel asintió, la vista perdida en las colinas cubiertas de pasto verde. A cada ráfaga inflándose y desinflándose, cimbraba en el viento el plástico de los invernaderos. El chicotazo de sus techos y un aguilucho que chirriaba agudo, alto, dejándose subir por el cielo celeste, eran lo único que se escuchaba en el valle de los cultivos.

Bien, aquí estamos, dijo Juan Camilo y abrió la puerta.

La casa tenía dos habitaciones de ladrillo sin revoque y las aberturas pintadas de azul eléctrico.

Esta es la cocina, dijo Juan Camilo y señaló una mesa de fórmica, dos sillas, un aparador, un escritorio cubierto de papeles. Apoyados en un rincón había un manojo de palas y rastrillos, de un clavo en la pared colgaban unas tijeras.

A partir de ahora, las herramientas las guardo en el galpón, se lo prometo, dijo Juan Camilo y la hizo a pasar a la habitación y le mostró un ropero oscuro, una cama de dos plazas, unas cortinas negras con grandes flores verdes. Señaló cada cosa y dijo su nombre.

Esta es la cama, dijo. Es nueva, la compré para usted, porque usted venía. Estas son las almohadas. La frazada. Colchón nuevo, sábanas nuevas, la mejor calidad, dijo.

Le mostró el baño y le mostró la nevera de dos puertas y la estufa y las ollas.

Esta es la olla. Esta la sartén. Esta es la sartén más pequeña. No las venden sueltas. Todo el juego o nada. ¿Le gustan?

Sí, dijo Mabel.

¿La nevera le gusta? Nadie tiene de éstas acá. Usted va a ser la única, los otros tienen de congelador arriba, nada más.

Sí, me gusta, dijo Mabel.

¿Y las sábanas?, ¿el baño?, ¿le gusta el baño? Es un buen baño, inodoro de cerámica, primera calidad, ¿le gusta?

Mabel dijo que sí con la cabeza. Se acercó a la ventana y miró los invernaderos, el descampado, el camino, las carpas de los otros cultivadores, lejos.

¿Y Bogotá, dónde está?, preguntó.

Acá nomás, del otro lado de las montañas, dijo Juan Camilo.

¿Se puede ir caminando?

No, pero hay buseta, cada media hora pasa.

A lo mejor mañana voy, dijo Mabel.

Mañana o cuando necesite. Si quiere yo la acompaño. Va a estar bien acá, dijo Juan Camilo. Ya va a ver, va a estar contenta.

Después corrió las cortinas hasta cerrarlas por completo.

¿Prefiere así o prefiere abierto?, preguntó.

Así está bien, dijo Mabel.

Usted relájese, respire profundo, déjese llevar, dijo Juan Camilo.

Sí, dijo Mabel.

¿Está cómoda? ¿Está relajada? Concéntrese en sentir, yo le voy a proporcionar placer.

Sí, sí, estoy bien, dijo Mabel.

Cuando terminó, Juan Camilo prendió un cigarrillo y se lo quedó fumando parado junto a la ventana. Afuera ya era de noche y lejos podían verse las luces de los otros invernaderos, brillando en la oscuridad como peceras.

No se relajó, dijo Juan Camilo. Si no se ensimisma no va a sentir.

Mabel no dijo nada. Encendió la lámpara del nochero, buscó su ropa, se vistió.

Juan Camilo le dio otra pitada al cigarrillo.

Se tiene que relajar, dijo.

La próxima vez, se lo prometo, dijo Mabel, mientras se ponía las medias.

Sí, sí, se tiene que relajar, dijo Juan Camilo. Ya va a ver, acá nunca le va a faltar nada. La voy a tratar como una reina.

A la mañana siguiente, Juan Camilo llevó a Mabel a hacerle una visita de cortesía a los otros cultivadores. Era una mañana fría, pero de cielo muy celeste. Las mujeres seleccionaban pimpollos sentadas al sol. Con manos rápidas arrancaban todas las hojas de la vara y los pétalos agrietados o con manchas. Apenas veían a Mabel y a Juan Camilo llegar por el camino dejaban de lado los grandes mazos de flores y salían a darles la bienvenida. Los saludaban y enviaban a alguno de sus hijos corriendo a buscar a sus padres, para avisarles que había llegado gente.

Al ver a Mabel, los hombres sonreían, le guiñaban un ojo a Juan Camilo y bajaban la vista.

Están muy contentos de que usted sea mi mujer ahora, le explicaba Juan Camilo y Mabel asentía.

Los chicos mientras tanto, giraban alrededor de ella, y se reían y uno, en el tercer vivero, se acercó a Juan Camilo y le dijo algo al oído.

Juan Camilo se largó a reír.

Dice que usted es hermosa. Es un cumplido, un halago, explicó.

Gracias, dijo Mabel.

Cada mañana Juan Camilo se levantaba cuando todavía era noche cerrada, encendía las luces de las carpas y recorría los pasillos entre las plantas, cosechando los pimpollos ya abiertos. Mabel podía ver su sombra desde la ventana, alargándose sobre las paredes de plástico, yendo y viniendo entre el mar de claveles.

Para cuando en el cielo se adelgazaba la oscuridad de la noche y un naranja violáceo recortaba el borde de las montañas, Juan Camilo ya había terminado toda la cosecha. Mabel, entonces, le acercaba una taza de café humeante, que Juan Camilo tomaba rápido, de un solo trago, apoyado en la puerta, afuera la camioneta en marcha y en punto muerto, el motor calentando.

Vuelva a acostarse, todavía es temprano, duerma, decía Juan Camilo antes de salir para Paloquemao.

Mabel se encogía de hombros y se quedaba mirando cómo las luces de la camioneta se alejaban por el camino, apenas difuminadas detrás del polvo que levantaban las ruedas.

Los primeros días en la casa sola, Mabel había aprovechado para revisar el ropero, todos los cajones, el escritorio lleno de papeles, los recibos de plazos fijos, la chequera del banco y sus estados de cuenta.

Envuelta en papel de seda, en el fondo de un cajón encontró una hoja seca de algún árbol muy grande. Dentro de una caja polvorienta, en lo más alto del ropero, varios libros sobre marxismo y panfletos comunistas. Mabel los dejó donde estaban, sin tocarlos.

Juan Camilo volvía del mercado justo antes del mediodía. Ni bien veía aparecer en la boca del valle la nube de guadal de la camioneta, Mabel desplegaba el hule sobre la mesa y servía el almuerzo. Antes de sentarse a la mesa, Juan Camilo se lavaba las manos y la cara en el lavaplatos. A veces, mientras se secaba, hacía un comentario sobre el precio de las flores y las ventas. Mabel, de tanto en tanto, le recordaba que agregara a la lista del mercado algún producto de limpieza. El resto del tiempo, el entrechocar de sus cubiertos se expandía por sobre el silencio del valle.

Después Juan Camilo se levantaba de la mesa, descargaba las compras de la camioneta y las acomodaba en la alacena. Mabel lavaba los platos con la vista perdida en la ventana, sus ojos confundiendo las montañas blanqueadas de sol con el temblor donde se reflejaba su cara.

Juan Camilo buscaba un limpión y secaba los platos.

El chorro de la llave corría sobre las manos quietas de Mabel.

¿Esta bien?, ¿le pasa algo?, preguntaba Juan Camilo.

Sí, sí, estoy bien, decía ella y seguía lavando.

¿Qué piensa tanto?

Nada, no pienso en nada.

¿Está aburrida? ¿Quiere que le compre una gallina?

No, por Dios, qué fastidio. Para qué quiero una gallina.

Allá donde vivía, usted tenía gallinas...

No, no, no. Ni se le ocurra comprarme una, de verdad se lo digo.

¿Extraña?

¿Qué cosa?

Su casa, su familia. ¿La extraña? ¿Es eso?

No, decía Mabel. Acá estoy bien.

Fin de semana de por medio, Juan Camilo llevaba a Mabel a la ciudad. Compraban una bolsita de chontaduros con sal y caminaban por la carrera séptima tomados de la mano. A Mabel le llamaban la atención las competencias de cuyes y el imitador de Michael Jackson y a veces se paraba largo rato frente a las lonas que los vendedores tendían sobre la calle para mostrar libros viejos o ropa usada. De unos parlantes inmensos brotaban vallenatos llenos de historias de amor y Mabel se los quedaba escuchando.

¿Qué le gusta? ¿Quiere que le compre algo?, le preguntaba Juan Camilo.

No, no, decía Mabel. No hace falta.

¿Le gusta esa música? Le compro un disco, ahora mismo.

No, decía Mabel. Gracias.

Un domingo, Juan Camilo la hizo subir por una callecita, cerca del Museo Nacional, junto a la torre de un hotel nuevo, y le mostró un gran ramo de flores sobre un pedestal, detrás de una vidriera.

Ahí tiene, le dijo. Las mejores flores del país.

¿Son las suyas?, preguntó Mabel y Juan Camilo se largó a reír.

No, no, si estas son rosas, dijo. Son las rosas Don Eloy, estas ni siquiera van al mercado, son todas de exportación.

Mabel asintió y se quedó parada junto a la vidriera, sin saber muy bien qué hacer.

Un amigo trabaja acá, ya un día le voy a conseguir alguna, dijo Juan Camilo.

¿Para qué?

¡Para usted!, dijo Juan Camilo. Una rosa para usted.

A veces, cuando Juan Camilo se iba a Paloquemao, Mabel se metía en las carpas y dejaba que el aire caliente de los invernaderos se le aplastara como un almohadón contra el pecho y la sofocara. Se quitaba la chaqueta, el buzo y sentía cómo la humedad de los claveles se le adhería a las mejillas, al pelo; cómo le corría por la espalda, por el cuello, entre la piel y la tela. Desde el suelo subía un olor metálico, apenas químico, a fósforo, a urea. La humedad se condensaba el interior del techo y las paredes, enturbiando el plástico hasta volverlo lechoso y opaco. Mabel caminaba sumergida en esa penumbra cenicienta, su cuerpo mojándose a medida que abría surcos en la niebla. Gotitas de savia relumbraban al bies sobre los tajos con que Juan

Camilo había recolectado los claveles de esa madrugada, y junto a ellos, más pimpollos, estirándose hacia arriba, creciendo, los pétalos haciendo fuerza para por fin emerger y ser cosechados al día siguiente.

Mabel, a veces, arrancaba uno y lo estrujaba en la palma de su mano. Después volvía a la casa, tendía la cama, lavaba la ropa, bruñía las sartenes, los cubiertos, picaba cebollas, preparaba la comida.

Por lo demás, los días se sucedían todos iguales, y también las semanas. Mabel no notaba que el tiempo pasara. Se quedaba horas sentada junto a la ventana, mirando el valle. Se había aprendido de memoria los horarios y los movimientos de los otros cultivadores, por lo menos de los de las carpas que podía ver desde allí. Sabía a qué hora encendían las luces y a qué hora las apagaban, sabía cuándo salían las camionetas, qué días hacían las compras, que días lavaban la ropa, cuáles se quedaban despiertos hasta tarde, tal vez haciendo cuentas o porque tenían un chico enfermo.

A veces algo, una cosa mínima, un moscardón repiqueteando contra el vidrio, o un movimiento en las cortinas, le recordaba de cómo había sido su vida antes, pero por lo general no quería pensar en eso y cada vez que empezaba a recordar, apartaba la vista de la ventana y se ponía a hacer algo que la mantuviera entretenida: limpiar el horno, fregar las ollas, vaciar las alacenas. De vez en cuando miraba el calendario, pero las fechas ya no significaban nada para ella. Hasta que llegaba el domingo y se iban a Bogotá, a caminar por la carrera séptima y por el Parque Nacional. Solo gracias a eso Mabel advertía que pasaban los meses.

A usted le pasa algo, usted está aburrida, le dijo un día Juan Camilo, mientras manejaba la camioneta, los dos regresando de la ciudad.

Estoy un poco cansada, dijo Mabel.

¿Se siente mal? ¿Está enferma?

Estoy bien, no me pasa nada, dijo Mabel.

Juan Camilo asintió.

¿Allá como hacía?, preguntó.

¿Allá dónde?

¿Cómo pasaba las horas? ¿Cómo hacía, allá en el pueblo, antes de…?

Igual que acá.

¿No se aburría?

Acá tampoco me aburro. Estoy bien.

¿En qué ocupaba las horas?
Cocinaba, limpiaba, lo mismo que hago acá.
Y no se aburría…
No, no, ya le dije, estoy bien.
¿Quiere que le compre un vestido?
¿Un vestido? ¿Para qué?
Usted es linda, merece un vestido.
No, gracias, no hace falta.
Le compro tela, así se cose algo.
Tengo ropa, no necesito.
¿Entonces?
No necesito nada, estoy bien.

Unas o dos veces por semana, las mujeres de los otros viveros llegaban a visitarla. Saludaban a Mabel y se instalaban en torno a la mesa de la cocina, a bordar en sus pequeños bastidores, a zurcir sietes o remendar medias.

Mabel les servía en un plato un paquete entero de galletitas y ellas de tanto en tanto alargaban la mano para tomar una y comerla con mordisquitos discretos.

Mabel se sentaba a tejer con ellas.

Trabajaban calladas, a veces hablaban de flores, de algún romance en los cultivos, de quién estaba exportando a Japón y de quién a Rusia.

Mabel no decía nada. Las mujeres tampoco le preguntaban, estaban allí sólo porque Juan Camilo se los había pedido.

Cuando se acababan las galletitas del plato, las mujeres se despedían.

¿Vinieron las mujeres a hacerle compañía?, ¿les sirvió las galletitas?, ¿comieron?, preguntaba Juan Camilo a la noche, cuando volvía del invernadero.

Sí, vinieron.

¿La pasaron bien? ¿Les gustaron las galletitas?

Sí, sí.

¿Compro más o quedan?

Hay cuatro paquetes, todavía alcanza.

Bien, perfecto, cuánto me alegro, decía Juan Camilo y abría la ducha y esperaba que el agua saliera caliente.

Con un cepillito se limpiaba la tierra negra que le había quedado bajo las uñas; se enjabonaba con esmero, se lavaba la cara, el pelo, detrás de las

orejas, las axilas. El vapor caliente escapaba del baño por la puerta entreabierta y llenaba la habitación del olor a jabón rosado, a champú de manzanilla silvestre. Juan Camilo silbaba y volvía al dormitorio con la cintura envuelta en una toalla y un reguero de gotitas temblando sobre la piel muy lisa.

Ahora se tiene que relajar, decía. Vamos a ver si hoy lo logra. Acuérdese cómo le enseñé, respire hondo, decía.

Relájese.

Sabe qué, le dijo una noche Mabel. Sabe qué, le dijo, estoy harta de todo esto, harta del relájese, del respire, del póngase así, póngase asá. Usted haga lo que tiene que hacer y por mí no se preocupe, dijo Mabel y levantó la sábana que la cubría.

La luz estaba encendida y Mabel sintió los ojos de Juan Camilo sobre el pecho, sobre el pelo. Fue apenas un instante, él los apartó enseguida.

No, así no, dijo Juan Camilo y abrió el cajón de su mesita de luz y sacó un par de calzoncillos limpios.

¿Qué hace?, le preguntó Mabel mientras Juan Camilo se ponía los zapatos, la camisa.

Así no, dijo Juan Camilo y salió dando un portazo.

Mabel volvió a taparse. Por la ventana vio la sombra de Juan Camilo cruzar el descampado y, un instante después, las luces del cultivo, que se prendían.

Juan Camilo pasó la noche en la carpa. Temprano cosechó sus claveles y se fue al mercado. Mabel, desde la cama, escuchó el motor de la camioneta alejarse por el camino.

Esa mañana, Mabel subió a las montañas bajas detrás de los invernaderos. Trepó siguiendo un caminito de vacas, apoyándose con las manos en las rodillas, el pelo recogido en un rodete, la respiración agitada, las mejillas encendidas. Era un día de mucho sol y cielo despejado, el aire helado y por completo transparente y no tardó ni veinte minutos en llegar al filo. Las cumbres allí no eran grandes rocas puntiagudas, como en su pueblo, sino lomos redondeados de pasto suave y muy verde. Mabel subió los últimos metros y Bogotá apareció del otro lado, lejos, entre los cerros.

Mabel se sentó sobre una piedra, y se quedó mirando la ciudad. En el cielo no había pájaros y bajo la luz dura del mediodía todo se blanqueaba y

parecía estático. El sol brillaba sobre algunos edificios, una nube de bruma gris y opaca se había estancado sobre la ciudad. Desde allí Mabel podía ver la ruta, el tránsito hacia Bogotá, las busetas pasaban por allí cada media hora. Solo debía alzar el brazo y pedir que la llevaran.

Un avión plateado atravesó la bruma y avanzó sobre el cielo celeste, subiendo. Dos lucecitas rojas parpadeaban lentamente en sus alas y el sol centelló sobre su costado metálico.

El avión viró, enseñando su vientre blanco, y se alejó hacia los cerros. Cuando ya no era más que un titilar minúsculo, casi imperceptible, Mabel se levantó y comenzó a bajar.

Juan Camilo la esperaba con la mesa puesta y una gran rosa roja, inmensa, el pimpollo casi del todo abierto, en un frasco, sobre el mantel.

Una rosa Don Eloy, dijo Juan Camilo. Toda para usted.

Mabel asintió y se sentó a la mesa.

Juan Camilo había traído del mercado mojarra frita con arroz, patacones y ensalada.

Yo quiero que usted esté bien, dijo Juan Camilo. Que estemos bien. Tranquilos los dos.

Mabel se llevó un poco de arroz a la boca y masticó en silencio.

Usted no se preocupe, yo estoy bien, dijo.

No le voy a decir más que se relaje, dijo Juan Camilo. Se lo prometo.

Mabel asintió.

Sí, dijo después.

MAYRA SANTOS-FEBRES
(CAROLINA, PUERTO RICO, 1966)



Foto: © Alberto Sierra.

Actualmente es catedrática y dirige el taller de narrativa de la Universidad de Puerto Rico. En 1991 aparecieron sus dos primeros poemarios: *Anamú y manigua* y *El orden escapado* –ganador del primer premio para poesía de la revista *Tríptico* en Puerto Rico–. En 2000, Trilce de México, publicó *Tercer mundo*, su tercer poemario.
Es además ensayista y narradora. Ganó el Premio Letras de Oro (EE.UU., 1994) por su colección de cuentos *Pez de vidrio* y el Premio Juan Rulfo de Cuentos (París, 1996) por *Oso blanco.* En 2000 Grijalbo Mondadori (España) publicó su primera novela, *Sirena Selena vestida de pena,* que cuenta con traducciones al inglés, italiano, francés y que fue finalista del Premio Rómulo Gallegos en 2001. En 2002 Grijalbo Mondadori publicó su segunda novela *Cualquier miércoles soy tuya* y en 2005 Ediciones Callejón publicó su libro de ensayos *Sobre piel y papel* y su poemario *Boat People*. En 2006 fue finalista del Premio Primavera de la Editorial Espasa Calpe con su novela *Nuestra Señora de la Noche.* En 2009 publicó *Fe en disfraz* (Alfaguara) y ganó la Beca Jonh S. Simmon Guggenheim. En 2010 publicó *Tratado de medicina natural para hombres melancólicos*.

CESE DE FUEGO[*]

1

LO VEO EN LAS NOTICIAS ya de vuelta de mi viaje. Terminaba de desempacar y puse el televisor para acompañarme de algún sonido familiar. Estaba serena. Lo que fui a entregar a Colombia, ya lo había entregado. Entonces, me enteré.

Al fin se ratificaba el acuerdo de paz entre las FARC y el gobierno colombiano. Faltaba el desmonte del paramilitarismo y ver si iba a ser cierta la reconciliación y, más difícil aún, la reintegración de soldados de una y otra banda a la sociedad civil. Sesenta años de conflicto cesaban en ese momento. Siempre supe que esto ocurriría, no que estaría viva para atestiguarlo, ni que me tocara de tan cerca. Tampoco que todo estuviera ligado a la historia de Rosa.

Regresé de Bogotá a la Isla a las 4 p.m. del 23 de junio, Noche de San Juan. Esa noche, mientras desempacaba, se celebraba el solsticio de verano, añadiéndole un giro a la vieja tradición heredada de los blancos españoles. Ogún Ferraille, dios del trabajo, los metales y la guerra, cedía su pasó a Changó, principio de la acción, la transformación y el desenvolvimiento. El fiero dios de la Justicia y del fuego iluminaría la Tierra a partír de ese día. Transformaría lo crudo en lo cocido, el pastizal en lugar donde asentar poblados y cultivos, el caos de la carniza en justicia y gobierno. Rojo y blanco el color de su reinado. Rojo como el fuego justiciero, blanco como la luz de la verdad. De la chamusca nacerían las plantas que darían labor y comida.

Pero yo, escriba que aprovechaba un viaje a Bogotá para cumplir con un recado, creía sin creer en estas transformaciones. Seguía además pensando en Rosa y en lo que me había ocurrido en Bogotá gracias a ella.

Conocí a Rosa cuando regresó a ver familia a la Isla después de mudarse para Orlando. Fue durante una cita breve. Solo lo hice para completar una reseña del libro que hacía dos meses el Licenciado publicara acerca de su

rescate. Me pareció una muchacha común y corriente. Ni muy alta ni muy baja, de pelo negro, ojos de un extraño brillo, tez cobriza. Linda, pero no despampanante. Sin embargo esa muchacha acababa de pasar por una de las experiencias más inverosímiles por las que la haya pasado persona de mi tierra. Acababa de ser rescatada de un secuestro guerrillero. En Puerto Rico solo existió una guerrilla, y era urbana, con sede en la Isla y en Nueva York. La desmontaron en un santiamén y aún nos quedan presos políticos en cárceles federales para contarlo. La mayoría del pueblo vivió ajeno a los ataques y a las condenas. Ajeno y espantado. La represión fue fulminante.

Por eso nadie supo qué hacer cuando secuestraron a Rosa. Nadie, menos el Licenciado.

Como la chica tenía pasaporte americano pero había sido criada en la colonia, las embajadas norteamericanas la dejaban pudrirse en la Sierra Nevada como pieza de un conflicto que a ella le había tocado experimentar por accidente. Las embajadas norteamericanas tenían como política no negociar con la guerrilla, y menos por la vida de una ciudadana de segunda, de madre puertorriqueña y padre colombiano. El Licenciado me pidió que hablara con ella para corroborar datos de su libro y afinar la reseña que me tocó escribirle. Lo hice. No era la primera vez que a ojos cerrados hacía lo que el Licenciado Colón Santana me pedía.

Rosa aún era la muchacha que salió a estudiar terapia física al país de su padre y que un 6 de junio del 1999 pasara por un cambio radical en su vida. Pero se suponía que ya estaba repuesta. A salvo. Paraba unos meses en la isla para partir lo antes posible a terminar sus estudios inconclusos en terapia física. Ya estaba bueno de buscar en el Sur lo que se suponía que encontrara en el Norte.

El asunto es que, ya pasados 17 años de mi breve encuentro con Rosa, del rescate y de la salida del libro, el Licenciado y yo quedamos de amigos. Nos veíamos con cierta frecuencia. Hacía poco se había enterado de que la Municipalidad de Bogotá me invitaba a una serie de actividades literarias. Volvió a llamarme.

—Misis, ¿qué tal con su vida? Hace tiempo que no almorzarmos.

—Pues usted sabe, Don Quique, con el trajín de los nenes, el final de semestre y promocionando novela nueva, no me queda tiempo para mucho.

—Vi que estuvo en Portugal y en Nueva York.

—En una semana salgo para Bogotá.

—Ya me enteré por facebook. Precisamente por eso quería hablarle. ¿Se acuerda de Rosa?

—Cómo no me voy a acordar. ¿Regresó a Puerto Rico?

—No para quedarse. Me ha vuelto a llamar para pedirme un favor que no le puedo cumplir. Quizás usted pueda. Una cosa sencilla. Ya le contará si usted accede a encontrarse con ella.

—Sabe que yo hago lo que usted me pida.

—¿Tanto así?

—Más.

—Pues qué bueno. Me voy a aprovechar de su lealtad.

—Mejor aprovéchese de mi cariño.

Nunca entendí por qué quería tanto al Licenciado. De que era un hombre excepcional, no cabía duda. Él solito se había tirado encima la tarea de rescatar a Rosa de la Cruz de la Sierra Nevada. Nadie se lo pidió. Nadie se ocupaba de ella. Las noticias habían sido acalladas en la prensa del país, por orden del Gobierno Federal de Estados Unidos de América, potencia reinante en mi Isla desde hacía más de cien años. ¿Quién había mandado a Rosa a querer conocer la tierra violenta de su padre, escogerla para ir a estudiar allá? ¿Quién la mandó un 6 de junio salir a pasear con su novio por las riberas del Magdalena y dejarse secuestrar por guerrilleros? «*Be latinamerican at your own risk*». Rosa pagó el precio de su atrevimiento. O sigues mirando hacia el Norte o te arriesgas a encontrar tu Sur.

Que un tipo común y corriente, justiciero por naturaleza, haya decidido que no iba a dejar que una hija de su tierra se pudriera en la Sierra Nevada era algo fuera de mi comprensión. Que yo conociera al Licenciado, otra. Que mi novela fuera comprada por editoriales colombianas y que me llevaran a ofrecer charlas y talleres al país de su secuestro seguía añadiendo elementos a la lista de casualidades.

—Pauto hora de reunión con Rosa y le aviso. Misis, sabe que a Colombia no podré volver nunca. Dejé a muchos amigos por allá, a mucha gente querida. Saque muchas fotos de su visita. Después me las envía.

—Así lo haré –le prometí antes de colgar.

A los dos días de haber hablado con Don Quique, me encontré con Rosa en el lobby del centro comercial San Patricio. Estaba más entradita en carnes que la última vez que la vi. Sus caderas anchas se asentaban con el peso particular de la maternidad que nos cambia el cuerpo a las mujeres que hemos parido. Su cara tenía el lustre y también las ojeras de las mujeres que

hemos vivido. A veces, vivir y parir se cancelan, pero en otras la mantienen a una en vilo y en batalla.

—Buenas, ¿se acuerda de mí? Yo sí de usted. Se ve igualita, como si no la hubieran tocado los años.

—Culpa de este color, que no desmerece –le contesté juguetona.

Rosa me miró con una leve sonrisa. Vestía sencillamente, con un mahón ceñido y una camisa sin mangas. Llevaba el pelo más corto. Cargaba una enorme cartera de cuero rojizo del brazo, de esas carteras donde cabe todo, las llaves, los sobres con las cuentas, juguetes de niños, agendas, teléfonos celulares y tabletas electrónicas, carteras de maquillaje, monederos, hasta libros.

—¿Nos tomamos un café? Yo invito.

Caminamos las dos por el centro comercial hasta encontrar un puesto donde vendieran café del bueno, Boricua local. A veces es difícil encontrarlo. Acá todo se importa. No recuerdo qué bobería hablamos después de ordenar y sentarnos a esperar el café. Del calor que hacía en la Isla, de la crisis fiscal que había empeorado.

—Están llegando puertorriqueños de todas partes a Orlando. Como si pueblos enteros de la Isla se hubiesen vaciado. Algunos duermen en hoteles de paso, o en sus carros, debajo de puentes. Familias enteras se quedan a la intemperie allí por meses.

—Ahora con esto de la junta fiscal llegarán más.

—Por lo menos me fui a tiempo de Puerto Rico. Ya estoy asentada allá. Los nenes ya casi se gradúan a la escuela y son más gringos que boricuas.

—O que colombianos.

—Sí, es verdad, ya no son ni boricuas ni colombianos. Son otra cosa.

Se hizo un silencio que Rosa aprovechó para sacar de la cartera un sobre de manila mediano.

—Quisiera devolverle esto a alguien muy importante para mí. Ya viene siendo tiempo. Mire que he intentado deshacerme del paquete. Botarlo, qué se yo. Pero algo no me deja. No es gran cosa. Pero pues, sé que lo tengo que hacer.

El sobre estaba sellado.

—Es una carta y un regalo que él me dio allá cuando estábamos en la Sierra. No se preocupe si le abren el paquete en aduana. No es nada malo.

Respiré aliviada de no tener que preguntarle qué llevaba. Tomé el sobre, lo guardé en mi cartera, una parecida a la de Rosa pero de color más sobrio,

más de «escritora, cronista y gestora cultural». Le sonreí calladamente.

—¿Usted cree que me estoy volviendo loca?

—No sé. Pero la locura a veces es lo único que nos salva de la cordura.

Sé que fue un mal chiste, pero al menos nos dio otra pauta para reírnos.

—El Licenciado me dijo que va a estar un tiempo en Bogotá.

—Tengo una agenda matadora. Me pusieron actividades por todas partes.

—Y que va para la Biblioteca de Bosa a dar una charla.

—Eso es cierto.

—Nairo ahora vive por allí. ¿Usted sabe quién es Nairo? Yo creo que el Licenciado lo menciona en el libro que me hizo.

Intenté hacer memoria, pero la verdad, los años cultivan olvido.

—No lo ubico.

—Mejor. Su último mensaje fue desde la internet de esa biblioteca. Seguimos en contacto. Sí, yo creo que me estoy volviendo loca.

Nos trajeron el café a la mesa. Aprovechamos esta interrupción para echarle azúcar y comentar un poco las ingratitudes del Aspartame, que no añade calorías pero envenena, versus la azúcar negra, que es natural pero engorda. Rosa enfocó los ojos en el paquetito de azúcar sellado.

—No es que no esté feliz, digo, todo lo que puedo estarlo. Tengo hijos saludables. Un trabajo bueno. Buena paga. El marido es el marido. Usted sabe, a veces de buenas, a veces de malas, Normal. Pero, después de casi 17 años, sigo cargando algo que pasó allá cuando me llevaron los de la guerrilla.

»Mi papá me contaba cuentos de Colombia, de las lagunas sagradas de Itaqué y de Guatavita, de la diosa Chai y la importancia de las aguas. “Las aguas hija, lo limpian todo. Hacen nacer todo, los nuevos comienzos comienzan con agua”. Miles de cuentos que no aparecían en ningún libro. “Pero no puedes ir. Mi país es muy violento”, me decía. Yo quise ver. Nairo era muisca chibché, como mi papá. Y me contó que una mariposa me cuidaba. Me regaló esto que le entrego. Vaya y devuélvaselo. Me parece que estamos cerca del momento en que lo va a necesitar».

2

No sabía que aterrizaría en El Dorado. Era un aereopuerto lleno de cristales y vigas de metal, correas automáticas y aires climatizados que tenía ese aspecto de «no lugar» que tienen todos los aeropuertos del mundo. Aunque

revisé por internet mil veces mi itinerario, donde decía claramente el punto de destino, no enganché el nombre a la leyenda. Bajé desde las nubes a El Dorado, utopía de todo conquistador, supuestamente una ciudad de oro al fondo de las aguas de una laguna sagrada que colmaría de riquezas al que la hallase.

Además de dar un ciclo de conferencias y presentar mi más reciente novela, me encontraría con amigos que trabajan en la cultura para hacer negociaciones que, con suerte, traerían a autores colombianos a mi Isla. Había que proseguir, contra viento y marea, con el intercambio cultural entre Colombia y Puerto Rico; entre una colonia americana y un país en guerra por 60 años, insistiendo en ese diálogo de Sur a Sur; apostando a que la cultura y los libros crearan la posibilidad de otro continuo donde el puente estaba roto. A veces, la tarea parecía ser frívola e inútil. Con tanta hambre y con tantos muertos, ¿qué podía ofrecer la literatura a dos países azotados por el poder? ¿Un poco de escape quizás? ¿Otro escenario donde se practica el despilfarro y la supremacía del más «inteligente» (a la europea)? ¿O quizás el sueño de que no estamos tan sumidos en la desesperanza y en la barbarie?

Hice los trámites de aduana, busqué mis maletas y encontré al chofer que me habían asignado en la oficina de cultura donde trabajaba mi amigo el Erizo.

—Don Antonio está buscando a su niña al colegio. Me dio recado que lo llamara, para acordar una hora en que puedan encontrarse más tarde. Yo la llevaré al hotel.

El chofer tomaba las maletas de mi mano. Me indicaba que lo siguiera al estacionamiento. Había llegado a Bogotá.

En primer plano, Bogotá me pareció una ciudad trasplantada. Pensé que por historia colonial común, me encontraría con arquitecturas españolas o, en su defecto, con abigarradas construcciones en cemento pintadas de colorines para tapar lo frágil y accidentado de sus levantamientos. Un poco de lo segundo sí vi. Pero, andando por la Carrera 7ª hacia Chapinero, lo más que me sorprendió fueron las quintas de ladrillos y tejados a dos aguas con aires de chalets ingleses o suizos.

Contaba también el detalle del frío.

¿En qué país estaba? ¿En qué lugar de Latinoamérica? Por gajes del oficio, había visitado algunas otras ciudades colombianas antes. Cali, Barranquilla, Cartagena. Aunque no todas daban al mar, de entrada me

parecieron territorios hermanos, de temperaturas y gravedades afines, de fácil lectura para una caribeña como yo.

Sin embargo, Bogotá era otro universo. ¿Cuán grande era Colombia, no digo en kilómetros cuadrados, sino en diferencias ampliadas y distantes? ¿Cuántos países cohabitaban en esta tierra que se disfrazaba bajo bandera y lenguaje de «territorio común»? ¿Qué lugar ocupaba Bogotá en ella, siendo su capital? ¿Cuántes partes encontradas de Colombia se cruzaban y entrecruzaban en sus calles, barrios, avenidas, márgenes?

Aterricé de mis cavilaciones de nuevo en la cabina del auto que me llevaba al hotel.

—Permiso, ¿y usted se llama?

—Martín, para servirle

—Mucho gusto, don Martín. Le pregunto, ¿cuántos habitantes tiene la capital?

Nos pasó un autobus (en caribeño, «guagua») tan gigante que mi conductor se distrajo intentando evitar que el monstruo se nos abalanzara al carril donde estábamos transitando.

—¿Su merced, decía?

Alcé las cejas. Ya sabía que los colombianos usan el «usted», pero no me esperaba trato tan estamental de un chofer en pleno siglo XXI. Ahí estaba, aunque a destiempo, lo español que le faltaba al paisaje urbano.

Repetí la pregunta.

—Mal contados, se estima que Bogotá tiene una población de 7 millones de habitantes. Si se cuenta a los desplazados que siguen llegando, podríamos fácilmente llegar a los 8.

Lo primero que hago cuando visito una ciudad es preguntar por sus habitantes. México DF: 20 millones de habitantes. Madrid: 3 millones. Guadalajara: 7 millones. Lisboa tiene tan solo medio millón de habitantes, aunque en Portugal entero habitan 10 millones, 300 mil almas. Tan solo en la ciudad de Bogotá, Colombia alberga casi el mismo número de puertorriqueños que hay en el mundo. Me encontraba en una megápolis.

Existen en el mundo entero 8 millones de puertorriqueños. 3 millones habitan en la Isla. Los otros cinco viven regados en *US of A*.

Al pasar de los años y los viajes, me he dado cuenta de que para hacerse una idea de cuánta presencia tiene un país en el mundo, los números sí cuentan.

Bajé la ventanilla para seguir mirando la ciudad. Multipisos hipermodernos en cristal y metales, otros en ladrillo rojo sangre, de una arquitectura extraña, entre geométricamente nouveau-moderna pero con sabor a otra cosa; a pirámide indígena, a arquitectura mexicana de ultimo cuño, pero tampoco. Comercios y más comercios de comida, mecánica, internet, instrumentos musicales, hipermercados, chalets, institutos de banca, secretariales. Del lado oriental, un farallón de cerros enmarcaba la vista. Cerros inmensamente verdes, llenos de vegetación y neblina a pleno día. El aire cortaba húmedo. Bogotá se me presentaba como una especie de Nueva York, pero en español, montañosa y pobre; es decir, como fuera Nueva York en los 70, llena de comercios, de gente buscándoselas, vendiendo cosas en la calle, al pie de la calzada, de inmigrantes, solo que los de Nueva York llegaban de todas partes del mundo y los de Bogotá desplazados del resto de una Colombia en guerra. No hacía falta importar diversidad.

Las calles se pintaban de caras negras como la mía (qué alivio y qué tristeza), caras blanco-latino, que a veces parecen europeas y de cerca, a veces, no tanto. Caras cobrizas de pelos largos, chamacos *emo* vestidos de negro con recortes y mechas en colores de aminación japonesa, chamacos pop de camiseta («remera», le dicen los argentinos), vaqueros y zapatillas deportivas, señoras de servicio en uniforme camuflado por abrigo o poncho de lana, muchachas de oficina en tacones demasiado altos para andar por la cuidad, en faldas demasiado ajustadas, señores de pelo blanco y ojos claros en corbata y chaleco. No sentí tensión diferente a la que se siente en cualquier ciudad grande. Subí de nuevo la ventanilla. Tanto aire frío le irrita la piel y la garganta a cualquier caribeña.

Don Martín me dejó en la puerta del hotel mientras un botones descargaba mis maletas y las llevaba a la habitación asignada. En ella, bajo la carterita de las cremas y las ropas abrigadas que empaqué para afrontar el frío, reposaba el paquetito que me entregara Rosa. Una tarjeta dibujaba el nombre del destinatario «Nairo Jaramillo». Tuve que leerlo dos veces. No decía «Jairo», ya de por sí nombre exótico, aún para una boricua. Las telenovelas venezolanas que se veían comunmente en la Isla hacían reconocible ese nombre. Pero no era «Jairo» sino «Nairo». Una simple consonante marcaba una brecha de mayor desconocimiento.

Esa misma noche me fue a ver el Erizo al Hotel y me puso al tanto de los pormenores de la jugada.

—Te vamos a sacar el jugo. Ya sabés que mañana vas a hablar a La Candelaria en la Universidad más antigua de la ciudad. Don Martín te lleva. Allá y en el Instituto Caro y Cuervo te codeás con intelectuales como vos. Yo te acompaño mañana por la noche a tu presentación en el Centro Cultural Gabriel García Márquez. Pero sos más que eso y conmigo, que te conozco, andás jodida. Con las visitas a la red de bibliotecas te pongo a sudar fondillo. Te tenemos a media semana en Fontibón y también en un Instituto de Desarrollo Integral lleno de estudiantes de todas las zonas de Bogotá que están locos por oír hablar a una negra que piensa.

—Eres un cabrón.

—Por eso me querés tanto. El viernes en la mañana vas a hablar a una Casa de Todas en la Zona de Tolerancia, Santa Fe. Eso es un hogar de mujeres sobrevivientes de violencia doméstica y de otras en riesgo de practicar la prostitución. Te sometes a eso, ¿verdad?

—Lo he hecho antes. Ahí no vale hablarles de novelitas. Las tienes que poner a escribir. Lo que manda es taller. ¿Saben leer y escribir?

—Este grupo sí. Mejor que muchos redactores de editorial.

—No me das mucha esperanza.

—De lo otro, te cuento que ya el Negro no está dirigiendo la oficina. Hay otro jefe. Tenés que hablar con él y ver si le gusta la idea de los intercambios de escritores.

—No te ocupes de eso. Yo le hablo.

—Seguro que lo convencés. A vos es difícil resistírsete.

—No lo digas muy alto, *baby*, que me pones en evidencia. ¿Y cuándo me toca en Bosa?

—El sábado. Una charla en una biblioteca del centro comercial. Nada que requiera esfuerzos mayores. Sabés hacer eso con los ojos cerrados.

—Chévere. Lo tengo claro.

—Bosa es como a dos horas en carro desde el hotel. Te cagás en mi madre cuando andes de regreso del evento. Te recogen los de la Bibliored. Ya a media tarde estarás sana y salva a Chapinero. Bosa es tierra brava.

Hablando allí, en el lobby del hotel, nos bajamos ¼ de la botella de Ron Barrilito que le había traído al Erizo desde Puerto Rico. Sabía que le encantaba. Hacía 2 años que no lo veía. La segunda vez que lo invité a la Isla a dar charlas en la Universidad donde trabajo (ser escritora en el sur

requiere del pluriempleo) empezamos a darle vueltas a esta idea que ahora andábamos concretando.

Dándose ya el último trago, el Erizo empezó a mirarme con sus ojitos verdes de echar brillos. Siempre que me mira así me pregunto por qué aún no nos hemos acostado. Ocasiones ha habido en Perú, o Guadalajara o en Puerto Rico, pero siempre que nos encontramos o yo estoy saliendo de una pareja y él entrando en otra o viceversa. Y yo no quiero joderle las oportunidades de ser feliz a nadie. Me basta con seguir intentando tenerles fe a las que se me aparecen. En este viaje andaba convenciédome de que una de ellas ya no daba para más. Es difícil ser mamá, escritora, sobrellevar el pluriempleo cultural y además echarse un novio. Un novio que viajaba de seguido a Colombia, de hecho. Un novio que quería cambiar el mundo pero no brindarte un hombro y un abrazo dónde hacer hogar.

Otro puente roto con Colombia.

Además, parece que el Erizo y yo que nos queremos de otra forma hombre a mujer, aunque el brillo siga ahí retilando.

A la mañana siguiente, me levanté con dolor de cabeza. No conté con que la altura influye en el aguante del alcohol. En la costa bebo más y no me levanto con resaca, aunque a veces sí con remordimiento. Pero ahí está el mar. Las aguas lo curan todo, lo limpian todo. Tal parece que en Bogotá las aguas quedan lejos.

El primer día de la jornada en Bogotá estuvo buena. Mucha gente, mucho libro firmado, mucha pregunta y respuesta. Era como hablar entre hermanos de una realidad similar, pero distinta. Había caras como la mía en los lugares de reunión. Eran caras felices de tenerme allí, de que una «hermana» estuviera del otro lado del micrófono hablando de otra cosa que no fuera marginación, racismo. Que hablara de cultura, de proyectos, sin tener que decir «esta es mi raza» porque es evidente, ni «ábranme paso», porque ya esos espacios estaban abiertos, al menos para ella. Quizás se le abren por ser morena pero extranjera, y tener ese documentillo, el pasaporte americano, ese mismo que metió a Rosa en un limbo. La «hermana» orbitaba en otro, un espacio que se empezaba a abrir en las sociedades de nuestra América del Sur, un espacio donde se contaban historias de vida, crónicas de sudores, cuentos recuperados de un pasado que intentaba ser borrado pero que salía de nuevo a la superficie porque quienes estaban escribiendo ahora los veían desde otro lugar. No era el cuento antropológico

de lo primitivo. Eran saberes reencontrados, rescatados, reproyectados hacia un futuro más «post» que «moderno» y aún así, latinoamericano.

¿El Nuevo Dorado?

Las noches me las pasé de juerga a veces, otras noches sola en el hotel, contestando *emails* de mis otros trabajos o llamando a los niños por skype. Se habían quedado con el padre. Ese «padre de los hijos que ya no es mi marido». Me daba remordimiento no haberlos traído. Esta estadía como escritora era particularmente larga. Casi siempre que viajo, las tareas me ocupan a lo sumo cinco días. Acá en Bogotá iba a estar semana y media. Detesto estar fuera sin los niños más de una semana. Me da ansiedad, me da culpa. Me da, además, rabia. Mis amigos escritores no tienen que afrontar esta contradicción. Ellos no paren. Algunos crian y, los que respeto en serio, están bien presentes en la vida de sus hijos, custodia compartida y todo el cuento. Igual no paren. Yo sí. Ya mujer grande y con carrera hecha, decidí parir y escribir. Mis divorcios me ha costado. Creo que pagué buen precio. Aún así, el asunto de ser mujer y haber decido pensar y criar no es asunto que pese poco ni que cree profundas contradicciones.

Finalmente, llegó el día de presentarme en Bosa. Ese día cotejé el *messenger* y tenía mensaje de Rosa desde Orlando.

«Nairo confirma que va para allá. Se identificará cuando termine la charla. Gracias por el favor, en serio».

«Perfecto» escribí como respuesta. Le di *send* después de mirar la pantalla de mi celular un rato. No creo que había que abundar de otra manera.

Bosa quedaba lejos, muy lejos. Ya había estado en Fontibón, también lejísimos en la vera de una ciudad que no acababa. Pero Bosa nos llevó barrio adentro. Allá no había chalets blancos con vigas de madera imitando lo suizo. Todo eran casas chatas o edificios multifamiliares de arquitecturas funcionales, buscando maximizar espacio para la pluriocupación. Negocios de venta de gomas, lozas, lavaderos, ferreterías, talleres de mecánica. Colmaditos de venta de frutas. Aquello era barrio proletario. Después de mil vueltas por la Carrera 10 y por calles cuyos nombres no logré recordar, llegamos al centro comercial donde se ubicaba la biblioteca. Subimos a un segundo piso donde ya me estaban esperando.

La convocatoria estaba nutrida, lo cual me sorprendió por ser un sábado en la mañana. En Puerto Rico el auditorio hubiera estado casi vacío. En

Madrid también, inclusive en Nueva York. ¿Qué era ésto de que la gente se apareciera para hablar de literatura un sábado por la mañana? ¿Cuánta necesidad de diálogo, de encontrarse en puntos neutrales, de escuchar historias nuevas había en Bogotá? Cierto que el porcentaje de interesados no representaba más que una ínfima parte de la población de la capital. Pero aún así, la asistencia mostraba que existía una necesidad real por ocupar espacios donde la gente se encontrara y hablara. No había estado allí lo necesario como asegurarlo, pero tenía suficientes ejemplos para saber que tanta gente hablando de libros un sábado en una biblioteca no es normal

Una «promotora de la lectura» me recibió, la misma que había hecho la presentación en Fontibón. Comenzamos con el conversatorio. Un señor alzó la mano para preguntarme cómo se publicaba poesía en mi país. ¿Sería Nairo Jaramillo? Otro era maestro de un colegio para niñas. Hizo una larga exposición acerca de Žižek y la cultura masmediática para entonces pasar a su pregunta acerca de cómo enseñar clásicos a sus alumnas de secundaria. Ese no debía ser Nairo, ¿O sí? Hicimos un ejercicio de microcuentos basados en los titulares del periódico del día. Una señora comenzó a hablar acerca del respeto y la violencia. Volví a pasar revista de la concurrencia. Mientras contestaba, me hice a la idea de que uno no identifica a un exguerrillero a simple vista. Podía ser cualquiera. Sin uniformes ni insignias, por lo menos en Bosa, todos nos veíamos igual.

Al final de la sesión hubo más comentarios, fotos con celulares, agradecimientos. Yo me quedaba en la sala, esperando la llegada de Nairo, que se identificara. Un hombre joven, de unos 40 años de edad, se fue acercando. Tenía la piel cobriza, tersa, unos ojos grandes, el pelo negrísimo. Era mediano de estatura. Sonrió tímidamente. No hicieron falta más introducciones.

—¿Usted es Nairo Jaramillo? Tengo algo para usted.

Le pedí a los de la biblioteca que me regalaran unos minutos. Me esperarían en la camioneta. Salimos Nairo y yo hacia una cafetería que quedaba en el primer piso del centro comercial. Pedimos unos tintos; yo, un pastel de queso. Tan pronto nos ubicamos y antes de darle el primer sorbo al café, metí mi mano en mi cartera de «escritora».

—Rosa le manda esto.

Nairo tomó el sobre manila y miró por unos instantes su nombre escrito por puño y letra de su antigua cautiva. Seguía sonriendo, pero esta vez pensé que sonreía con melancolía. Imaginaba lo que pudo ocurrir en la

Sierra Nevada entre un muchacho guerrillero y una muchacha secuestrada, hija de uno que escapó a otras tierras (ocupadas) en busca de paz. ¿De qué hablarían los dos, si fuera posible el diálogo en aquellas condiciones? ¿Cómo era que este muchacho guerrillero, ahora hecho hombre, continuaba vivo? ¿Cómo había logrado bajar de la Sierra, regresar a la ciudad y hasta pasar desapercibido en Bosa?

Sentí que había que respetar ese silencio, esa sonrisa triste. Ese momento «origen», antes que el antes, en que una que es escritora reconoce que precisamente ese es el momento en que se andan gestando las palabras.

Nairo abrió el paquete. Era un libro. *Papillon*, de Henri Charrière.

—Yo le presté esto a Rosa en la Sierra para que no se aburriera. Se la leyó completa allá arriba. Sabía que le daría valor.

Asentí con la cabeza.

—Es la novela de un tipo que no se cansa de escaparse. Trece años y cinco fugas. Lo atrapaban y lo volvía a intentar.

—Ustedes han estado 60 años intentando.

—Después de tanto tiempo, hasta pelear por lo que uno cree termina volviéndose cárcel. ¿No cree?

Pensé en mi Isla, en las familias intentando escapar hacia el Norte. En la ocupación sin guerra pero sin pausa, que no termina.

—Tienes razón.

—Dígale a Rosa que voy a leer sus palabras y que después le contesto si es que no tengo que esconderme en otro lugar. Ella teme que me atrapen de uno u otro bando. Yo tengo que hacer lo que me toque. Hay que vivir.

—Hay que vivir. No se rinda, Nairo.

—En este país rendirse no es opción.

Me pregunté si en el mío tampoco.

3

Noche de San Juan.

La mitad de la gente que fue a la playa a tirarse de espaldas a la mar oscurecida no estaba consciente de que lo que celebraban. De la «limpia» que se hacían. Solsticio de verano. Aquel era un momento en que se abría una brecha en el tiempo. Un cambio de fuerzas marcaba el paso de un estado a otro.

Terminé de desempacar y subí al balcón de mi casa con un ron en la mano. Los nenes se quedaban una noche más con su papá. En las noticias se terminó de discutir el proceso de paz en Colombia.

Media hora antes de la medianoche, decidí que yo también bajaría a la playa a santiguarme. Vivo a dos cuadras del mar. Caminé tranquila hasta la costa atestada de gente.

De noche el mar forma colinas. Cerros de agua. Me senté a contemplar las ondulaciones oscuras. Todo lo que ocurre en penumbras sale a la superficie, mueve masas hasta encontrar su manifestación verdadera. Los silencios empujan lo vivo a encontrarse, a desde su vigilia profunda conectar, hablar. Eso que mueve, esa fuerza que hace que las cosas palpiten –la sangre, las linfas, el mar, los deseos, las luchas perdidas o ganadas, las muertes– todo eso parte de la vida. Sin embargo, ahí siempre estarán las aguas para limpiarlo todo. Para marcar nuevos comienzos. Las aguas son tiempo que corre dentro de los vientres de la tierra, los puentes tendidos inclusive debajo de los los países, las ideologías, de las palabras y de las distancias.

En la arena, decidí encender una pequeña fogata para honrar el paso de Oggún a Shangó. Agua, metal y luz. Miré el fuego hasta que cesó de crujir entre la arena.

Dieron las doce.

Me tiré al agua.

---

[*] Inspirado en la crónica «Relato de la liberación de Rosa de la Cruz», de José Enrique Colón Santana.


ARTE
PAZ